

MARCOS A.C.

BUSCÁNDOTE, ME ENCONTRASTE



MARCOS A.C.

**BUSCÁNDOTE,
ME
ENCONTRASTE**

Primera edición.

Buscándote, me encontraste

©Marcos A.C.

©mayo, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

Esta novela va dedicada a mis compañeros literarios de «La tribu»:

Janis Sandgrouse, Ariadna Baker, que es la que más me tiene que perdonar ya que la hago desde su voz, Jenny Del, Alma Fernández, Sarah Russell, Carlota Manzano, Hugo Sanz, Dylan Martins, Aitor Ferrer y Manu Ponce.

Ya os metí alguna que otra vez en otras historias, pero no pude contenerme cuando una loca idea de las que solo a mí se me pasa por la cabeza, surgió en mi mente y aquí la tenéis, viendo la luz y encendiendo mil velitas para que nos os ofendáis. Es ficción, o no, porque en muchas escenas os veréis identificados por ya haberlas vivido y que a mí me sirvió de inspiración para meterlas en la historia. Soy consciente de que me la estoy buscando, pero ya sabéis que no contemplo un mundo sin riesgo y aquí estoy, desafiando a diez grandes autores que hoy pasáis a ser los protagonistas de otra de mis historias.

Os quiero, lo sabéis, solo me queda cruzar los dedos y que os guste, porque por encima de todo, está hecha con todo el cariño del mundo...

Marcos A.C.

Capítulo 1



Regresé de nuevo hasta la puerta de mi casa para asegurarme de que había echado la llave. Siempre me pasaba lo mismo y si no volvía para revisarlo, me quedaba de lo más inquieta.

Era muy maniática para muchas cosas, demasiado obsesionada con el orden y la limpieza ya que no aguantaba ver nada mal colocado ni sucio, eso era superior a mí.

Me monté en el coche para dirigirme hacia el hospital a recoger a mi hermano Oliver, ambos teníamos treinta y dos años ya que éramos mellizos. Él se decantó por la carrera de medicina y yo por la de turismo.

Habíamos quedado hoy en irnos a comer juntos a uno de los bares que había en la plaza principal de la ciudad, en la que los sábados hacían campeonatos de paellas que exhibían en la entrada de sus terrazas para captar la atención de los clientes. Era como una tradición que se llevaba haciendo desde antaño y que a nosotros nos encantaba.

Oliver salía de haber estado de guardia ya que entró a las doce de la noche y salía a las doce de la mañana, pero bueno, que dormía los ratos que no tenían urgencias y como era una clínica privada, no es que estuvieran toda la noche estresados.

Paré en la misma puerta y lo vi hablando con un joven que estaba de espaldas a mí. Mi hermano me miró y me hizo un gesto con la mano. El joven se giró para mirar a quién saludaba y yo, bueno, pensé que tendrían que ingresarme en urgencias y reanimarme de la inminente parada que me podía dar.

Estaba paralizada. Y no, no porque fuera el hombre más guapo del planeta ni nada por el estilo, sino porque era él, el hombre que llevaba años rondando en mi cabeza.

Se despidieron y mi hermano se metió en el coche, y besó mi mejilla. Yo aún seguía con la mirada perdida y bloqueada por completo.

—¿Quién era ese chico? —pregunté sin mirarle a la cara.

—Ariadna, ¿estás bien?

—¿Quién es? —Mi tono era de lo más débil.

—Es Marcos Álvarez, un cirujano cordobés que cogió su plaza aquí hace poco más de un año.

—Cordobés, por eso lo veía en imágenes en esa ciudad... —Las lágrimas se me caían sin poderlo evitar.

—Ariadna, ¿no me querrás decir...?

—Sí —afirmé tragando saliva.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pásate para este asiento, yo conduzco —dijo bajándose del coche.

Nos cambiamos de asiento y se hizo un silencio durante todo el trayecto. Yo sabía que esto pasaría algún día, pero nadie me creía.

Llegamos a la plaza y tomamos asiento en una de las terrazas y pedimos una botella de vino blanco, aún era pronto para comer.

—Ariadna, sé lo que ha supuesto esto para ti siempre y, además, siempre lo describiste como a él ahora que lo relaciono, pero todo tendrá una conexión.

—Lo quiero buscar en las redes por si tiene el perfil público.

—Yo lo sigo en Instagram, te paso el enlace y sí, lo tiene público.

Pinché el enlace y casi entro en *shock*, todas esas fotos las conocía, pero no porque las hubiera visto antes, sino porque era tal y como lo había soñado a él, en esos momentos y lugares.

—Todo esto es lo que yo soñaba y siempre os conté. —Tragué saliva.

—Ahora sí estoy dándome cuenta de muchas cosas que antes no relacioné.

Marcos, se llamaba Marcos y yo nunca le había puesto nombre. Solo sabía que llevaba siete años de mi vida soñando con ese hombre al que había visto hasta crecer en mis sueños. Tuve que ir hasta al psicólogo porque lo vivía tan real que comencé a crearme una película como si ese ser que no conocía era el amor de mi vida. Yo sabía que existía y era real, siempre defendí esa postura, pero hasta el especialista me decía que no era viable, que solo era producto de mi imaginación o de alguien que me crucé un día y se quedó en mi subconsciente creándose historias a través de los sueños.

¿Ahora cómo se explicaba que todos esos momentos que publicaba en las redes eran los que yo había vivido con él en los sueños? Esto era un caso para investigar y bien profundo, porque

estaba segura de que hoy en día no había respuesta científica a eso.

Mi hermano estaba flipando, viendo las fotos detenidamente y recordando los sueños.

—Pero ¿lo amas? —me preguntó levantando la ceja— Siempre dijiste que sí, pero ahora lo has visto de frente y real.

—Con todo mi corazón...

—Madre mía qué marrón. —Se echó el pelo hacia atrás.

—Tranquilo que no pienso presentarme ante él y decirle que es el hombre de mi vida desde antes de conocerlo. —Volteé los ojos y cogí una oliva que nos habían puesto para acompañar al vino.

—Te lo puedo presentar. —Su sonrisilla de medio lado me lo decía todo.

—Tú estate quietecito y ni se te ocurra abrir la boca, que todavía puedo armar un revuelo en la familia contando tu secreto.

—No eres más hija de fruta porque no te entrenas —me dijo a carcajadas.

—Pues eso, calladito —le advertí bastante seria para que le quedase claro que tonterías, ni la más mínima. Y, además, que mi hermano sabía que no me andaba con chiquitas, que donde la daban, las tomaban.

—¿Cuándo tienes circuito?

—El lunes —resoplé—. No me apetece nada, sé que mi cabeza no va a estar en su sitio. Se me va a hacer cuesta arriba.

—Respira. —Me cogió la mano por encima de la mesa—. ¿Qué circuito te toca?

—Japón, este es el viaje más grande del objetivo anual que me marca la empresa.

—Joder, ya quisiera yo poder ir.

—A mí me hacía mucha ilusión, hasta ahora, vamos hasta hace un rato. —Me di una palmada en la cara y resoplé.

—Relájate y disfruta. Ya la vida dirá cuando regreses. Tómatelo como unos días de desconexión y calma.

—¿Calma? Veremos los tarados que me tocan en este circuito.

Yo trabajaba para un turoperador y me encargaba de llevar a grupos desde España a cualquier parte del mundo. Tenía una salida de una semana al mes por Europa o Marruecos, y una al año de quince días a un país de Asia o América, como era en esta ocasión, que me había tocado Japón y ya lo tenía todo preparado con el equipo de allí ya que tendríamos conductor y transporte

durante todo el recorrido.

Era feliz porque disponía de mucho tiempo libre y cuando trabajaba, lo hacía disfrutando de cada momento porque mi trabajo era algo que me apasionaba.

—¡Tata! —gritó mi sobrina acercándose, corriendo hasta mí para lanzarse a mi falda.

—¡Julia! —La subí a mi falda y la abracé mientras le daba un montón de besos.

Julia era la hija de mi hermano Oliver, tenía cuatro años y era fruto de una corta relación que duró menos que el embarazo, vamos, que cuando nació mi sobrina ya no estaban juntos.

El caso es que Manuela, la mamá de Julia, era una chica un tanto especial, presumida, con alta posición y con muy poco sentido de la responsabilidad con lo que mi sobrina vivía con mis padres y con mi hermano, siempre estaba entre una casa y otra ya que Oliver vivía como yo, de manera independiente, pero si tenía guardia, la niña se quedaba con mis padres y muchas veces también conmigo. La madre se la llevaba una vez al mes para hacer acto de presencia, y la regresaba al día siguiente a primera hora de la mañana.

Julia se fue a abrazar a mi hermano y yo me levanté a saludar a mis padres que eran con los que venía la niña. Además, que habíamos quedado aquí para reunirnos y comer.

Mis padres, Antonio y Sofía, tenían sesenta años, ambos eran farmacéuticos en su propia farmacia, la que adquirieron al acabar sus estudios, gracias a que tanto mis abuelos maternos como paternos, les ayudaron a comprar el local y arrancar con el proyecto que los llevó a tener una vida cómoda y no tan sacrificada, ya que contaban con seis trabajadores dado que era la más grande de la ciudad y la que mejor ubicada estaba.

Éramos una familia muy unida, entre nosotros había una complicidad muy grande y un amor verdadero. Para mí lo eran todo. No me podía imaginar una vida sin ellos.

Mis padres estaban al tanto de todo y no dudamos en contarles durante la comida lo sucedido. Se quedaron a cuadros, en sus caras se podía ver el impacto y la incredulidad de los hechos, a pesar de que me creían, pero, no era para menos que el impacto se le notase en sus caras.

Capítulo 2



Lunes por la mañana y con la maleta hecha del día anterior, el que pasé entre preparativos y visualizaciones al perfil de Marcos.

Estaba más que enganchada a su página, viendo constantemente cada una de sus publicaciones para intentar conocer más a ese hombre que tanto tiempo llevaba apareciendo en mis sueños.

Un taxi me llevó al aeropuerto, donde me fui directamente al punto de encuentro con un cartel de la compañía para que mi grupo se fuera acercando, tenía que verificar sus nombres hasta estar todo completo.

Los primeros en llegar fueron un grupo de tres amigos llamados Manu, de cuarenta y pico de años, afincado en España, pero de origen uruguayo, Alma de unos treinta y tantos que era de Barcelona y Aitor, que era el más pequeño y no llegaba a los treinta, un andaluz de lo más simpático.

Luego llegaron Carlota y Sarah. La primera, catalana y la segunda, malagueña; ambas debían rondar los cuarenta años.

No tardaron en aparecer un grupo compuesto por Dylan, Hugo y Jenny, los tres de Cádiz y la última, Janis, que era de Madrid, todos con edades alrededor de los cuarenta años.

Y por último...

—Hola, Marcos Álvarez. —Me extendió la mano.

—Hola, soy Ariadna. ¿Qué haces aquí? —murmuré de nuevo quedándome paralizada y dando por hecho que nos conocíamos. El subconsciente me falló.

—¿Nos conocemos? Tu cara me suena, pero no caigo ahora. ¿Este no es el grupo del viaje a Japón?

—Sí, perdón. —Metí los datos en el móvil y saltó su plaza, lo primero que quise comprobar es desde cuándo la reservó para saber si mi hermano tenía algo que ver en esto, pero no, la tenía

pagada desde hacía tres meses—. Listo. —Miré a todos—. Ahora vamos a dirigirnos a facturar las maletas, tengan su pasaporte en la mano, por favor. Síganme.

—¿Nos vas a llamar de usted todo el viaje? —me preguntó Manu.

—Nos sentimos como abuelos en un viaje del IMSERSO —dijo Hugo.

—Bueno, es la costumbre. —Sonreí.

—Rubia, a la Jenny trátala de tú, que no tiene pinta de abuela —me dijo precisamente ella, Jenny, que se veía que era simpática.

—A todos, a todos, que yo no tengo aún ni los treinta —comentó Aitor.

—Está bien. —Volví a sonreír.

—Mejor, que ya sabes lo que dicen, el cliente siempre tiene la razón —contestó Alma, y asentí.

De refilón eché un vistazo a Marcos, seguía sin poder creer que estuviera allí, me temblaba todo el cuerpo.

Él era el único que venía solo. ¿Qué me estaba intentando decir la vida?

Con las piernas temblorosas me dirigí a la azafata que nos estaba esperando en una cinta aparte para atender a nuestro grupo. Todos iban en primera clase, era un grupo reducido ya que era un paquete de lujo y se habían dejado todos un ojo de la cara para tener unas vacaciones sin que les faltase el más mínimo detalle.

Eran diez y, por ahora, todos me habían dado una buena sensación, se notaba que no eran muy tiquismiquis, todo lo contrario, pero claro, tampoco podía estar segura, porque seguía en *shock* después de haber descubierto que Marcos venía a este viaje. Me preguntaba una y mil veces, ¿cómo la vida lo había puesto en este punto y qué más me tenía deparada?

Mientras facturábamos, el grupo se fue familiarizando y hablando unos con otros en un ambiente de lo más animado y amigable.

Jenny y Janis estaban hablando con Marcos, hablaban sobre Japón y lo que esperaban de ese viaje. Habían acogido al chico bien, al darse cuenta de que estaba solo.

Yo no sabía si en esos grupos que iba a llevar, había parejas o no, lo que sí notaba es que todos tenían unas ganas increíbles de pasarlo bien, y que algunos, por las cosas que soltaban, iban a ser la animación del grupo.

Cuando terminamos de facturar me los llevé a pasar el control de seguridad y luego a buscar el control policial para sellar el pasaporte. Yo iba la primera y todos me seguían.

Una vez dentro de la terminal y cerca de la puerta de embarque, todos nos fuimos a una zona que

había descubierta y que habían habilitado para fumadores, incluso había una cafetería.

No tardaría mucho en fumarme un cigarrillo para intentar calmar los nervios, porque así me tenía el hombre que tantas y tantas veces se había paseado por mis sueños, «como Pedro por su casa», que se decía.

—Llevo un rato comiéndome el coco y te he visto en algún sitio —me dijo Marcos acercándose aún más a mí, ya que todos estábamos juntos.

—Sí, ya he recordado dónde —sonreí—, fue el sábado que fui a por mi hermano Oliver a la puerta del hospital y tú estabas hablando con él.

—¡Ya está! —Se rio—. Estabas dentro del coche.

—Sí. —Me puse roja como un tomate.

—No me lo puedo creer, la hermana de Oliver. El mundo es un pañuelo... —dijo, y a mí me dieron ganas de contestarle que sí y que él era mi moco favorito. Pero no hubiera estado bonito. Ironías que se me pasaban por la cabeza con los nervios que tenía.

—Sí que lo es —contesté apretando los dientes.

—Es muy buena persona, yo me llevo genial con él, bueno, todos. ¿Qué te voy a contar que no sepas? Por cierto, os parecéis mucho y más o menos debéis de rondar la misma edad. —Frunció el ceño.

—Somos mellizos, sí —sonreí —tenemos treinta y dos años.

—Soy mayor que vosotros por ocho años.

—Pues no lo pareces. —Se me escapó a la vez que me sonrojaba.

—Bueno, ya tengo alguna arruguilla —bromeó porque no las tenía.

—Eres un poco exagerado.

—Muchísimo, ya me irás conociendo. —Hizo un guiño. Y qué guiño, por favor, que me puso aún más nerviosa.

Charlamos y me fueron contando a qué se dedicaban cada uno.

Manu era ingeniero, y, por lo que decía Alma, uno de los mejores. Ella era enfermera y Aitor, el benjamín de este viaje, policía.

Y sería por policías, que llevábamos dos más, Carlota y Hugo.

Sarah era abogada, Dylan militar, Janis psicóloga, y Jenny *wedding planner*.

Desde luego, era un grupo de personas de lo más variado, pero se notaba el buen rollo que había entre todos.

Miré el reloj y aún quedaba para coger el vuelo, salíamos desde Málaga y antes de llegar a Tokio, que era nuestro destino, haríamos escala en Qatar para coger el siguiente vuelo.

En ese primer avión nos esperaban varias horas, por lo que rezaba para que fuera tranquilo y no nos encontráramos con tramos de turbulencias ni nada de eso.

Y, mientras tomábamos el café y algunos nos fumábamos un cigarrillo antes de ir a embarcar, no podía dejar de pensar en todos esos momentos en los que había soñado con Marcos, sin saber su nombre, y ahora le tenía ahí, en carne y hueso, tan real como la vida misma.

—Venga, vamos a hacer un hacer un brindis —propuso Aitor.

—¿Con café? —protestó Dylan— Mejor pide unos *gin-tonics* o algo.

—Café y agua, es lo que hay. —Rio Manu.

—Bueno, pues sin beber. Pero vamos a hacer un buen propósito. —Carraspeó el joven y sonreí—. Porque este sea un magnífico e inolvidable viaje para todos.

—Eso, que nos quitemos el estrés del día a día —dijo Sarah.

—Yo, con no escuchar la sirena de policía, soy feliz —comentó Carlota.

—Y a mí que me da que este viaje va a ser un poco locura... —dije arqueando la ceja.

—No, no, que loco no estamos ninguno, díselo tú, Janis, que eres la entendida —le pidió Dylan, y me eché a reír al ver la cara de ella.

—Deja, deja, yo no diré nada si no es en presencia de mi abogado —respondió.

—Sarah Russell, abogada —dijo Sarah ofreciéndole una tarjeta—. Cuando quieras y para lo que quieras.

Sin duda, ese viaje podría acabar siendo una locura, pero lo que tenía claro es que me lo iba a pasar mejor que bien con ese grupo de personas que, incluso antes de salir de Málaga, ya nos estaban haciendo reír a todos.

Y como atraída por un imán, volví a mirar a Marcos. Me iba a costar, y mucho, hacer ese viaje con él.

Me llegó un mensaje de mi hermano preguntando qué tal el grupo, si eran unos tarados como habíamos comentado, y me eché a reír mientras le contestaba.

Ari: *Pues eso ya te lo diré según avancen los días, pero pinta de que son un poquito alocados,*

tiene. Y, por cierto, no te vas a creer quién es uno de ellos... Tu amigo el cirujano y hombre de mis sueños, Marcos Álvarez.

Capítulo 3



Cuando estábamos llegando a la puerta por la que debíamos embarcar, me llegó un mensaje de mi hermano en respuesta al mío.

Oliver: *Hermana, te juro que no he tenido nada que ver con eso.*

Reí al leerlo, y es que se notaba que me conocía bien, pues fue lo primero que pensé.

Le contesté diciéndole que él tenía esa reserva hecha desde hacía tres meses y que se quedase tranquilo en ese sentido.

Esperamos en la fila, entregamos nuestros billetes y embarcamos, siendo llevados a primera clase.

—Damas y caballeros, bienvenidos a primera clase —dijo Aitor en el centro del pasillo.

—¿Tú no eras policía? —comentó Sarah haciéndonos reír, dado que Aitor empezó a mover los brazos como un azafato de vuelos.

—¿Cuál es mi asiento? —Escuchamos preguntar a Alma.

—A mi vera, preciosa —respondió Aitor con un guiño.

—Donde sea, pero dejarme echar una siestecita que me tocó guardia en el hospital y vengo con un poquito de sueño.

—Pues tranquila, que tienes unas cuantas horitas por delante para descansar —le dije sonriendo —. Espero que tengáis todos bien de paciencia porque entre este vuelo, la espera en la escala de Qatar y el siguiente vuelo, nos esperan varias horas.

—Mientras nos pongan un poquito de beber, un poquito de comer, podamos dormir y ver alguna película, por mí no hay problema. —Completó Dylan.

—Sí, tranquilo. Podréis incluso descansar —respondí.

Fueron ocupando sus asientos, Aitor y Alma juntos, Sarah y Carlota, Hugo y Dylan, Jenny y Janis, y yo creí que Marcos se sentaría con Manu, pero, para mi sorpresa, vino al que había libre a mi lado y se sentó.

—No está ocupado, ¿no? —preguntó.

—No, ¿quién iba a ocuparlo?

—No sé, ¿un novio, tal vez? —Arqueó la ceja.

—Sutil manera de querer conseguir esa información. —Sonreí mientras ponía el móvil en modo avión.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—Que si va a venir tu novio al viaje.

—No tengo novio.

—Es bueno saberlo.

La azafata pasó para comprobar que teníamos abrochado el cinturón, pues no tardaríamos en despegar, dio las instrucciones para que estuviéramos preparados en caso de emergencia y fue a ocupar su asiento.

Cuando el avión comenzó a moverse por la pista, escuché al resto del grupo hablando entre ellos, aunque la verdad solo oía los murmullos y las risas.

En el momento en el que estuvimos en el aire, la azafata volvió a pasar por nuestros asientos preguntando si queríamos tomar algo.

Todos pedimos café y al servirlos, los acompañó con una pequeña galletita y una chocolatina.

Esa primera hora de vuelo fue relativamente tranquila, cada uno a lo suyo y yo con mis nervios a flor de piel teniendo al hombre de mis sueños al lado.

Y de manera literal, además, que ese hombre era con el que yo llevaba tanto tiempo soñando sin saber nada de él.

Fui al cuarto de baño unos instantes y cuando regresé a mi asiento, me fijé que Alma estaba dormida con un antifaz y los cascos puestos. La pobre, al igual que mi hermano, debía acabar agotada tras varias horas de guardia.

Lo que me sacó una sonrisa fue ver que Aitor la había dejado apoyar las piernas en las suyas, y el benjamín del grupo, como él decía, estaba viendo una película en la pantalla que tenía en el

asiento de delante.

—¿Qué tal vais, chicos? —pregunté en general.

—De momento bien, después de siete horas con el culo aquí apoyado, ya veremos —contestó Marcos.

—Pero si los asientos son la mar de cómodos —dijo Jenny—. Esto lo echas así para atrás —la vi reclinar el asiento— y te echas aquí un sueñecito muy bueno.

—Que se lo digan a Alma que lleva un rato planchando la oreja. —Rio Aitor.

—Normal, las guardias son muy malas —contesté—. Por cierto, ¿os llegaron los itinerarios por correo?

—Sí —contestaron al unísono.

—Genial. A ver, en cuanto a las excursiones, aparte de las que están reservadas y pagadas, podremos hacer otras, si os apetece.

—Tú llévanos dónde quieras, que nosotros pegas no te vamos a poner ninguna —me respondió Sarah.

—Al contrario, cuanto más conozcamos, mejor, que una nunca sabe cuándo podrá hacer otro viaje para desconectar del trabajo —dijo Carlota.

—Vosotros y los médicos, es que sois personal indispensable para todo. —Sonreí.

—Y que lo digas, aún recuerdo los días de pandemia —contestó Hugo.

—Pero que conste, que también habrá tiempo para salir a conocer algún local de moda, tomar una copa y bailar —les aseguré.

—Eso suena genial, un poquito de fiesta y relax —dijo Manu.

—Manu, que allí no vas a poder comer croquetas —le advirtió Aitor.

—Tranquilo, que ya comí para tener reservas antes del viaje.

Reímos y volví a mi asiento, donde un sonriente Marcos me esperaba. Y mis nervios aparecieron de nuevo, aunque, a decir verdad, no se habían ido del todo, no.

Segunda hora de vuelo en calma, y cuando vine a darme cuenta, escuché a Dylan llamando a la azafata y le preguntó si podía ponerle un *gin-tonic*, a lo que le respondió que sin problema.

Al final, nos acabamos animando todos, incluso Alma que se despertó un poquito antes, y ahí sí que brindamos por ese viaje que estábamos iniciando.

—¿Cuánto falta hasta Qatar? —preguntó Jenny— Porque este piloto va muy lento.

—Jenny, que te estoy viendo venir —le dijo Dylan.

—Pero si la Jenny está aquí tranquilita sentada, ¿qué dices?

—Pues eso, que te veo.

—No se fía de mí. —Jenny volteó los ojos.

—¿Y por qué no se fía? —pregunté, curiosa.

—Acomodaros, chicos, que empieza lo mejor del vuelo —comentó Hugo.

—Es que yo podría pilotar el avión y llegaríamos antes —me contestó Jenny.

—¿Tienes licencia de piloto? —Abrí los ojos, porque si era el caso, no sabía por qué no trabajaba como piloto o segundo piloto en alguna aerolínea.

—Tiene carné de conducir, y por mi madre de mi alma, que pocas veces me monto con ella —me dijo Hugo.

—No sabe pilotar aviones, pero le encantaría llevar uno. —Rio Dylan antes de dar un sorbo.

—Y más rápido que el piloto os llevaba a Qatar. ¿Cinco horas quedan? En tres estaríamos allí.

—Eso, que le pondrías petardos en la parte trasera del avión para ir más rápido. —Dylan volteó los ojos.

Ya me olía que más de uno era gracioso o graciosa, y, la verdad, que me hacían reír y olvidarme un poco de los nervios, pero solo un poco, pues al tener a Marcos al lado, esos iban a su aire y a mí me tenían con el cuerpo bailando del tembleque de nervios, menos mal que él no me notaba nada.

Las siguientes horas la cosa se descontroló un poco, y entre risas y más risas acabé hasta con dolor de barriga.

Lo que me hacían reír los chicos con sus cosas no tenían precio, pero ellas tampoco se quedaban atrás. Y, además, es que se hablaban todos como si se conocieran de toda la vida, era alucinante la conexión que habían pillado en tan poco tiempo ¡Ni que fueran wifi!

—Qué ganas de estirar las piernas, por favor —comentó Janis levantándose del asiento.

Fue al baño y al pasar por mi lado sonrió, le devolví el gesto y pensé en la de veces que había tratado yo con un especialista sobre el tema del hombre de mis sueños.

—¿Estás bien?

—¿Eh? —Miré a Marcos, que era quien me había preguntado. —Sí, sí, con ganas de bajar ya del avión.

—Son muchas horas, ya te dije que el culo se iba a quedar dormido. —Sonrió.

—Ariadna, vente aquí con nosotras, que vamos a hablar de cosas de chicas —me dijo Sarah, y asentí sonriendo.

Me fui hacia el lado en el que estaban ella, Carlota, Alma y Jenny, y me senté mientras llamaba a la azafata, que vino a la par que Janis para unirse a nosotras. Pedimos unos cafés para ver si nos espabilábamos y empezamos a hablar un poco de nuestras vidas.

—El trabajo de ellas lo conozco un poco —señalé a Carlota, Sarah, Alma y Janis—, pero el tuyo, no, y me genera curiosidad —le dije a Jenny.

—Uy, pues es un trabajo que me encanta. A mí es que una boda... —Sonrió soñadora.

—¿Estás casada?

—No, me casé, pero no salió bien. Y como me gustó tanto organizar mi boda, me dije: «Jenny, tú vales para esto, preciosa», así que me lancé.

—A mí, que me ha enseñado algunas fotos de las bodas que ha organizado, me tiene enamorada —dijo Janis.

—Yo te doy una tarjetita, rubia, por si alguna vez te animas a dar el «sí, quiero», me avisas que yo te lo organizo todo.

—Eso está hecho. —Sonreí.

De vez en cuando notaba que me observaban y, al mirar, me encontraba con la mirada de Marcos.

Se me escapó un suspiro y las chicas, que lo habían oído, me miraron con curiosidad.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Carlota.

—Sí, sí, es solo que, aunque esté acostumbrada a esto de los vuelos, estoy deseando que lleguemos.

—Pues a mí me ha sonado a suspiro de otro tipo —dijo Alma.

—No, no, de verdad —respondí nerviosa, pero por suerte no hicieron más preguntas.

Seguimos charlando el resto del vuelo mientras los chicos también hablaban entre ellos, y cuando llegamos al aeropuerto en el que haríamos escala, todos nos levantamos y desperezamos como gatitos antes de bajar.

En cuanto vi dónde estaba nuestra puerta de embarque los llevé a todos para allá y fuimos a la zona de descanso a esperar hasta que saliera el vuelo.

Aprovechamos para comer y beber algo, fumar y comprar chuches, pues resultó que en ese grupo no se libraba ni uno solo de ser un goloso.

—Ya solo nos quedan cuarenta y cinco minutos para subir al avión —anuncié.

—Menos mal, que ya veía que dormíamos aquí —contestó Hugo.

—Por suerte no ha habido retrasos —dije—. Con el último grupo que viajé, estuvimos en el aeropuerto esperando por una incidencia más de cinco horas.

—Madre mía, dando vueltas por el aeropuerto como Tom Hanks en la peli de *La Terminal* —comentó Alma—. No me veo, antes me habría subido a otro avión, aunque fuera con destino a Finlandia.

—Eso, allí, con el calorcito —dijo Manu.

—Si el viaje hasta aquí se os hizo pesado, el próximo hasta Tokio va a ser un poco peor, que son unas diez horas y media, o así —les advertí.

—Mientras los asientos sean cómodos, no hay problema —contestó Jenny.

Fuimos hacia la puerta de embarque y al ir distraída mirando y comprobando que tuviera todo, me acabé chocando con una espalda ancha y dura como el mármol.

—Auch —murmuré.

—Cuidado, preciosa —dijo Marcos, y al mirarle vi que sonreía.

—Qué golpe me he dado. ¿Tú de qué estás hecho?

—De carne y huesos. —Se encogió de hombros.

Desde luego que sí, y que me lo dijeran a mí, que me había pasado la vida viéndole solo en sueños y ahora lo tenía ahí delante, en carne, y qué carne, y huesos.

Embarcamos en el segundo vuelo, de nuevo en primera clase, y tras acomodarnos, la azafata pasó ofreciéndonos café, zumos o cualquier otra bebida.

Tomamos café, charlamos un poco todos, me reí lo que no estaba escrito con los diez y comprobé que aquel grupo variopinto había congeniado a la perfección.

Me acomodé con los ojos cerrados tiempo después, y no sabría decir si por el cansancio, o por los nervios, pero me acabé quedando completamente dormida.

Capítulo 4



Desperté notando algo duro en mi cabeza, y cuando abrí los ojos, comprobé que me había apoyado en algo, o, mejor dicho, en alguien.

Con horror y estupor me incorporé apartando la cabeza del hombro de Marcos, que me miró con una sonrisa.

—Ya despertó la Bella Durmiente.

—Lo siento, ni cuenta me di de que me apoyaba en ti.

—No pasa nada, tranquila. ¿Has descansado?

—Sí... ¿Y tú? ¿Has dormido algo?

—Un poco. —Hizo un guiño. Me tenía de lo más nerviosa con tanto guiño—. Siento curiosidad, ¿cómo es que, dedicándose tus padres a llevar la farmacia y tu hermano a la medina, tú estudiaste turismo?

—Uy, eso es fácil. Porque a mí lo de la sangre y eso... como que no. Yo es que soy un poquito culo inquieto.

—Ya. —Sonrió.

«Señores pasajeros, les informamos que estamos a solo unos minutos de tomar tierra. Por favor, abróchense los cinturones, y permítanme darles las gracias por volar con nuestra compañía. Bienvenidos a Tokio».

—¡Gracias, guapo! Pero hemos venido muy despacio, yo os habría traído antes —dijo Jenny, y tuvimos que reírnos todos, sí, o sí.

Poco después tomamos tierra por fin y, tras recoger el equipaje de mano, fuimos bajando del avión.

Una vez en el aeropuerto, fuimos a la cinta a recoger el resto de nuestro equipaje facturado,

pasamos a por tarjetas adecuadas para los móviles en una de las tiendas y salimos a la calle, donde encontré al conductor, que nos llevaría en el minibús hasta el hotel, sosteniendo un letrero con mi nombre.

Guardamos las maletas, nos acomodamos y pusimos rumbo al lugar donde estaríamos los próximos días alojados.

En el camino, todos hicieron fotos desde la ventana después de avisar por mensaje a sus familias de que habían aterrizado al fin, después de tantas horas, en el país nipón.

Yo también avisé a mis padres y mi hermano, y él me preguntó cómo me había ido con Marcos, a lo que respondí que no podía más por los nervios.

Cuando llegamos al hotel se quedaron todos boquiabiertos, pues era un edificio precioso de fachada blanca, una columna negra a cada lado con una cabeza de dragón dorada adornándolas en lo más alto y el techo con forma de pagoda en negro.

—El Dragón Dorado. —Leyó Marcos el nombre del hotel.

—Esto... a mí me suena a casita de mujeres de vida alegre. —Carraspeó Hugo.

—No eres más bruto, Hugo, porque no te entrenas. —Rio Jenny.

—Será que soy el único que lo ha pensado, vaya.

—Hugo, a mí me da que tú me vas a sacar de quicio —le dije.

—¿Yo? Pero si soy un angelito.

—Bajado del cielo a escobazos —murmuró Janis en mi oído, y me reí.

—En la cultura japonesa los dragones son muy venerados —comenté—, y no es de extrañar verlos por cualquier rincón.

—Pues a mí me ha recordado al Teatro Chino de Los Ángeles —dijo Alma.

—Sí, este es muy parecido. Vamos, vamos entrando y haciendo reparto de habitaciones.

—Aviso, yo solo no duermo. —Escuché que decía Marcos—. Esta gente viene en grupos y yo no, así que, solo no duermo. —Me miró directamente a mí y tragué saliva intentando calmar los nervios, qué mal me lo iba a hacer pasar este hombre en el viaje.

Entramos en el hotel y el mismo lujo que se veía en el exterior, se podía ver allí también.

Dragones dorados como decoración a ambos lados de la puerta de entrada, una escultura en el centro de un gran dragón negro y dorado, suelos de mármol gris, paredes negras y doradas, y unas lámparas enormes colgando del techo.

Fuimos al mostrador, mientras todos miraban alrededor absortos en cada detalle, y me identifiqué ante la chica que había allí.

Entregamos nuestros pasaportes y fue asignando las habitaciones.

—Ejem, ejem. —Miré a Marcos—. No duermo solo, así que... ¿con quién me pones, preciosa?

Y de nuevo tragué para calmar esos nervios, pero que no se iban. ¿Y el modo en el que me miraba? Aquella mirada debería estar prohibida, por Dios.

¿Qué hacía yo ahora? ¿En qué habitación acomodaba a este hombre? Ay, Dios, qué difícil me lo estaba poniendo, pero obviamente, mejor conmigo que con cualquiera de las del grupo, ¿para qué me iba a mentir?

Hablé con la chica de recepción y le dije que solo nos íbamos a alojar en una y no en las dos que estaban abonadas, no es que le estuviera pidiendo el dinero, porque se había pagado un paquete conjunto. Pero, como deferencia, al dejar una libre, tuvo la delicadeza de subirnos la categoría, alojándonos en una *suite*.

Apenas eran las diez de la mañana. Avisé a todos que nos veíamos en un rato en la piscina, que el día de hoy era suave dado que estábamos todos cansados de un viaje tan largo, y la mejor opción era pasar el día relajados y tumbados en una hamaca alrededor de una piscina que era alucinante, incluso con barra en su interior. Llevábamos una pulsera durante todo el viaje, que era un todo incluido especial en todos los alojamientos, era servicio VIP y estaba concertado así.

Se pusieron de lo más contentos y se marcharon todos a cambiarse. Estábamos en la misma planta y muy continuos.

Abrí la puerta y entramos a la habitación...

—Muy buena la chica de recepción, creo que no te entendió. —Se echó a reír.

—No me lo puedo creer, le he dicho dos camas. —Hice como la que me daba un cabezazo contra la pared—. Voy a bajar para que nos la cambien o nos pongan una cama supletoria.

—A ver, vayamos por partes. —Estiró los brazos frenándose—. Hay una cama en la que cabemos cuatro personas, no nos tenemos ni que rozar si no quieres, que oye, que yo me vendo rápido, pero bueno, que podemos estar cada uno en una esquina. Si no lo ves, también hay un sofá que tiene mejor pinta que la cama de mi casa y no me importa dormir ahí si me echas de la cama. También en mi defensa, debo decir que soy amigo de tu hermano, por lo cual, me considero el tuyo también. ¿Nos la vamos a jugar a que nos quiten esta *suite* que no le falta detalle y tiene unas vistas que no me digas que no son bonitas? —Señaló a la terraza.

—No hay problema, con peores energúmenos me he acostado —bromeé volteando los ojos.

—¡Esa es mi rubia! —Me chocó la mano.

—¿Tú también me vas a apodar así por culpa de Jenny?

—Siempre serás nuestra rubia. —Me echó la mano por el hombro y me dio un beso en la mejilla.

—Eres un poquito descarado... —Me reí.

—Muchísimo, rubia, muchísimo. —Se dirigió a la nevera que había en la *suite*—. Esta cerveza es local —dijo mirando uno de los botellines que había—. Se llama, Kirin Ichiban Shibori, vamos que me voy del país de regreso y no me dio lugar a aprenderme el nombre. ¿Quieres una?

—No, no. —Me reí—. Ahora en la piscina me tomaré alguna. ¿Te duchas primero o me ducho yo antes, que no tardo nada?

—La opción de ducharnos los dos no la hay, ¿verdad?

—No. —Me reí negando mientras cogía de mi maleta el bañador, una faldita blanca corta de volantitos y el neceser.

Había elegido un bañador blanco en plan trikini que con la faldita venía como anillo al dedo, ya que no me hacía falta camiseta y menos para estar por los jardines del hotel.

Cuando salí del baño se puso a silbar como loco y a hacerme la ola.

—¿Me vas a dar todo el viaje así? —pregunté riendo.

—Obvio, yo y los otros nueve que vienen pisando fuerte —me advirtió mientras se iba hacia el baño.

Me encantaba, muchísimo, más de lo que nunca me pude llegar a imaginar y eso que me imaginé mucho, pero tenía un carisma brutal, así como un humor con el que adornaba su descaro.

Cuando salió del baño con su bañador azul marino lleno de palmeritas bordadas en blanco, me tuve que echar a reír y eso que era bonito, pero se le veía de lo más caribeño y eso que estábamos en Asia.

—Te he terminado de enamorar. —Se puso a pasear como un modelo por la *suite*.

—Marcos, me acabas de confirmar que estás como una cabra. —Me eché a reír, y le enseñé mi móvil que en ese momento estaba entrándome una videollamada de mi hermano.

—Dame que lo cojo yo —dijo alargando la mano y se lo di.

—Hombre, amigo. ¿Qué haces en Japón y con el móvil de mi hermana?

—Nada, se cayó de la terraza del cuarto piso y ahora bajaré para ver si puedo hacer algo por ella.

—No, no lo hagas, déjala ahí tirada como una perra. —Se reía.

—Hermano, ya te vale —dije poniéndome en pantalla al lado de Marcos.

—Se me hace muy raro veros juntos. —Reía.

—Pues mira que solo tenemos una cama. —Giró la cámara para enseñarle la habitación.

—Marcos, la estás engañando demasiado rápido.

—Qué va, no se ha querido duchar conmigo y me dejó solo como a un perro. Menos mal que la perdono porque me ha acogido a su lado, que soy el único del grupo que vengo solo.

—Lo de la ducha será cuestión de tiempo, tenle paciencia.

—Oliver, ya te vale —le reñí.

—Bueno, pasarlo bien, me llaman, que vosotros estáis de vacaciones y yo de guardia. —Nos hizo un guiño antes de colgar.

—Buena gente mi cuñado.

—¿Tu cuñado? —Me reí negando y cogiendo mi bolso de rafia.

—Yo a ti te conquisto antes de que estemos de regreso, rubia —decía siguiéndome para salir de la *suite*.

—Lo veo muy difícil. —Carraspeé.

—Ya lo veremos, rubia...

Capítulo 5



Llegamos a la piscina y vimos a Jenny charlando con Aitor, ya que vivían en la misma ciudad y no se conocían, pura coincidencia.

—¡Rubia! Que en este grupo tienes a la gente con más arte del mundo —me dijo Jenny desde la barra de la piscina en la que estaba sentada tomando un cóctel con Aitor, aunque este estaba con una cerveza— Métete que el agua está a temperatura ambiente.

—Vos sos preciosa, jefa —me gritó Aitor intentando parecer argentino.

—Este está enamorado de Alma, por eso pagó este viaje. —Se chivó Jenny, ya que él se lo debía de haber contado—. Y tengo un chisme buenísimo, rubia, que se conocieron por internet —gritaba.

—Ya voy —les dije para que bajaran el tono, ya que con lo tranquilo que era este país, iban a volver loco al camarero que estaba tras la barra.

—Rubia, yo te escolto —dijo cuando me quité la falda.

—Marcos, por Dios. —Me reí tapándome con las manos de la radiografía que me estaba haciendo.

—Yo a ti te recetaba dos ibuprofenos y por la noche un paracetamol. —Me seguía mientras yo me adentraba en la piscina.

Me dirigí hacia los chicos sin mirar atrás ni contestar a Marcos, que me iba soltando de todo, y sin verlo, sabía que me estaba mirando el culo, hasta parecía que conocía ya su parte real.

—¿Qué estás tomando? —le pregunté a Jenny, ya que su cóctel llamaba mucho la atención.

—Se está tomando un cóctel de zumos granizados sin alcohol —contestó Aitor volteando los ojos.

—A mí no me hace falta alcohol, sin tomarlo ya estoy como una moto, imagina si lo bebo. Por

cierto, rubia, que tú le puedes decir que te eche un lingotazo de ron en el cóctel, que invita la Jenny —dijo refiriéndose a ella misma y bromeando, dado que no había que pagar nada.

—Yo necesito mucho alcohol —dijo Marcos pegándose a la barra y señalándole al camarero el grifo de cerveza para que le echase una.

—Tú has sido más listo —le dijo Jenny a Marcos—. El Aitor en vez de señalar a la cerveza le ha metido al pobre hombre cuatro gritos que lo tenía acojonado, vamos que se pensaba que por chillarle más se iba a enterar. —Nos tuvimos que reír.

—¿En qué parte del mundo no conocen la palabra cerveza? Acá son unos boludos. —Volvió a hacerse el argentino de repente.

Aitor estaba sembrado, bueno y Jenny, a mí me caían todos genial por ahora. Tiempo al tiempo que en quince días podían pasar muchas cosas y yo estaba acostumbrada a verlo con los grupos. Al principio todos se adoraban y luego ni se miraban por los pasillos ni en las excursiones. Aunque este grupo se sentía diferente.

—Salud —dijo Marcos levantando su cerveza cuando nos la sirvieron, ya que al final, yo me decanté por otra.

—Ahí viene el grandullón —dijo Aitor refiriéndose a Hugo, que iba sin camiseta y directo a la piscina para venir junto a nosotros.

Justo cuando iba bajando la cuesta, se paró y comenzó a bailar la canción que sonaba de estilo japones. Hasta el camarero esbozó una carcajada que se le achinaron los ojos más de lo que ya los tenía. El caso es que sincronizaba los movimientos. Mucho arte había aquí con este grupo, demasiado.

Dylan apareció también sin camiseta, pero con una bandera de España amarrada al cuello haciendo de capa. No me lo podía creer. Desde el filo y antes de adentrarse, comenzó a botar cantando que España es la mejor. Me iba dando cuenta de la que me esperaba en este viaje, que nada tenía que ver con lo que dos días atrás había imaginado.

Fueron llegando todos y llenamos la piscina, bueno el jardín era entero para nosotros porque no había nadie más. Los huéspedes parecía que estaban todos haciendo *tours* o no les gustaba meterse en remojo.

Marcos no me dejaba ni un solo momento, o me echaba la mano por el hombro, o me cogía por la cintura, o me plantaba un beso en la mejilla, pero quieto no estaba y a mí me costaba contenerme, porque mis deseos por él eran más que infinitos.

—Chicos, escuchadme, que veo que algunos como yo, fumáis.

—Eso, algunos, que yo no bebo ni fumo —dijo Jenny.

—Yo tampoco —contestó Janis—, pero una copita o una cervecita, sí que cae.

—Una detrás de otra —le dijo Dylan.

—Dejar hablar a mi rubia. —Jenny me tenía bautizada así y veía que poco me iban a llamar por mi nombre.

—En Japón, tanto en hoteles como en restaurantes, por norma general, se puede fumar, pero, aunque os parezca extraño, en la calle no, solo en las partes habilitadas para ello, que son como unas cabinas donde esperas al autobús.

—Sí hombre, lo que me faltaba, fumarme un cigarrillo metido en una jaula como si fuera un mono —se quejó Manu.

—Boludo, pues no fumes —le dijo Aitor que no fumaba.

—Os lo digo para que no vayamos a tener un problema, ya que ahora mismo somos un grupo y cualquier imprevisto arrastra con todos ya que nos cambiaría el itinerario de las cosas.

—¿En serio nos van a detener por fumar? —preguntó Sarah preocupada.

—No, es una multa, me refiero a que intentemos evitar problemas y respetemos las normas del país para no vernos metidos en ningún lío que nos haga perder un buen tiempo.

—Me pone súper cachondo cuando habla seria.

—¡Marcos! —le grité riendo y negando. Todos estaban a carcajadas.

—Rubia, que me da a mí que te vas a acordar de Japón toda tu vida.

—Ya te digo yo que sí —le contesté a Jenny.

Marcos le contó a todo el mundo que trabajaba con mi hermano y casualmente el sábado nos vimos sin saber que emprenderíamos juntos este viaje. Lo contaba de una forma como si fuera una historia de amor que estaba comenzando entre nosotros. Yo me tenía que reír y reconozco, que, aunque estuviese bromeando, me encantaba escuchar la perspectiva que le daba a estos momentos.

Carlota y Sarah eran como dos siamesas que andaban juntas todo el tiempo charlando relajadamente. Janis y Alma estaban muy pegadas a Jenny y se notaba el *feeling* que tenían, aunque las cinco también se integraban poco a poco muy bien.

Los chicos estaban más que integrados y se hablaban como los típicos amigos de toda la vida que no se cortaban un pelo en soltarse un disparate.

Una hora llevábamos en la piscina cuando nos sorprendieron dejando sobre la barra una bandeja de *sushi*, captando la atención de todos y dejándonos sin palabras al ver aquella obra de arte que estaba presentada como si fuera para un museo. El primero en meter la mano fue Dylan, que decía que quería asegurarse de que todo estuviera correcto y no corríamos el riesgo de

intoxicarnos. Tenía un morro que se lo pisaba. Me moría con sus cosas.

Era toda una exquisitez, me habían dicho que este hotel era espectacular y debo reconocer que lo era, y en todos los sentidos. Era mi primera vez en el país y todas mis expectativas se estaban confirmando.

Mi primera impresión fue la educación que se respira en este país, ya que siempre había escuchado hablar de ello, pero admito que experimentarlo, fue algo completamente diferente. Los modales y la amabilidad de la gente eran impecables, siempre dispuestos a ayudar y con una sonrisa en el rostro. Además, la limpieza en cualquier rincón o calle era palpable, algo que me llamó mucho la atención durante el traslado del aeropuerto al hotel.

Arrasamos con la bandeja de *sushi* en menos de diez minutos y eso que era grande. Tanto nos vieron disfrutar que no tardaron en traernos otra.

—Al final van a ser buena gente y todo —dijo Dylan, y Hugo le dio una colleja mientras se reía —. Joder, tendrán que ganarse nuestra confianza, que uno no puede ir fiándose de todo el mundo —protestó este rascándose donde le había dado.

—Rubia, de aquí a dos días estamos cobrando todos. —Se refirió a las collejas.

—A la rubia no, que es capaz de dejarnos encerrados en un hotel hasta que nos vayamos —dijo Hugo.

—A mi rubia la encerraba yo en la *suite* y no la dejaba salir hasta que tuviera que ir a dar a luz a nuestro primer hijo.

—¡Marcos! —exclamé a modo regañina.

—Me has enamorado, ¿qué le hago? —Se encogió de hombros negando.

—Rubia, te he dicho que en tu vida te vas a encontrar un grupo como este, de aquí terminas en la consulta de Janis una vez a la semana.

—Pues muy bien que yo la trataría.

—No lo he dudado —le contestó Jenny mientras yo negaba riendo.

Nos acomodamos en una mesa larga, ya que un camarero juntó tres para que nos sentásemos todos juntos. Era alrededor de la piscina y allí mismo nos iban a servir la comida.

—Yo no entiendo esta carta, no me entero de nada —dijo Aitor quejándose.

—Hijo, pon el traductor de imágenes, que pareces nuevo en el mundo —le soltó Dylan mirando fijamente mientras negaba.

—Mi amor, ¿qué vas a pedir? —me preguntó Marcos echando su cuerpo por encima de la silla

hacia mí.

—Paciencia, voy a pedir paciencia. —Solté el aire.

—Pero si todavía no hemos empezado a dar guerra —dijo Hugo que nos había escuchado.

Al final me hicieron caso y pedí dos platos de *tempura*, que era langostino rebozado frito con una salsa, dos platos de *takoyaki*, que eran unas bolitas de harina rellena de calamares y venían acompañados por una salsa, todo para compartir, luego cada uno íbamos a tomar una sopa de marisco que nos habían recomendado.

Los chicos estaban de lo más animados comiendo y tomando cervezas, menos los que no bebían, como era el caso de Jenny.

Marcos no dejaba de tirarme indirectas y decir que se iba a casar conmigo y que todos iban a estar invitados al enlace, ya que habían visto nacer nuestro amor. Pobre iluso que no sabía que yo ya estaba enamorada de él desde mucho antes de conocerlo.

Pasamos la tarde alrededor de la piscina, los chicos incluso jugaron al voleibol dentro de la piscina, ya que les pusieron una red y les dieron una pelota, dado que éramos los únicos huéspedes que había en el jardín. Parecía que habíamos alquilado el hotel para nosotros.

En el grupo se respiraba tan buen ambiente, que para mí se habían convertido en unas vacaciones con el hombre de mis sueños, cuyas palabras eran música para mis oídos.

Capítulo 6



Tras una tarde de lo más divertida allí los once solos, porque no apareció nadie por piscina, decidimos ir a prepararnos para salir a cenar por allí cerca.

Al igual que cuando llegamos, fui la primera en ducharme y mientras él lo hacía, me preparé para salir.

Opté por un vestido de lo más ibicenco en color blanco y ajustado hasta la cintura que me encantaba, mis cuñas también blancas y una capita de maquillaje muy suave y natural, con los labios rojos, mi color favorito.

Marcos decidió vestirse en el cuarto de baño dándonos un poco de privacidad, cosa que agradecí porque mis nervios desde luego que no podían estar peor.

Estaba terminando de pasarme la plancha para alisarme el pelo cuando salió, guapo como el que más, haciendo que me diera un vuelco el corazón y una bandada de mariposas comenzara a hacer estragos en mi barriga.

Pantalones vaqueros, polo y deportivas blancas, y oliendo a ese perfume que me traía por la calle de la amargura.

—Pareces una novia —me dijo con una sonrisa de medio lado, que hizo que me pusiera aún más nerviosa.

Y peor aún, cuando llegó hasta mí, se colocó a mi espalda con ambas manos en mi cintura y, tras un beso en la mejilla, contemplamos nuestro reflejo.

—No me negarás que hacemos buena pareja.

—Marcos, ya. —Reí.

—Eso es que sí, pero no lo quieres reconocer.

—Uf, qué fatiguita. —Volteé los ojos.

—Estás preciosa, rubia —susurró en mi oído y noté que me estremecía.

Ese tono fue la gota que colmaba el vaso para que mis deseos por él salieran de nuevo a flote. Qué viaje, madre mía, qué viaje me esperaba.

—Si estás listo, podemos irnos —dije, soltando las planchas.

—Cuando quieras, rubia.

—Ariadna, me llamo Ariadna, o Ari, como prefieras.

—Rubia está bien. —Hizo un guiño y levanté los brazos soltando un leve gritito, cosa que para él fue graciosa dada la risotada que dejó salir.

Cogí el bolso y la llave de la habitación, y nos dirigimos a recepción para encontrarnos con el resto del grupo.

Los encontramos charlando y sonrientes todos juntos, sentados algunos en los sofás de la salita de espera, y otros de pie.

Ellas iban guapísimas, con vestidos o pantalones vaqueros ajustados y un jerseyecito, llevando cuñas como yo o tacones, como era el caso de Jenny.

Los chicos, por su parte, todos vestidos con vaqueros, polo y deportivas.

—Quien os vea se cree que sois modelos. Qué guapos y guapas vais —dije sonriendo cuando Marcos y yo nos acercamos, pues estaban tan metidos en su conversación que no nos vieron.

—Percha tenemos todos, desde luego —comentó Aitor.

—Sí, sí, no hace falta que lo jures. —Volví a reír.

—Tú sí que vas guapa, que mira cómo tienes al cirujano —dijo Hugo.

—Con la babita caída. —Rio Carlota.

—Si es que se lo he dicho, que hacemos muy buena pareja, pero ella no se lo cree —Marcos suspiró y le di un codazo en el costado.

—Deja ya de decir tonterías, anda.

—Pobre chaval, si se ve que le tienes rendidito a tus pies. —Miré a Dylan fulminándole con la mirada, y él se escondió detrás de Janis, que estaba de pie a su lado.

—¿Y por qué me pones a mí de escudo? —protestó.

—La primera que vi —contestó encogiéndose de hombros.

—Rubia, échale paciencia al viaje —propuso Jenny.

—Mucha voy a tener que echar, sí, que me da que, de esta, Janis me trata dos veces en semana.

—Mejor tres, Ari —sonrió ella—, a la tercera invita la casa con copita incluida.

—Menos mal que no eras de beber. —Dylan volteó los ojos a su espalda y ella le miró igual que le había mirado yo.

—A ver dónde te escondes ahora *bro*. —Rio Hugo, y el resto le seguimos.

—Bueno, si estamos listos, salgamos —dije yendo hacia la puerta.

—Cenita y unas copas, que apetece un poquito de diversión, ¿no? —comentó Manu.

—Sí, al menos una copita para inaugurar el viaje —respondió Alma.

—Una, o dos, que no vamos a ir al infierno por eso —soltó Dylan.

—No sé yo. —Rio Aitor.

Caminamos por la zona cercana al hotel y entramos en un restaurante, decorado con un montón de lamparitas de papel rojo con letras japonesas doradas y un gran árbol dorado en el centro.

Nos acomodaron en una mesa redonda en un rincón cerca del ventanal, desde el que podíamos ver la calle, y nos entregaron una carta a cada uno.

—Somos como los caballeros de la mesa redonda —dijo Manu mientras echaba un vistazo a la carta.

—Lo que me faltaba, imaginaros a los diez con las armaduras. —Volteé los ojos.

—Yo me veo más con un kimono, rubia —contestó Jenny.

—Mira, podíamos comprarnos uno —comentó Sarah.

—Pues no es mala idea. —Sonreí—. Cuando vayamos a por algunos *souvenirs* de recuerdo, echamos un vistazo.

—Si los compráis, yo quiero ver a todas con ellos puestos.

—A todas, ¿o Alma, Aitor? —preguntó Jenny.

—A mí me ves, tú tranquilo que yo te lo enseño —le dijo Alma, y a Aitor se le resbaló el móvil de la mano.

—Chiquilla, especifica que le enseñas el kimono, que se ha puesto hasta nervioso —dijo Hugo, y

todos acabamos riendo.

Vaya grupo me había tocado, qué guasita tenían todos, pero lo agradecía, porque al menos, en esos momentos conseguía dejar a un lado mis nervios. Hasta que Marcos volvía a echarme el brazo por los hombros, mirarme como lo hacía, sonreír de ese modo descarado tan suyo y darme algún que otro beso.

Acabamos pidiendo tres bandejas de *sushi*, un par de *okonomiyaki*, que era una masa elaborada a base de verduras, carne o pescado y que muchos comparaban con la *pizza* o la tortilla, estaba buenísimo.

También pedimos un par de platos de *gyozas*, unas empanadas rellenas de carne y verduras cocinadas al vapor y también a la plancha, acompañadas de una salsa de aceite de sésamo que estaban riquísimas.

Y por último nos tomamos un platito de *yakisoba* cada uno, los famosos fideos fritos como se conocían, que eran tallarines con carne y verduras mezclados con una deliciosa salsa de soja.

Entre risas, anécdotas, cervezas y *sake*, la bebida típica en Japón, pasamos un par de horas allí disfrutando de la gastronomía nipona hasta que decidimos ir a un pub que había al final de la calle a tomar una copa.

De nuevo Marcos, mientras caminábamos, me llevaba con el brazo por los hombros, dejaba algún que otro beso en mi mejilla y yo resoplaba porque me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

El grupo no se extrañaba mucho de vernos así puesto que todos admitían que sí, que hacíamos buena pareja, y yo me comía las uñas porque me encantaría poder decirle que le conocía de mis sueños sin saber quién era, y que le quería con todo mi corazón.

Entramos en el pub y entre la música, y esa luz en penumbra, no tardamos en mimetizarnos con el entorno.

Pedimos chupitos de *sake* y de tequila y hasta Jenny dijo que iba a probarlos.

—Ay, rubia, qué cosita más mala —me dijo la pobre con una carita.

—Anda, tómate un cóctel de esos de zumos sin alcohol —le sugerí sonriendo, y ella asintió.

Pedimos *gin-tonics* para el resto y fuimos brindando según Aitor proponía, y así, una copa tras otra, algunos más que otros acabaron un poquito perjudicados, bailando y riendo mientras todos disfrutábamos de esa primera noche a la japonesa.

Cuando vinimos a darnos cuenta, teníamos a Manu con un puntazo mayor que el de los demás.

—El boludo se ha bebido lo suyo y lo de Jenny —dijo Hugo.

—¿Y lo feliz que se le ve bailando? —Sonrió Alma.

—Descoordinado, baila más descoordinado que uno subido en un barco —comentó Dylan.

—Pobre camarera, la que le está dando con tanto baile y tanta charla —dije.

—Bueno, lo de camarera... vamos a dejarlo —contestó Aitor.

—También te has dado cuenta. —Rio Marcos.

—Sí, y eso que llevo alguna que otra copa. Pero él no lo sabe.

—¿De qué habláis? —Curioseó Sarah.

—Pues que la camarera, no es camarera —dijo Aitor.

—Mujer de vida alegre como dice Hugo, tampoco —comentó Dylan.

—Mujer, esa es la clave —contestó el benjamín, y ahí todos caímos en la cuenta.

—¡No fastidies! —grité llevándome la mano al pecho.

—Nooo.

Miramos a Manu, que seguía bailando allí al final de la barra con la camarera, ajeno a lo que el más joven del grupo se había dado cuenta, al igual que Marcos, y en ese momento, pasó.

—¡¡Manu!! —gritó Aitor dejando su copa y yendo hacia el uruguayo, que le estaba comiendo los morros a la no camarera de un modo que madrecita.

—Pues ya la hemos liado —dijo Carlota.

Aitor llegó a Manu y le intentó separar, pero claro, el ingeniero estaba amarrado a la camarera como una lapa, y ella, mejor dicho, él, sonriendo feliz de la vida porque un hombre guapo la había escogido esa noche.

Aitor hablaba con Manu tratando de hacerle entender que la muchacha no era tal, pero parecía que no atendía a razones.

—Vamos a tener que hacer algo —dije.

—Ya voy yo. —Miré a Alma y, tras dejar la copa, se unió a Aitor.

No escuchábamos lo que decían, pero por el modo en el que Manu fruncía el ceño, se notaba que estaba un poquito enfadado. Janis se acercó a echar una mano y al final entre Alma y ella consiguieron que la camarera, o el camarero, mejor dicho, se apartara de Manu.

Aitor cogió a su amigo para traerle de vuelta hacia nosotros, y cuando al fin pude escucharle,

Manu tenía la lengua casi de trapo.

—Boludo, que me quiere, esa mujer me quiere —le dijo a Aitor.

—A ver, Manu, que no es una mujer, ¿cómo leches te lo digo?

—Sí, sí lo es. ¿Tú has visto que piernas depiladas tenía?

—Yo también tengo las piernas depiladas —soltó Hugo—, ¿y me ves pinta de mujer?

—Una mujerona muy grande serías, Hugo —dijo Dylan.

—Estás celoso, chiquitín —saltó Manu de nuevo mientras le daba golpecitos en el pecho a Aitor—. Estás celoso porque ese pedazo de mujer se ha fijado en mí y no en ti.

—Va a ser eso, sí. —Aitor volteó los ojos.

—Envidioso, hijo de la repútisima concha.

—A ver, Manu, hijo. —Se acercó Hugo—. Que es un tío, no una mujer. ¿No has visto que tiene más nuez tú? Por mi madre de mi alma, que hasta los brazos que tiene son casi como los míos.

—Que no, que es mi *geisha* —dijo Manu—. ¡¡Amor, ven!!

—Ya le ha dado. —Alma comenzó a frotarse las sienes.

—Creo que la noche ha terminado —comenté.

—Sí, mejor volvamos al hotel antes de que se lleve a su *geisha* a una iglesia —respondió Alma.

—La que has podido liar, pollito —le dijo Dylan a Manu, ayudando a Aitor a llevarle entre los dos hasta el hotel.

—No quiere que me eche novia —protestó Manu—, ni que me quisiera para él.

Nos reímos, y es que el pobre iba tan bebido con la mezcla de licores, que no sabía lo que decía.

—Verás mañana la resaca —comentó Sarah negando.

Regresamos al hotel, nos despedimos en el pasillo y cuando Marcos y yo entramos en nuestra *suite*, me cogió por la cintura pegado a mi espalda.

—¿Una última copa y un baile, mi rubia preciosa? —preguntó.

—No, ahora mismo vamos a la cama. Que tú también tienes lo tuyo —dije apartando sus manos.

—¿Qué tengo?

—Has bebido mucho, Marcos. A ver, no tanto como el pobre Manu, que mañana va a tener una chirigota en la cabeza dando guerra, pero has bebido. Así que se acabó el alcohol por hoy. A la cama. —La señalé.

—Sí, señora. —Hizo el gesto militar y resoplé volteando los ojos.

Entré en el cuarto de baño con mi pijama para cambiarme y, cuando salí, lo encontré sentado en un lado de la cama, apoyado en el cabecero.

Me metí en mi lado, lejitos de él de modo que corriera el aire, y noté que me daba una palmadita en el hombro.

—Rubia, ¿estás dormida?

—Por Dios, Marcos, si me acabo de meter. —Sonreí.

—Que digo que... ¿me das un besito de buenas noches?

—¿Tú estás loco? —Me giré mirándole con los ojos muy abiertos—. Y yo diciendo que no habías bebido tanto, madre mía —resoplé.

—Solo un besito —dijo sacando morritos y todo.

—Mira, o te vas para tu lado y te duermes, o del bofetón que te doy, acabas en la habitación con Manu.

—No te pongas tan dura, que me pones más.

—Verás, verás la *guantá* que te doy así, a mano abierta. ¡Echa ya para tu lado!

—¿Sabes? —dijo acomodándose de lado y mirándome— Llegará el día que me des mi besito de buenas noches.

—En tus sueños, Marcos, en tus sueños.

Me giré dándole la espalda y suspiré, porque, si él supiera la de besos que le había dado yo a él en los míos...

Capítulo 7



Marcos

Me levanté y la vi dormida plácidamente, apenas eran las seis y media de la mañana y con esto del cambio de horario, mis ojos estaban tan abiertos como los de un búho.

Me levanté y me duché, intentando hacer el menor ruido posible, logré no despertarla y salí de la habitación en busca de un café, con la suerte de que me encontré a Carlota. Al menos, no iba a estar solo.

—Buenos días, Marcos —me dijo sonriente y con esa educación y saber estar que siempre tenía.

—Buenos días, preciosa. —Le di dos besos.

—¿Y la rubia? —preguntó en tono de broma, refiriéndose al apodo que le había puesto Jenny el día anterior, lo cual hizo que algunos, incluyéndome a mí, también lo hiciéramos.

—Mi bella durmiente está en la cama plácidamente.

—Es un amor de mujer, con su carácter porque es su mejor aliado para este tipo de trabajo, pero ella sabe manejar bien la situación. Ayer pensé que terminaríamos aún peor —recordó riendo.

—¿Los polis guardáis secreto de sumario? —pregunté medio en broma.

—Totalmente, además, más que por vocación, lo guardo por respeto. ¿Te has enamorado?

—Buena poli, sabes por dónde van los tiros. Llevo enamorado de ella diez años...

—¿Pero os conocíais de antes?

—Sí, hemos vivido varias historias de amor.

—No me cuadra algo...

—Ni te va a cuadrar —me reí—, a no ser que yo te lo cuente.

—No soy una persona chismosa y menos aún entrometida, por muy poli que sea, pero créeme que me muero porque lo hagas.

—Y si te soy sincero, necesito desahogarme con alguien y que entienda todo durante el viaje.

—Adelante.

—Todo comenzó hace diez años. —Di un trago al café—. Empezamos una relación cuando ella estaba terminando turismo y yo ya era médico, en otro hospital diferente al que estoy ahora.

—Entiendo.

—Fue todo un flechazo y desde ese día nos hicimos uña y carne. Nos amábamos con todas nuestras fuerzas y planeábamos un futuro en común.

—No me cuadra nada con lo que he visto de vosotros. —Volvió a levantar la ceja.

—Justo cuando llevábamos tres años. —Tragué saliva y se me escaparon unas lágrimas.

—Tranquilo, tómate tu tiempo. —Me tocó el hombro para consolarme.

—Tuvo un accidente de coche y estuvo tres días en coma. Cuando volvió a tener consciencia, se acordaba de todo y de todos menos de mí...

—Ay, que me da —dijo poniéndose la mano en el pecho y sin poder reprimir sus lágrimas.

—Cuando me vio preguntó que quién era, y cuando le enseñaron fotos de nosotros juntos para que me recordara, le dio una crisis tan fuerte que la tuvieron que sedar, ya que decía que todo era una conspiración contra ella y que yo no existí jamás en su vida.

—Qué fuerte —murmuró con la voz entrecortada.

—Cuando despertó de la sedación dijo que había soñado con un hombre y que había sido tan real que ahora estaba triste de estar despierta. Volví a visitarla como último intento para no dañar su salud mental, yo estaba roto por completo.

—Imagino...

—Lo más fuerte es que al verme le dijo a su madre que yo era el de los sueños y ella estaba encantada de que yo fuera el médico. Además, que estaba en el hospital donde yo trabajaba, solo que a ella la llevaba otra rama de especialistas. Me pasaba las horas en su habitación, ya que yo trabajo por guardias nocturnas cada ciertos días y tengo mucho tiempo libre. Cuando le dieron el alta me pasaba las horas en su casa, hasta que una mañana llegué y de nuevo preguntó que quién era y qué quería. —Me derrumbé a llorar.

—Tranquilo, Marcos —me decía cuando ella estaba de igual manera, llorando a mares.

—Me echó de su casa y de nuevo, en los días siguientes empezó a hablar de esos sueños a su hermano y madre, por lo que me pidieron que fuera a la panadería donde ella solía comprar pan para ver si me reconocía. Así que fui allí y me saludó sonriendo muy tímida, como si nunca nos hubiéramos visto antes, y comenzamos a conversar. Terminamos tomando café y quedando para ir al cine, cenar, hasta que, una vez más, a los diez días, volvió a olvidarme.

—¿Llevas siete años así?

—Sí, ajustándome todas las guardias para venir a todos los viajes con ella —confesé llorando—. Y haciéndome fotos solo, que subo a mi Instagram en el que ella pasa horas pensando que todo lo soñó. Jamás soñó nada, todo lo viví a su lado, pero claro, no puedo subir fotos con ella porque en una de sus crisis puede volverse loca al verse y no acordarse.

—¿Y si en el viaje vuelve a ese momento?

—Eso es lo que temo. No me quedará otra que mantenerme en un segundo plano y no estar presente, hasta que se le pase.

—¿Te doy un consejo?

—Dime.

—Cuéntaselo al grupo, no te comas esto solo, no es un delito, no es una deshonra, es la lucha de un gran hombre como el que eres por construir de mil maneras una historia de amor. —Se limpiaba las lágrimas—. No quedan hombres como tú.

—Tendré que ir uno por uno, es un follón, pero veré cómo lo hago.

—Ya veremos la forma.

En ese momento llegaron Jenny, Dylan y Hugo que venían con el cansancio reflejados en sus rostros. El día anterior había sido de lo más intenso.

El caso es que parecía que le habían puesto una alarma a todos que llegaron casi a la vez. Hasta la mujer de mi vida que venía con una sonrisa de lo más bonita.

—Mira mi rubia bonita, qué carita trae tan reluciente.

—Me puse un poco de iluminador —dijo sonriendo y mirándome con esa carita que me daban ganas de comerme, pero se me estaba resistiendo—. Vamos a desayunar, chicos —nos indicó que la siguiésemos.

Cuando estábamos casi listos, Carlota le pidió a Ariadna que la acompañase a comprar unas cosas que necesitaba. Nos dijeron que no tardarían y yo sabía que había sido una estrategia de ella para que pudiera hablar con los del grupo.

—Chicos, tengo que hablar con vosotros y es la primera vez que lo hago con un grupo casi

desconocido, pero son muchos días los que vamos a estar, hay muy buen rollo y creo que os puedo tener de aliados...

—Oremos —dijo Dylan juntando sus manos y nos echamos todos a reír.

—Quieres conseguir a la rubia, ¿a que sí? —preguntó Jenny en ese tonito de voz que tanta gracia hacía.

—No, para eso ya estoy entrenado —respondí sabiendo que no me entenderían.

—Venga escupe —dijo Aitor, que tenía poca paciencia.

Comencé a contarles toda la historia y sus expresiones se transformaron en incredulidad y tristeza, no hubo ni uno solo de ellos que no terminase llorando.

—Sé de qué hablas —murmuró Janis, que era la psicóloga—. He trabajado en dos casos similares. Yo tengo una teoría y es que, a mayor número de horas, más fácil es separarse del momento.

—No entiendo.

—Intenta recordar, pero si duermes con ella, a la mañana siguiente no tiene episodio.

—Pero había muchas veces que no dormía con ella y al día siguiente me recordaba.

—Cada vez que te recuerda, ¿has dormido con ella?

—Sí, por lo menos unos tres días.

—¿Se levantó alguna vez de tu cama y tuvo un episodio?

—No.

—A eso me refiero, es más fácil que le dé cuando no ha tenido contacto físico contigo en bastantes horas. Yo tengo esa teoría que otros muchos especialistas no avalan, pero creo firmemente en ella.

—Casi siempre fue después de una guardia mía, eso sí es verdad, y en los viajes nunca nos pasó, pero siempre lograba dormir con ella.

—Macho, te veo hablando en el hospital para que te dejen llevarla a la guardia —dijo Aitor consiguiendo arrancarnos una carcajada.

—Intenta separarte de ella el menos tiempo posible, que no pase sin tu contacto físico mucho tiempo.

—Lo voy a tener en cuenta, haría cualquier cosa por recuperarla como antes —murmuré tragando saliva, entonces Manu hizo un carraspeo y nos dimos cuenta de que nos estaba

advirtiéndole que Ariadna y Carlota regresaban.

A Carlota le hice un gesto que por la ligera afirmación de su cara había comprendido que ya había hablado con los chicos.

—Todo el mundo a la habitación a coger lo que necesitéis y nos vemos en la recepción en diez minutos, que ya viene el minibús a por nosotros.

—¡Ole mi rubia! —gritó Jenny acercándose a ella y abrazándola— La Jenny ahora mismo coge su bolsito cruzado para ir cómoda, pero no menos mona —dijo hablando de sí misma con el arte que lo hacía.

Yo me quedé con Ariadna que ella salió de la habitación con sus papeles, su banderita para que no nos perdiésemos y una mochila que llevaba colgada de un hombro. Yo solo iba a llevar la cartera y el móvil que lo tenía encima, no necesitaba más nada.

—¿A que soy el más bueno del grupo? —le pregunté dándole un beso en la mejilla, provocando que se encendieran.

—Eres un zalamero de mucho cuidado. —Reía nerviosa.

—¿Cuándo me vas a dar un besito? —Le saqué los morros.

—Para ya, anda, vamos hacia la recepción.

—Hasta que no me des un besito, no me muevo. —Volví a sacar los morros.

—Pues aquí te quedas solo.

—¿Y serás capaz de dejarme apartado del grupo como si fuera una rata inmunda?

—¡Vamos! —Reía nerviosa.

—Mi beso. —De nuevo le sacaba morritos.

—¡Vamos! —repitió haciéndome un gesto con la mano.

—Muy caro me ha salido el viaje para lo poco que lo estoy disfrutando —me quejé consiguiendo sacarle una carcajada.

Llegamos a la recepción y los chicos fueron apareciendo con ganas de fiesta de nuevo, no habían tenido bastante con la noche anterior, que fue de lo más movidita y de la que Manu no se acordaba de nada de la borrachera que cogió. Motivo por el cual, todos le estaban dando para el pelo y él no entendía nada, tomándolos por locos.

Eso sí, tenían ganas de fiesta, pero estaban con una resaca monumental, pero eso no impedía que hablasen ya de disfrutar de una cerveza entre parada y parada de las visitas programadas para

hoy. Yo entre ellos, para qué mentirnos.

Esperé a que Ariadna tomase asiento para sentarme junto a ella, sabía que también en cierto modo buscaba que yo lo hiciera. La conocía y en muchos sentidos la historia se repetía.

Le eché la mano por el hombro y ella me miró de lado sonriendo.

—¿Quieres ser mi novia? —le pregunté un tanto bromista, como tantas veces había hecho, y ella se ponía de lo más nerviosa.

—Marcos, por favor. —Se reía tapándose la cara con la mano y mirando por la ventanilla.

—Qué bonito es el amor, rubia, disfrútalo que a veces dura muy poco —dijo con todo el arte Jenny y teniendo más razón que un santo.

—Di que sí, Jenny, tú sí que sabes —le contesté ante la risa de todos.

Me llegó un mensaje de Oliver preguntándome cómo estábamos, le contesté girándome un poco para que Ariadna no me viera.

Capítulo 8



—Y, como voy a ser buena, vamos a comenzar la excursión por un lugar relajado para que conectéis con la naturaleza y respiréis aire puro, que buena falta os hace después de lo que os metisteis ayer en los pulmones.

—¡Muy bien dicho, rubia! —gritó Jenny mientras bajaba del minibús.

—¿Y dónde estamos, jefa? —preguntó Dylan.

—En el parque Ueno, ni más ni menos, el más popular de Tokio, en el que se encuentran museos, templos y hasta unos estanques de lo más hermosos, como es el caso de Shinobazi, que está dividido en tres secciones.

—Sorpréndenos... —dijo Marcos.

—A ti es fácil que la rubia te sorprenda, con solo que te guiñe un ojo ya estás tú derretido por los suelos —contestó Jenny, que siempre tenía algo para soltar.

—Venga, vamos hacia dentro —dije negando porque todo lo que me había estudiado y preparado para este viaje, me daba a mí que no me iba a servir la mitad, ya que todo se lo tomaban a risa, pero bueno, que los prefería así, al menos éramos un grupo de lo más animado.

El parque estaba lleno de museos que fuimos visitando en un recorrido no tan lento, dado que teníamos que verlo todo. Nos sorprendió bastante la de gente indigente que vivía en el parque.

Cuatro horas después, salimos del parque justo por la zona que había un montón de calles comerciales. Decidimos sentarnos en una terracita para tomar una cerveza.

—Al final me aficiono a las cervezas —murmuró Sarah, sonriendo con esa timidez que le caracterizaba.

—Están fresquitas y con el calor vienen de escándalo —dijo Carlota mirando su vaso.

—Tú no deberías beber, por el bien de la salud mental del grupo —le advirtió Aitor a Manu.

—Chiquitín, la tienes tomada conmigo. —Le señaló este con el dedo.

—Calla, que ayer te salvamos la vida.

—¿En qué? No recuerdo que haya hecho nada como para poner en riesgo a mi persona.

—Eso es, que no lo recuerdas, pero por poco tienes ayer tu primera experiencia sexual con un hombre.

—¿Qué dices? —Se rio negando.

—Lo que todos sabemos, menos tú, pero te digo que tienes mucho que agradecerme.

Manu me miró y yo asentí. Momento que Jenny aprovechó con su desparpajo para contarle lo sucedido. Y claro, este se quería morir, pero como le decíamos, no hacía falta, la sangre no había llegado al río. El pobre se llevó un disgusto tremendo y Janis le hablaba para consolarlo un poquito.

Aitor decía que ya estaba cansado de ver cosas, que quería piscina y beber, pero Jenny le dio una colleja con la que se le quitaron las ganas de decirlo de nuevo. Moría con esa chica, era de lo más graciosa.

Comimos en un bar cercano al que habíamos tomado la cerveza y luego llamé al conductor para avisarle que estábamos listos. Ahora nos dirigíamos a ver el templo budista Sensoji, el más antiguo de la ciudad, con su imponente puerta Kaminarimon adornada con un enorme farolillo rojo y dos estatuas de dioses a cada lado.

Los chicos no dudaron en tirarse un montón de fotos delante de la puerta y Marcos me pidió que le echase alguna, así, como también, le dio el móvil a Jenny para que nos echase una juntos.

—¿Un besito? —Sacó morro para la foto.

—¡No! No hay besito que tú eres muy rápido.

—¿Pero tengo alguna posibilidad? Porque yo no pierdo la esperanza.

—Esperanza se llamaba mi tía, pero esa murió —dijo Aitor, que se había acercado a Jenny que nos estaba sacando la foto.

—Este chiquitín es muy de arruinar sueños —le recriminó Jenny, sin dejar de tirar fotos.

—Al final me quedo sin mi beso —negaba cogiendo su móvil.

Les dije a los chicos que me siguieran, pero había tanta gente que tuve que alzar la bandera para que no se perdiesen. Marcos estaba a mi lado en todo momento.

—Esto si es lo más antiguo, debe tener más años que yo —dijo Hugo.

—Data del año seiscientos veintiocho —contesté porque me había empapado toda la historia de lo que íbamos a visitar—. Se cuenta que dos hermanos encontraron en el río una estatua dorada que era de Kannon.

—No se pudieron encontrar un pendiente como resto de los seres humanos —dijo Jenny causando una carcajada en todos.

—La cosa era que la devolvían al agua, pero siempre terminaba regresando a ellos, así que el jefe de la aldea de aquellos entonces la puso en su casa como si fuera un santuario donde la gente podía ir a adorarla.

—Está buena y encima es lista. ¡Te amo! —gritó Marcos causando que todos rieran.

Dentro del complejo había una pagoda que tenía cinco pisos y que era muy llamativa para ser fotografiada. Nos tomamos un montón de fotos, incluyendo algunas con Marcos, que no dejaba de immortalizarme a su lado.

—El templo fue reconstruido después de que fuera atacado aéreamente durante la Segunda Guerra Mundial. Ahora es el símbolo de la paz del país y su renacimiento.

—Me estás poniendo cachondo con tanta historia —murmuró Marcos a mi oído, causando que le diera con la bandera en la cabeza—. Un golpe tuyo, es un orgasmo para mí.

—Estás acabando conmigo. —Me reí negando.

—¿Pero desde cuándo no la ves? —preguntó preocupado Hugo a Janis, lo que hizo que saltaran todas mis alarmas.

—¿Qué pasa? —pregunté metiéndome en su conversación.

—Es Alma, que la hemos perdido de vista.

—¿A mi Alma? —preguntó Aitor alterándose y mirando hacia todos lados.

—A ver chicos, la llamo a su teléfono.

—No, da apagado, ya lo he hecho yo —dijo Hugo.

—Ay, que nos la han secuestrado —gritó Jenny dramatizando todo.

—Japón es un país seguro, solo me preocupa que no lleva móvil, pero vamos a hacer una cosa, nos vamos a ir a la entrada principal que, por lógica, es donde todo el mundo va en estos casos.

—Manu y yo vamos a ir por ese lado y si la vemos, o la veis, nos avisas —ordenó Hugo.

—Yo voy con Jenny, Sarah y Janis por el otro —dijo Carlota.

—Vale, os espero en la puerta. —Me fui con Marcos mientras Aitor y Dylan se iban por otro

lado.

No, no estaba en la puerta y su teléfono seguía apagado. Llamé a los grupos que se habían dividido y no la habían visto aún.

—Va a aparecer —dije convencida de que muy lejos no podía haber ido.

—A mí me da muy mal rollo que en las noticias sale cada cosa...

—Marcos, por Dios, que Japón es diferente.

—Sí, aquí todos son unos santos. —Volteó los ojos y es que también estaba de lo más nervioso.

Recibí una llamada de Hugo diciéndome que la habían localizado, estaba de lo más desorientada buscando la salida para darnos encuentro. Le había dado un golpe de calor y se mareó, echándose a un lado y buscando una sombra lo que hizo que nos perdiere de vista. Corrimos hacia adentro para darles encuentro y que Marcos le echase un vistazo.

Cuando llegamos, ya estaban todos juntos, dado que Hugo los avisó y estaban cerca. No tenía tan mala cara por lo que debía de estar recuperándose.

—Traerle un refresco de cola —ordenó Marcos, y Aitor se apresuró a hacerlo dándose patadas en el culo, y Dylan lo siguió para no dejarlo solo.

—Estoy bien, de verdad, solo me siento un poco floja.

—Vaya susto nos has dado, ya me veía yo en las noticias pidiendo entre lágrimas la colaboración ciudadana —comentó Jenny.

—Eso mejor lo hubieras hecho en Instagram que tú apuntas para *influencer*. —La buscó Hugo.

—Un día lo seré y te diré: «¿Lo ves? Lo he conseguido».

—No lo dudo, si te veo capaz de eso y más.

Aitor regresó de la misma manera que se fue con Dylan, corriendo como si de la lata de Coca-Cola dependiera la vida de Alma.

—Gracias —dijo ella cogiéndola.

—Por ti voy a España a nado si hace falta, ya casi te tengo en el bote por méritos propios.

—Por pesado, por pesado —respondió Jenny que no se callaba ni una.

Una vez que Marcos observó una mejoría en Alma, continuamos la visita para luego salir a una calle muy comercial para dar un paseo y que se metieran en ese mundo tan peculiar que se veía en Japón, sobre todo con el manga.

Capítulo 9



Al igual que la noche anterior, el grupo nos esperaba para ir a cenar, solo que no saldríamos del hotel, ya que habíamos acordado quedarnos en la zona de la piscina.

Aquella iba a ser una celebración estilo *hawaiana*, solo que en pleno Tokio.

Las chicas íbamos en bikini o bañador con un pareo, y nos habíamos puesto una preciosa flor en el pelo como adorno.

Ellos iban con sus bermudas la mar de guapos.

—A ver si esta noche bebemos un poquito menos. —Carraspeó Aitor mirando a Manu.

—Boludo eres, chiquitín.

—Mejor que no mezcle mucho —dijo Alma.

—A ver si me vais a querer tener a base de agua o zumos. —Manu volteó los ojos.

—Tú bebe lo que aguantes, eso sí, al camarero lo dejas tranquilito —le dijo Hugo al tiempo que le daba un leve golpecito en el pecho.

La que le estaban dando al pobre, y lo mortificado que estaba desde que se enteró esa mañana lo que pasó la noche anterior. Paciencia tenía con esa *guasita* que gastaban con él.

—Tú tampoco te libras —señaló Aitor a Alma—, que después del susto de hoy, a ti no te pierdo de vista.

—¿Es culpa mía? Que me podría haber quedado en el sitio y ninguno se dio cuenta —protestó.

—Venga, venga, un poquito de paz, que somos todos hermanos —dijo Dylan.

—Tú ahora qué eres, ¿cura o algo así, *bro*? —preguntó Hugo.

—El reparto de ostias se me da bien, sí —contestó, haciéndonos reír.

Vaya grupo, no tenía desperdicio ninguno de ellos.

Llegamos a la zona de la piscina y nos quedamos impresionados al ver cómo lo habían decorado.

Había velas encendidas, flores como las que llevábamos nosotras en el pelo, una barra larga llena de comida y bebida, y de fondo sonaba una melodía tranquila y relajante.

Nos fuimos acomodando en los taburetes altos que había alrededor de la barra y a mí se me hizo la boca agua al ver la comida.

El camarero se acercó para explicarnos lo que había, y, desde luego, que yo quería comer un poquito de todo.

Sushi, como era obvio, no podía faltar, y nos habían puesto cuatro bandejas. También había *tempura*, una bandejita con *ikayakis*, que eran un pincho de calamar hechos a la parrilla y aderezado con salsa de soja dulce, un par de platos de *manchikatsu*, que no era otra cosa que bolitas de ternera fritas de carne de *Wagyu* crujientes.

Karaage también probamos esa noche, un plato de delicioso pollo frito marinado en *sake*, salsa de soja, ajo y *mirin*.

—Madre mía, esto está buenísima —dijo Alma tras probar un bocado de *karaage*.

—Todo tiene una pinta brutal —comentó Dylan.

—¿Una cerveza, mi rubia preciosa? —me preguntó Marcos.

—Hay que ver, la que te ha dado conmigo —resoplé.

—Encima de que te cuido, para que después se lo digas a tu hermano y que sepa que no te he perdido de vista.

—Una cosa es no perderme de vista, y otra, que seas peor que un pulpo. —Reí, pues ya tenía su brazo echado por mis hombros.

—Si solo tengo dos brazos.

—Y muchos me parecen ya.

—Aitor, que corra un poquito el aire, *mi arma* —le pidió Alma.

—Ole ese acento andaluz —contestó él—. Pero ya te he dicho que no te voy a perder de vista.

—Que digo yo, ¿para ir al baño tampoco? Digo, porque ya he bebido mucha cerveza.

—¿Alguna voluntaria para vigilarla por mí? —preguntó al resto de chicas.

—Qué viaje me vas a dar —Alma resopló poniéndose en pie.

—Sola no te dejo ir, tú verás —le advirtió.

—Alma, que te ha salido guardaespaldas. —Rio Jenny.

—Mientras no le dé por cantarme. —Se encogió de hombros, y ahí que fueron los dos al cuarto de baño.

—Antes de que volvamos, Alma le ha enseñado algo más que el kimono a Aitor —soltó Hugo, y estallamos todos en carcajadas.

Un par de camareras se acercaron para recoger las bandejas y platos, mientras Manu se puso ambas manos a los lados de la cara para no mirar. Lo que nos reímos en ese momento fue poco, al ver la cara de circunstancias del ingeniero.

—Estas no llevan sorpresa, macho, así que tranquilo —le dijo Dylan dándole una palmada en la espalda.

—Yo ya no miro a ninguna, que si la lío otra vez, me veo yendo a terapia —contestó.

—Janis, dale una tarjeta —le dijo Hugo, y tanto ella como Manu sonrieron negando.

Si algo tenía claro, es que en este viaje aburrirme, no tenía pinta de que me fuera a aburrir ni un poquito.

Alma y Aitor regresaron poco después y comenzamos con los chupitos y las copas. Manu no cambió, siguió con cervezas para no mezclar dado que decía que quería acordarse, al menos, de una de esas noches de fiesta.

Y tal y como el benjamín le había advertido a Alma, no se separaba de ella, la tenía pero que muy bien vigilada todo el tiempo, hasta que todas decidimos quitarnos el pareo y darnos un bañito en la piscina, que a la luz de la luna apetecía.

—Rubia, el cirujano te lanza unas miradas, que, qué miradas —me dijo Jenny.

—Nerviosa me pone. —Reí.

—Nerviosa y otras cosas —contestó Alma.

—No, no empecemos con chismes, por favor —dije.

—Vale, nada de chismes tuyos. Entonces pasamos a Alma —comentó Sarah.

—¿A mí por qué?

—Nena, que Aitor te mira como si quisiera comerte. —Rio Carlota.

—No, no, que eso no es así.

—Anda que no —le respondió Janis.

—Nada de chismes, hemos dicho —protestó Alma—. A ver, rubia —me miró y dio un sorbo a su copa—, ¿tú dónde vas a llevarnos mañana?

—Qué manera de cambiar de tema. —Reí.

—Te diré, que estas nos quieren como centro de chismorreos. —Alma señaló a las demás.

—La Jenny no es chismosa —dijo Jenny—, curiosa sí.

Reímos y acabamos hablando un poco del trabajo de cada una, hasta que Marcos se acercó a buscarnos.

—Señoras.

—Señoritas, si no te importa. —Le corrigió Carlota.

—Disculpe usted, señorita. —Sonrió él—. Venía a buscarlas porque nos sentimos un poco solos allí en la barra, y queríamos tomar una copa disfrutando de su grata y bella compañía.

—¡Y bailar también! —gritó Manu desde la barra.

—Pues a ver qué bailamos, que aquí me da a mí que, ni Maluma, ni Romeo, ni la Shaki —contestó Alma.

—Tú es que no puedes estar separado de la rubia, ¿eh? —le dijo Sarah a Marcos elevando las cejas, y él sonrió de medio lado mirándome a mí con esa intensidad que hacía que notase las mejillas ardiendo.

Salimos de la piscina y fuimos hacia la barra, donde el camarero nos ofreció unas toallas para secarnos un poco antes de volver a ponernos el pareo.

Y no, tal como había dicho Alma, la música que sonaba no era ni Maluma ni nadie por el estilo, por lo que Hugo le pidió que la apagara, que ya poníamos nosotros la banda sonora para esa noche.

—*Waka, waka, eh, eh.* —Comenzó a cantar Alma, y no tardamos en escuchar aquella canción sonando en su móvil, mientras nos pedía a las demás que la acompañáramos en la coreografía.

Muertas de risa acabamos todas, y los chicos de vernos, porque no dimos un solo paso coordinadas, unas iban para un lado y las demás para el contrario, al menos, el contoneo de caderas nos salió medianamente bien.

La siguiente canción que comenzó a sonar fue *Vivir mi vida* de Marc Anthony, y acabamos cantando los once a coro mientras bailábamos unos con otros, intercambiando pareja, hasta que llegué de nuevo a los brazos de Marcos.

«¿Y para qué llorar? ¿Pa' qué? Si duele una pena, se olvida...»

Se movía bastante bien, y no dejaba de mirarme y sonreír.

—¡¡Azúcar!! —gritó Manu en un momento dado.

—¿Ya has mezclado bebidas, boludo? —preguntó Aitor— Que te has equivocado de canción.

—Cuidado el chiquitín, que se cree nuestro padre ahora, Alma —le dijo Manu a ella.

—Calla, jolín, que se había olvidado de mí —protestó ella.

—Vaya grupo. —Reí, y acabé apoyando unos segundos la frente en el pecho de Marcos. Mala idea, porque ese hombre no llevaba camiseta.

—No dirás que no está siendo el mejor viaje de tu vida. —Rio.

—Eso sí, que me estoy riendo con estos tarados una *pechá*.

—Eso es bueno, rubia, reír como dice Marc Anthony —dijo mientras me cogía la barbilla y volvía a mirarme de eso modo tan intenso.

—¡No, no, no! ¡Hugo! —Escuché que gritaba Jenny y, al mirar, vi al grandullón de Hugo llevándola en brazos hasta la piscina—. ¡¡¡Hugooo!!!

Ella gritó mientras él saltaba, llevándola aún en brazos al agua, donde cayeron juntos y salieron poco después.

—Ay, ay, que se ahoga la Jenny —dijo ella quitándose el pelo de la cara—. Que os quedáis sin la Jenny en este viaje, Hugo.

—Mujer, que tan solo quería refrescarme, pero me daba miedo hacerlo solo, por si me ahogo.

—¿Miedo a ti? Valiente cosa me dice —resopló ella.

—¿Alguien más quiere un chapuzón? —preguntó Hugo.

Aitor, ni corto ni perezoso, cogió a Alma sin que lo esperase y se lanzó con ella al agua. Otra pobre que salió tosiendo y en busca de aire.

Miré a Marcos y, por el modo en el que me miraba, lo supe.

—Ni se te ocurra —le advertí con el dedo delante de sus narices a modo de advertencia—.

Marcos, no.

En cuanto sonrió de medio lado, entendí que estaba perdida. En un movimiento rápido me cargó en brazos, comenzó a correr llevándome con él y... ¡zas! Rubia al agua, como diría Jenny.

—Yo me voy a acordar de toda tu familia, cabrito —dije cuando salimos a flote, pero él no me soltaba—. Que casi me ahogo, desgraciado.

—Yo no iba a dejar que pasara. —Sonrió.

—La madre que te parió, qué a gusto se quedó la buena señora —resoplé.

—Venga, vamos a secarnos.

Salió del agua cargando aún conmigo en brazos, que debía admitir que me agarraba a su cuello como un monito para no caerme, y fuimos hacia la barra para secarnos con las toallas.

Pedimos una copa y los demás se unieron de nuevo a nosotros para seguir con la fiesta, disfrutando de esa segunda noche en Tokio entre risas y un ambiente de lo más relajado.

Se notaba la buena conexión entre todos, las chicas reían por alguna tontería que dijera una de ellas, y yo me incluía, obviamente, y los chicos se trataban con una camaradería como si se conocieran de toda la vida.

Me alegraba que ese buen rollo hubiera surgido entre todos, solo esperaba que no se fuera al traste con el pasar de los días.

Nadie paraba de bailar, turnándose todos con todos en una canción o dos. Hasta que dimos la noche por finalizada y comenzamos a regresar al interior del hotel para irnos a la cama.

—No me diréis que no merezco un premio o algo —dijo Manu.

—¿Un premio de qué? No será por bailar, que no ha habido concurso —contestó Sarah.

—Un premio porque voy la mar de sereno. Menos he bebido que otros, y no quiero señalar. —Echó un vistazo hacia atrás y miró a Hugo y Dylan, que entraban con una copa en la mano cada uno.

—Pues para no señalar bien que nos miras, boludo. Pero tranquilo, que mi *bro* y yo, controlamos —contestó Dylan.

—Y ya para la resaca de mañana, les damos unas pastillitas —dijo Jenny.

—A ver, boludo, ¿te lo has pasado bien? —le preguntó Aitor echándole el brazo por los hombros.

—Me acuerdo de todo y no he besado a nadie.

—Muy bien, campeón, pues quédate con eso. —Rio Hugo dándole una palmadita en la espalda.

Una vez en el pasillo de nuestras habitaciones, nos despedimos dándonos las buenas noches y quedando en encontrarnos por la mañana para el desayuno.

Marcos y yo entramos en la *suite* y me fui directa hacia el cuarto de baño a ponerme el pijama, evitando que me cogiera por la cintura y se pegara a mí, que le iba conociendo ya cada vez un poquito más.

Cuando salí, me eché a reír al verle sentado en la cama con los ojos cerrados y poniendo morritos.

—¿De qué te ríes, rubia? —preguntó cuando me metí en la cama.

—De nada, de nada. Buenas noches, Marcos.

—Ah, no, sin mi beso no me duermo.

—Que no te voy a dar un beso, Marcos, qué cansino. —Volteé los ojos.

—Pero si no es más que un muack, y ya, te vas para tu lado a dormir.

—Ay, señor —suspiré, acomodándome en mi sitio.

—¿De verdad me vas a dejar sin besito?

—De verdad, de la buena —contesté—. Y duérmete, antes de que me arrepienta de compartir la cama y te mande para el sofá.

—Se ve cómodo, no tengo problema en dormir allí.

—No me tientes, que te echo de la cama —dije mirándole por encima del hombro.

—Pero mira que eres bonita, hasta cuando te enfadas.

—A dormir, pesado, que eres un pesado —dije riendo, porque ese hombre conseguía que riera hasta cuando intentaba enfadarme.

—Buenas noches, mi rubia preciosa. Descansa. —Me acarició el brazo y sentí...

De todo, sentí de todo en ese momento. Cerré los ojos cuando noté que se había acomodado, y esperé que el cansancio del día hiciera su efecto.

Capítulo 10



—Buenos días. —Sonreí viendo que me miraba con una sonrisita.

—Buenos días, he soñado contigo. —Sonrió y a mí se me sobrecogió el corazón.

—¿Bueno o malo?

—Bueno, no, muy bueno; hacíamos el amor —dijo causando que me levantara a la velocidad de la luz mientras me reía y me dirigía al cuarto de baño.

—Ven para acá, que solo fue un sueño —gritaba riendo.

—De esos precisamente son de los que no me fio —dije cerrando la puerta y me quedé tras de ella sonriendo y pensando que lo amaba con todo mi corazón, pero que me daba mucha vergüenza un acercamiento con él. ¡Era amigo de mi hermano! Pero también era el chico con el que soñé durante siete años, además, era un viajero como yo porque en su Instagram se veía claramente que había recorrido mucho mundo, casualidades de la vida, que la mayoría de los lugares los había hecho yo como guía y también los conocía.

Lo que más feliz me hacía es que con Marcos tenía la posibilidad de seguirlo viendo ya que vivía en mi misma ciudad. Me imaginaba comenzando algo con él y viviendo todo aquello que tantas veces soñé, pero reconozco que era una cobarde y me achantaba en dar un paso adelante.

Salí lista, ya que el día anterior había dejado la ropa preparada en el baño sobre una de las repisas. Tenía casi todos los *outfits* planificados.

—¡Cásate conmigo, por Dios te lo pido! —gritó cantando y arrodillado en el suelo.

—¿Qué haces ahí tirado?

—Pidiéndote matrimonio, acabo de hablar con tu hermano y tengo su bendición.

—Anda, vámonos. —Cogí el bolso.

—Un segundo que me lavo la cara, los dientes y me peino.

—Venga. —Me reí y me salí al pasillo a esperarlo.

Vestía con mucho estilo, llevaba unos pantalones cortos y una camiseta que le quedaba de muerte, y que llevaba por fuera, del mismo color que las zapatillas. Me sonrojé y creo que se dio cuenta, ya que carraspeó en el ascensor y se me escapó una sonrisilla. También me miraba con una sonrisa contenida, pero que se le notaba en su cara.

—Hombre, la parejita feliz —dijo Aitor cuando se abrieron las puertas del ascensor y nos vio tan sonrientes.

—Esta mujer que acaba de decirme que quiere coronarse con una noche de pasión.

—¿Qué estás diciendo? ¡A mí me vais a volver loca! —Pasé por al lado de Aitor y me dirigí hacia la terraza del jardín donde el resto ya estaba desayunando.

—¡Rubia! —gritó Jenny que tenía una energía que no sé de dónde la sacaba.

—La rubia ya está agotada de buena mañana —dije tirándome en la silla a plomo.

—Quiere casarse con él y este no acepta —dijo Aitor tomando asiento y señalando a Marcos.

—Me lo tengo que pensar —contestó este haciéndose el agobiado.

—Pues no te lo pienses mucho que casarte contra mi rubia está muy revalorizado.

—¿Qué dices? —le pregunté a Jenny— No me caso ni muerta.

—Marcos, lo siento por ti —le dijo encogiéndose de hombros.

—Pero yo la pienso amar todos los días de mi vida.

—¿Pero no te ibas a pensar lo de la boda? A la Jenny no la vuelvas loca —le dijo refiriéndose a ella misma.

—Callaros un poquito, por favor, que estamos recién levantados e intentando volver al mundo en un lugar que no nos pertenece —dijo Dylan haciéndonos reír a todos.

—En Japón, casi nada —contestó Aitor mirando a Alma con la que estaba más que encandilado.

—¿Dónde vamos hoy, Ari? —me preguntó Carlota, tan prudente como siempre.

—Pues a recorrer diferentes barrios de la ciudad. Hoy nos moveremos en trenes y buses.

—Me encanta esa idea —dijo Sarah mirando a las chicas emocionada.

—Yo quiero comprar un imán de cada ciudad que pisemos durante el recorrido —comentó Manu.

—No eres más cateto porque no te entrenas —le soltó Aitor mirándolo de arriba abajo.

—Si no fueras un crío te llevabas una tunda.

—¡Ya vale! —gritó Dylan resoplando— Vaya mañanita me estáis dando.

—Jenny quiere hoy hacerse vídeos muy bonitos para subir a las redes. —De nuevo se refería a ella misma en tercera persona y nos tuvimos que reír. Para mí era una persona que me estaba encandilando por completo y con la que notaba que podía tener mucha complicidad, aunque realmente era con todos, pero ella tenía un aura especial.

—Yo te los hago. —Se ofreció Hugo—. Lo que no sé si quedaran como quieres, que eres muy especialita.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —le dije a Marcos que me tenía de lo más nerviosa.

—Es que me tienes muy enamorado, rubia. No sabía yo que en este viaje iba a encontrar al amor de mi vida —contestó causando una risita en todos.

—Me uno a Dylan, esto no es una buena manera de volver a la vida —resoplé.

—La tengo en el bote, esta noche dormida decía mi nombre.

—¿En serio? —pregunté preocupada porque no recordaba haber soñado con él.

—Sí, sí, decías, amor, amor...

—Te den por saco. —Me eché a reír.

Después de desayunar, nos dirigimos en un autobús que cogimos en la puerta del hotel, hacia una de las calles principales llena de tiendas, bares y de lo más animada. Como esta había un montón de ellas por todo Tokio, repartidas por diferentes zonas y barrios.

Realmente, se necesitaban muchos días para ver la ciudad, y a nosotros se nos agotaban, ya que debíamos continuar con el itinerario en dos días, dejando atrás esta megalópolis que combinaba una visión futurista con elementos de lo más tradicionales.

Entramos en tiendas de comics, electrónica, ropa, *souvenirs*... aprovechando la mañana al máximo. Las niñas estaban de lo más entusiasmadas, ya que me habían pedido un favor, y con la aprobación de los chicos que autorizaron el cambio de planes, al día siguiente nos íbamos al parque de Disney de Tokio. Lo que se reían los niños era poco, pero, la verdad, que todos lo ponían todo muy fácil y como decía Dylan, el caso era disfrutar del viaje y la compañía, sin importar ver más templos o parques, sino llenarnos de momentos y esos, para lo poco que llevábamos de viaje, ya teníamos un montón acumulados.

Luego, tomamos un tren hacia otro barrio para probar la comida en un lugar que nos habían recomendado en el itinerario, ya que era un sitio muy popular entre los turistas.

—¡Manu que nos vas a meter en un lío! —gritó Jenny y todos miramos sin entender nada, cuando lo vi con un cigarrillo en la mano.

—Manu, os he dicho que no se puede fumar en la calle, solo en los sitios habilitados donde nos hemos ido parando.

—Lo siento, lo hice por inercia. —Lo apagó tirándolo al suelo.

—¡Al suelo no! —gritó Alma agachándose a cogerlo— Con lo limpio que esta todo —resopló llevando la colilla a una papelería.

—Rubia, tú tranquila —dijo Jenny agarrándose del brazo y riendo.

—Yo no sé qué me pasa, pero me noto un poco de mareada —le dije observando una terraza en la que había mesas y nos podíamos sentar a comer, ya que era uno de los que venían recomendados.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marcos que no me había escuchado, pero me debió ver la cara.

—Está un poco mareada —contestó Jenny sin soltarme.

—Vamos a aquel bar —murmuré deseando llegar y sentarme, cuando Marcos ya me había cogido como a un bebé y se dirigía hacia la terraza.

Había como unos bancos y Hugo le dijo al camarero lo que pasaba mientras Marcos me tumbaba en uno de ellos, pidiéndole a Manu que levantara mis piernas. Yo estaba un tanto aturdida y veía a Sarah con un abanico echándome aire. Poco a poco fui recuperándome. Era por el golpe de calor que me había dado. Me bebí un refresco bien frío que me sentó de maravilla.

—Gracias —les dije a todos, y en especial, a Marcos.

—¿Cómo no voy a cuidar yo a mi futura mujer? —Nos hizo reír a todos.

Capítulo 11



Después de un día de visita conociendo algunos de los rincones más hermosos de Tokio, regresamos al hotel y dejamos allí a los chicos a su aire, pues decidimos que iríamos a comprarnos uno de esos kimonos tan bonitos que llevaban las japonesas para cenar esa noche en el jardín.

Estaban todas emocionadas mientras paseábamos por la zona cercana del hotel y más aún cuando entramos en una de las tiendas.

Ya solo con la música que sonaba de fondo hacía que te sintieras parte de la tienda.

La dependienta nos ayudó en todo, desde escoger el kimono que mejor nos sentara, hasta mostrarnos cómo debíamos ponérselo, eso sí, con ayuda, puesto que una sola sería imposible.

—Está el kimono diseñado para unas prisas —comentó Carlota al ver cómo la dependienta vestía con uno de ellos a su compañera.

—Y la faja, eso nos va a dejar sin aire, verás tú para respirar —dijo Jenny.

—Pero son monísimos, yo ya me veo con mi kimono puesto. —Alma empezó a dar palmaditas la mar de feliz, y las demás sonreímos al verla.

Acabamos comprando también adornos para el pelo, pensando en hacernos un recogido elegante.

Salimos de allí cada una con nuestra bolsa feliz de la vida para volver al hotel, pero antes de regresar paramos en una crepería para comernos unas *crepes Harajuku*.

Las crepes estaban presentadas como si de helados de cucurucho se tratase, enrollados y envueltos en un papelito.

Mucha gente los comía por la calle y se veían con una pintaza buenísima.

—Madre mía, qué de *toppings* hay para escoger —dijo Alma cuando entramos.

Y sí, había un surtido enorme, y es que los *toppings* con los que rellenaban los crepes eran de lo más variados. Brownies de chocolate, helado, fruta fresca o incluso una porción entera de tarta de queso.

—Esto es una bomba de azúcar. —Rio Carlota.

—Tú tranquila, que esta noche entre baile y baile, lo quemamos —le contestó Sarah.

Acabamos pidiendo cada una uno diferente, para poder probar todas ese surtido, eso sí, les tiramos antes unas cuantas fotos para subirlas a nuestras redes, así como nos hicimos algunas las seis juntas para hacer lo mismo, además de tener un buen recuerdo de esa tarde.

—Qué subidón de azúcar nos va a dar. —Reí.

—Rubia, disfruta, que a nadie le amarga un dulce —dijo Jenny.

No, desde luego que no, y este mucho menos.

Llegamos al hotel y fuimos a la habitación de Carlota y Sarah para prepararnos, avisando a los chicos de que ya estábamos de regreso y que nos veríamos en el jardín directamente para cenar.

Antes de empezar a arreglarme, hablé con la chica de recepción para que nos prepararan el jardín de lo más bonito para esa noche, y en vez de en una barra alta, que pusieran varias mesas bajas juntas y cojines en un rincón para sentarnos, muy estilo japonés, a lo que me dijo que, sin problemas.

Fuimos duchándonos por turnos, ayudándonos a maquillarnos las unas a las otras, Sarah se encargó de pasarnos las planchas y hacernos el recogido colocando las florecitas de adorno y los palitos cruzados.

Una vez listas, entre todas vestimos a las demás, que lo del kimono parecía fácil, pero... tenía su arte, ese del que nosotras no íbamos muy sobradas.

—Como siga dando vueltas, verás el mareo que cojo —dijo Carlota mientras yo le colocaba la larga tela alrededor de la cintura a modo de faja.

—¿No nos habremos pasado con las mangas tan largas? —comentó Janis.

—Yo para comer lo veo un poco incómodo, que vamos a acabar con el kimono lleno de salsa. Y esto no se puede arremangar —respondió Alma.

—Pero ¿y lo guapísimas que estamos? —dijo Jenny— Vamos, en otra como esta no nos vemos.

—Alma, tu turno. —la llamé para que viniera con su fajita y que se la pudiera colocar.

La verdad es que íbamos monísimas con el kimono y el pelo recogido, maquilladas muy naturales y con los labios rojos, que Sarah tenía un labial de esos que no se iban ni con agua, ni

con nada, y quedaba precioso.

—Rubia, saca el palo que nos tiramos un selfi —me pidió Jenny, y reí mientras lo cogía del bolso.

Nos colocamos todas para la foto, y acabé echando varias con diferentes gestos, entre ellos el de las manos juntas a modo saludo que pusieron ellas.

La verdad es que ese ratito que echamos las seis juntas, incluido el momento de las compras y los crepes, lo había disfrutado mucho.

Con ellas sentía como si no acabara de conocerlas hacía unos días, habíamos tenido una conexión muy grande todas y era algo que me quedaría para siempre de este viaje, las amigas que me iba a llevar, porque sin lugar a duda así las iba a considerar a todas.

Tras dejar cada una sus cosas en su respectiva habitación, bajamos para ir al jardín y dar encuentro a los chicos.

Al vernos la chica de recepción sonrió de manera apreciativa, incluso comentó que estábamos guapísimas.

Fuimos el centro de todas las miradas hasta que salimos al jardín, tanto de los empleados como de otros turistas que sonreían a nuestro paso.

—Hemos causado furor —comentó Jenny.

—Es que ver a seis europeas, entre rubias y morenas, con el kimono, quieras que no, impresiona —dijo Sarah.

—Sí, sí, pero... ¡*kimonas* vamos todas! —soltó Alma, haciéndonos reír.

Salimos al jardín y lo primero que encontramos fue un pasillo de farolillos en el suelo iluminando el camino hacia la zona de piscina. Ya no tenía duda de que aquella parte del hotel era nuestra en exclusiva, prácticamente, porque no debía bajar ni un solo turista más.

Al fondo vimos a los chicos en la barra, charlando con el camarero, con sus vaqueros, politos y deportivas, guapos, sí, pero ninguno como el hombre que ocupaba mis sueños desde hacía tanto tiempo.

—Me acabo de enamorar —dijo Manu.

—¿De quién, boludo? No mires a Alma —le advirtió Aitor.

—De todas, chiquitín. ¿Tú has visto que preciosas están?

—Buenas noches —dijimos las seis al unísono y, como saludaban las japonesas, juntamos las manos al tiempo que nos inclinábamos un poquito hacia adelante.

—Buenas noches, señoritas —respondieron ellos, con una inclinación.

Fuimos a la barra y allí nos tomamos una copa antes de pasar a las mesas para cenar, pues el camarero nos dijo que aún no nos habían servido las bandejas.

Estábamos la mar de a gusto allí, charlando, contándoles nuestra tarde de chicas, y ellos nos dijeron que pasaron la tarde en la piscina.

—Nadando y tomando el sol —dijo Dylan.

—Ya, y tomando alguna copita, que nos conocemos —le contestó Jenny.

—Cervezas, solo cervezas fresquitas.

—O sea, que nos llevan ventaja —comentó Carlota.

—¿Ventaja? Estamos de pie de milagro, señora agente —respondió Hugo.

—¿Tanto habéis bebido? —pregunté un poquito preocupada mirando a Marcos, que sonrió mientras negaba.

—Tranquila, que hemos controlado.

—Sí, tranquila, rubia, que boludo solo hay uno y ese soy yo. Ya no nos ponemos tan malitos hasta el punto de no recordar nada al día siguiente.

—Bueno es saberlo. —Sonreí.

El camarero nos dijo que podíamos ir a la mesa, así que caminamos esa poca distancia que había de la barra a la zona donde habían colocado varias mesitas bajas y un montón de cojines, y nos fuimos acomodando.

No tardamos en ver aparecer a varios empleados del hotel con bandejas de comida en la mano, esas que dejaron ante nosotros para que degustáramos cada plato.

Había de todo, *sushi*, *gyozas*, pinchitos de pollo, la carne de *Wangyu*, el pollo frito, sopa y unas brochetas de calamar riquísimas.

Marcos seguía con sus gestos hacia mí, pasándome el brazo por los hombros, dejando algún que otro beso en mi sien, e incluso se preocupaba de que no me faltase bebida ni comida en ningún momento.

—Estás preciosa —murmuró en mi oído en un momento en el que los demás charlaban sin prestarnos atención—. Yo me casaba contigo ahora mismo, que me tienes enamorado.

—Marcos, por Dios. —Reí, negando.

—Y no me cree —suspiró.

—¿Cómo te voy a creer, alma de cántaro? Que nos acabamos de conocer...

Y me sonrojé, porque yo le conocía desde hacía tanto, que si él lo supiera me llamaría loca. No era para menos, que mis buenas sesiones de terapia me había costado entender que lo que veía en sueños, no eran más que eso.

—Aunque tú no me quieras por marido, que sepas que con ese kimono estás guapísima —dijo mientras me miraba con esa intensidad que me mataba, acariciándome un poquito la mejilla.

—Gracias por el piropo, Marcos. —Sonreí, muerta de vergüenza.

—¿Y mi besito? —Puso morritos.

—Ya estamos. —Reí negando de nuevo—. No hay besito.

—Besazo, entonces. —Hizo un guiño.

—Ni, besito, ni besazo, ni *na' de na'*. Y no quieras que te dé un guantazo, que te avío, vamos —resoplé y se rio.

Volví a centrarme en el resto del grupo y me pareció que Alma y Aitor estaban mucho más juntos, al parecer la joven enfermera iba a caer rendida ante el policía sin casi darse cuenta.

Sonreía al ver cómo ella se sonrojaba por algo que él le decía al oído, se miraron y, que Dios me perdonase, pero yo ahí veía algo.

Cogí mi cerveza y di un sorbo, centrándome en el resto del grupo que charlaba animadamente.

Como ya venía viendo, había un buen rollo entre todos increíble, se llevaban a las mil maravillas ya no solo entre los que venían en grupo, sino en general.

Las niñas se notaba que tenían mucha complicidad, y eso era bonito de ver, que mujeres tan diferentes acabaran conectando a la primera.

Noté la mano de Marcos en mi cuello y me estremecí, le miré de refilón y me estaba dando un masajito que, para qué iba a mentir, me venía de perlas.

Y cuando eché un vistazo al grupo vi que Janis nos observaba mientras daba un sorbo a su copa, y me sonrió al darse cuenta de que la había visto.

Se giró para hablar con Manu, a quien tenía al lado y le había preguntado algo que no escuché.

Después de la cena regresamos a la barra de nuevo y, tras una primera y única ronda de chupitos de *sake*, pasamos a los *gin-tonics*.

Hugo puso música en su móvil y ya teníamos la discoteca en marcha.

Entre copa y copa, y a ritmo de salsa y bachata, nos hicimos varias fotos y hasta nos grabamos en vídeo. Es que era para vernos a las seis, con el kimono, y a ritmo de Shakira y Carlos Vives bailando *La bicicleta*.

—Estáis para montar en bici, sí. —Rio Manu cuando acabamos la coreografía.

—Calla, boludo, que con el kimono sería de lo más incómodo —dije.

Cogimos una copita para refrescarnos, y no tardó Marcos en acercarse a mí.

—Ya está aquí el pulpo —resoplé.

—Buen animal de compañía, dicen. —Rio a mi lado y me dio un beso en la mejilla.

—Yo prefiero una perrita, o dos. —Sonreí.

—Me lo apunto para sorprenderte con un regalo cualquier día.

—No se te ocurra comprarlo, que es mejor adoptarlo —le advertí.

—Tranquila, mujer, que yo también lo pienso. —Sonrió.

El resto estaba, como siempre, bailando unos con otras, intercambiándose las parejas, riendo de lo más animados.

Y me fijé en Aitor, que cuando regresó su Alma querida a sus brazos, sonrió de ese modo que le había visto otras veces.

Esa mezcla de buenecito con su punto malote era una locura, la verdad, y se notaba que a Alma la ponía nerviosa, que la chiquilla estaba roja como un tomate.

Vi a los demás alejarse de ellos y venir con Marcos y conmigo, copa en mano, mientras sonreían.

—El poli al final se lleva a la enfermera a la alcoba —dijo Dylan.

—A la alcoba, qué fino mi *bro*. —Rio Hugo.

—Es que aquí no hay huerto, Hugo.

—Y al agua más vale que no la tire, que con el kimono se nos hunde la pobre —comentó Carlota.

—Uy, uy, que se acerca —dijo Manu, y todos miramos.

Allí estábamos los nueve, siendo testigos de las miradas y el bailecito de esos dos, del modo en

el que Aitor le acariciaba la mejilla a Alma y cómo sonreía ella, con cierta timidez.

—La va a besar —murmuró Sarah.

—Sí, sí, solo hay que ver cómo la mira —contesté.

Marcos sacó su móvil, se puso a buscar algo y, cuando dio con ello, le pidió a Hugo que apagara la música de su móvil. No tardamos en escuchar la canción que empezó a sonar, y que nos hizo a todos mirarle aguantando la risa, pero había que admitir que le venía al pelo a los dos benjamines.

«Percusión. Cuerda. Viento...»

Comenzaba a entonar Sebastián, el cangrejo más famoso de Disney y fiel consejero de *La Sirenita*.

«Sin razón, te estás muriendo por tratas de darle un beso ya...»

Los dos bailaban al ritmo de aquella, aunque diría que no sabían ni lo que estaban escuchando, pues estaban el uno perdido en la mirada del otro.

—Qué bonito, por favor —dijo Jenny, emocionada.

«No hay ocasión mejor, ahora, ¡bésala!»

Estaba cerca, muy cerca de ella, que le miraba con los ojos ligeramente vidriosos. Y cuando vimos que Aitor se inclinaba un poco más, sosteniéndole la mejilla...

—¡¡Bésala!! —gritamos los nueve al unísono.

Y lo hizo, el benjamín la atrajo hasta él para besarla, y ella se dejó llevar por aquel primer beso que a nosotros nos hizo gritar y aplaudir emocionados.

—Creo que van a ser mis próximos clientes. —Sonrió Jenny dando palmaditas emocionada—. ¡¡La Jenny os organiza la boda!! —les gritó, y estallamos los demás en carcajadas.

Aitor y Alma sonrieron mirándonos, y vinieron hacia la barra cogidos de la mano.

—Verás como quiera quitarle el kimono —comentó Sarah.

—Con las ganas que debe tenerla, el chiquitín se lo arranca —dijo Hugo.

—No eres más bruto, boludo —soltó Manu.

—Venga, un brindis —dije levantando mi copa cuando la parejita se unió a nosotros—. Por los bonitos comienzos. Y por el amor, ¡que viva el amor!

Todos levantaron la copa para el brindis y bebimos.

Marcos me rodeó por la cintura con el brazo pegándose a mi espalda y se inclinó para susurrarme en el oído.

—¿Ves qué fácil es? Yo me acerco a tus bonitos labios, tú a los míos, y listo, tenemos un besito.

—Madre mía, te ha dado fuerte, ¿eh? —Reí—. Anda, echa para allá y que corra el aire. —Hice por apartarme y noté las miradas de los demás en nosotros.

—Yo sé de una que dijo lo mismo, y mira cómo está ahora —dijo Janis sonriendo, señalando a Alma.

—Eso, eso, ya no deja que corra el aire entre nosotros. —Rio Aitor.

—Bueno, pero vosotros sois vosotros, y nosotros...

—Nosotros. —Acabó Marcos por mí—. Ya me darás un besito, mi rubia preciosa, ya lo verás.

—Hizo un guiño y fue a pedir otra copa al camarero.

Yo me quedé mirándole y pensando, pensando en esos besos que ya le había dado en esas noches en las que soñaba con él, en las que no me privaba de abrazarle o acariciarle la mejilla, en las que sentía sus labios de un modo tan real, que cuando despertaba quería volver a dormir para encontrarme con él.

Al darse cuenta de que le miraba, volvió a poner morritos y lanzar besos como un pez boqueando fuera del agua, me reí, porque no había manera de que no lo hiciera, y acabé frunciendo el ceño y poniendo el brazo en jarra.

Con el orto levantado comencé a mover la mano a modo de madre regañando a su chiquillo, él arqueó la ceja y vino hacia mí.

—Mi besito —dijo volviendo a poner morritos.

—No hay besito, pero tengo una torta así, a mano abierta...

Se echó a reír y, cuando comenzó a sonar una canción de Romeo Santos, me cogió por la cintura para llevarme con él a bailar.

Y así se nos pasó el resto de la noche a todos, entre copas y bailes, miradas que me ponían nerviosa, y los besos de una recién estrenada pareja que, no tenía duda, esa noche no parecía que fueran a dormir en camas separadas.

Capítulo 12



Nos encontrábamos acomodados en el minibús que nos llevaría hasta Disney Tokio. El ambiente entre los chicos estaba de lo más animado, aunque algunos aún intentaban despertar del todo y volver a la vida. Y más que llevábamos un subidón impresionante con eso de ir todos juntos a un parque temático donde estaba más que cantado que lo íbamos a pasar en grande, de eso no me cabía la menor duda.

—¡Bomba! Para bailar esto es una bomba. Para gozar esto es una bomba. Para menear esto es una bomba...

Daba igual que fuese bien temprano que la Jenny ya iba como si se hubiera tomado cinco cafés y dos cervezas.

—Jenny, por Dios, ¿no habría alguna manera de que te estuvieras un poquito tranquilita? Que es muy temprano y a mí me gusta escuchar la música en silencio, que solo me he tomado mi primer cafelito —le dije apretando los dientes y dando por sentado que no iba a servir de nada dado que ella era así de energética.

—Sí, rubia, hay una... ¡Un buen palo! Si no, lo veo chungo, es que yo necesito darlo todo... Este cuerpo de una manera u otra tiene que desfogar, aunque yo sé que tú me entiendes, rubia.

—Yo creo que la Jenny necesita un buen palo u otra cosa para calmarse —murmuró el grandullón y todos le miramos intuyendo sus pensamientos.

—No, no, yo aquí no he venido de turismo sexual —negó—. En todo caso, lo que necesito, si se me va un poco de las manos, es una pastillita que tengo prescrita para cuando...

—Para cuando los demás ya no te podamos soportar, ¿no? Pues dame el bote que te las administraremos nosotros —dijo Aitor, quien iba con un ojo abierto y otro cerrado. Eso sí, el que tenía abierto era para mirar a Alma, a quien llevaba abrazada como un mono. Ella dormía como si no hubiera nadie a su alrededor. Para mí que Aitor le había dado una buena dosis de eso que el grandullón decía que igual le hacía falta a la Jenny.

Ella, que seguía dándolo todo, bailando como si fuera la animadora del microbús privado en el

que íbamos subidos estaba empeñada en que yo bailase también y no paraba de pedírmelo. La adoraba, pero se estaba jugando que la amordazara hasta llegar al parque, porque yo, recién levantada, era de todo menos un amor.

—Venga rubia, que cuando Marcos te vea bailar se va a quedar todavía más enganchado de ti, que yo te he visto darlo todo estas noches y tú eres la reina —me decía Jenny, más que nada para que le siguiera el rollo y no le cortase el punto porque más de uno la miraba a punto de cogerla por el cuello y clavarla en el asiento.

—Verla bailar es todo un espectáculo, aunque en realidad ella es la reina de mi corazón baile, no baile o deje de bailar. Me tiene conquistado, ¿un besito, rubia? —me pidió Marcos por enésima vez en esa mañana.

—¿Un buen guantazo a mano abierta mejor? —le advertí.

—Hombre, lo mismo no es, pero con tal de que tú me roces, hasta estoy dispuesto —murmuró aguantando su sonrisilla.

—Madre mía, qué viajecito me espera con este hombre —negué resoplando bien fuerte. Y mirando por la ventanilla a ver si veía ya el puto cartel que nos indicara que estábamos llegando.

—Rubia, que eres lo más bonito de mi universo. —Me acarició la pierna después de haberle dado un manotazo y apretarla con todas sus ganas.

—Ains —suspiraron Carlota, Sarah y Janis, las cuales decían todo el tiempo que Marcos era un romántico de los que ya no había hoy en día.

Yo lo miraba una y otra vez sin dar crédito. Si era así de agotador sin saber que protagonizaba mis sueños, ¡cualquiera lo aguantaba si llegaba a sospecharlo!

En fin, que ya estábamos en la puerta del emblemático parque y el grupo tenía ganas de pasárselo bien, porque yo no sé qué tiene Disney, pero es evidente que su magia reside en que nos vuelve a todos niños de nuevo. Vaya, a todos no, que la mirada de lujuria de Marcos cada vez iba a más. Sí que le había dado fuerte conmigo, sí...

Aitor miraba a Alma como si fuese un tesoro. Eso sí, un tesoro al que le costaba despegar los ojos. Bien se notaba que esos dos se habían pasado la noche haciendo *guarreridas españolas* como les decía el grandullón mientras los miraba partido de la risa.

—Dylan, tú estás muy calladito, ¿en qué piensas? —le preguntó Carlota, que era muy observadora y siempre estaba muy pendiente de todos, lo mismo que Sarah.

—Pues en qué voy a pensar, Carlotita, en cómo prepararán los *gin-tonics* aquí. Es una manía que tengo, que yo he de ir comparando los de todos los sitios. Es como una tradición.

—¿Una tradición? Bonita manera de llamarlo, Dylan. Di mejor que tú bebes de todo menos agua.

—¿Agua? ¿Pero eso sirve para algo aparte de para regar las plantas?

—Sí, para llenar las piscinas. Total, otra cosa no te cabrá en la cabeza...

—Mira Janis, que igual te sorprendería. Yo tengo una mente prodigiosa, bien podría haber sido escritor.

—Sí, ya lo que hubiese faltado —resopló ella.

—Venga, venga, que ya entramos. Menos indirectas —les indiqué.

Entramos y el parque les pareció majestuoso, como solía ocurrir.

—¡Yo me quiero subir en todo! —gritaba Aitor de lo más animado.

—Si es que eres como un niño. —Le dio un cariñoso beso en la mejilla Alma.

—Pues para ser como un niño, buena candela te he dado esta noche —le recordó guiñándole un ojo, con esa sonrisilla de sentirse totalmente triunfador.

Ya de entrada, las chicas se volvieron locas en *World Bazaar*, esa zona exclusiva, asimilable a *Main Street* en otros parques similares, con decenas de tiendas, cafeterías y un paseo impresionante.

—Eso dejadlo para el final, por favor —se quejó Aitor cuando las vio pegadas al escaparate.

—De eso nada, que hemos tenido una brillante idea —le contestó Jenny, que ya estaba dando saltitos de alegría.

—Es verdad, chiquitín —corroboró Sarah, que era puro amor.

—Yo de chiquitín en realidad no tengo nada. Díselo tú, Alma, que a ti te van a creer —le pidió entre risas, porque su ego era intocable.

—No, sí verás, todavía se baja los pantalones y nos lo enseña —negaba incrédulo el grandullón de Hugo que no sé cómo se las apañaba, pero se enteraba de todas.

—Yo no tengo inconveniente, ¿tú te cortas con esas cosas? —le preguntó.

—Yo la vergüenza no la conozco, lo que sucede es que mi anaconda la reservo para las ocasiones especiales, no la voy enseñando así por las buenas.

—Su anaconda, dice. —Janis lloraba de las risas y el resto de las chicas también.

Las chicas se metieron en una de las tiendas, mientras yo me quedé dándoles a los chicos una charlita de cómo aprovechar mejor el tiempo, porque el parque era enorme y había que organizarse por el bien de todos.

Muertas de la risa, todas salieron vestidas de Minnie, con unos vestidos de lunares que era para verlos, de lo más llamativos. Y hasta unos taconcitos... Y lo más perturbador era que venían con un paquete en la mano, de lo más sospechoso. Sus miradas intimidatorias me lo dijeron todo.

—Para ti, rubia, porque te lo mereces —me indicó Jenny.

—¿Y yo qué he hecho para recibir este maltrato? Paso de ponerme esos tacones —afirmé tajante — con lo feliz que soy con mis deportivas por el mundo.

—Es que para estar guapa hay que sufrir, se siente...

—A ti sí que te va a sentir ella de un golpe en la cabeza —soltó a carcajadas Dylan.

—Al final tendrá que intervenir mi policía —suspiró Alma, mirándolo.

—¿Lo ves? Si, en el fondo, lo que queréis es que yo saque mi porra.

—Boludo, más que boludo, dime de qué presumes y te diré de qué careces —le dijo Manu moviéndole la cabeza con las dos manos.

—Que no, que no, que yo os la enseño...

Alma tiró de él y el resto de mí, para llevarme al interior de la tienda y que me pusiera el vestido con los taconcitos.

—Rubia, ahora ya sí que te tienes que casar conmigo —me dijo Marcos con los brazos abiertos y, a continuación, hincó rodilla en el suelo, al verme aparecer así.

—¿Te levantas tú solo o te tienen que operar para sacarte el zapatito de tacón que te voy a meter por el culo? Madre mía —murmuré resoplando.

—¿Y qué si he perdido la cabeza por amor? Nadie es culpable por eso...

—¡¡¡Cállate!!! —grité riendo a carcajadas porque aparte de nerviosa, me ponía de los más atacada ya que yo no podía decirle que la cabeza la perdí yo por amor desde la primera vez que lo soñé.

Yo iba resoplando porque el día se habían propuesto dármelo entre todos. Y eso que aún no tenía ni idea de la que me esperaba con aquel grupo, porque por mi santa madre que yo no me había encontrado a uno más loco en mi vida. Y me refiero al grupo, que, si hablamos ya de Marcos, eso sí que no me lo esperaba.

Y me veía vestida así, con los tacones y la banderita para que no se perdieran que más incómoda no podía estar. Menos mal que Marcos me la quitó y se hizo cargo de sostenerla mientras se hacía pasar por guía y todos le seguían el rollo soltándole cosas en plan broma que él contestaba de lo más fluido.

Contábamos con un pase VIP para poder subir a las atracciones con más facilidad.

—Menos mal, porque aquí hay más gente que en la guerra —comentó Dylan mirando alrededor.

—¿Tú has estado en alguna guerra, Dylan? —le preguntaron las chicas.

—Este es más de follones que de guerras, se le ve en la cara —les contestó el grandullón, que tenía mucho arte, como suelen decir en su tierra.

—Si yo soy muy bueno, es todo fachada. —Se defendió.

—Buena pieza eres tú, pero buena —insistió el grandullón.

—De eso nada, que otros las matan callando... —Lo dejó ahí mirando a Manu.

—Boludo, ¿qué pasa conmigo? —le preguntó el otro, que iba a lo suyo.

—Menos darle a la lengua ¡y más correr hacia las atracciones! —chilló la Jenny.

—Pero miradla, si parece una novia a la fuga, ¿será posible? —les pregunté incrédula. Menudo día el que me esperaba con todos.

No me equivoqué, entre el calor que me daba Marcos, que se había convertido en mi sombra, y las ocurrencias del resto... El día tenía las horas que tenía, pero se me hacía eterno y eso que me sentía con este grupo de lo más cómoda y me lo pasaba genial, pero que me agotaban también era una realidad que iba soportando cada hora al lado de todos.

Para mí que nos montamos en todo, menuda locura tenía ya encima... Desde el icónico trenecito *Western River Railroad*, que la Jenny se empeñó en conducirlo, y entre el grandullón y Dylan tuvieron que aguantarla pues afirmaba que iba a asaltar al maquinista, hasta la mítica Piratas del Caribe, donde le dieron lo suyo a Manu sugiriendo que era un buen pirata, pasando por la montaña rusa *Big Thunder Mountain*, donde Alma se mareó un poco y el mayor empeño de Aitor, una vez abajo, fue el de convencernos que él no era una bala perdida y no la había dejado embarazada.

—Y aunque así hubiera sido, ¿tú te crees que tendría la chiquilla síntomas al día siguiente? —le preguntaba yo ya un poco saturada cuando salimos del parque.

—Yo de eso no entiendo mucho, rubia, pero si tú quieres te hago un niño y lo comprobamos —me soltó Marcos antes de que le echase una mirada mortífera.

Capítulo 13



Y de nuevo estábamos en el hotel para disfrutar de la noche porque este grupo no era como otros que había llevado que cuando regresábamos de una excursión buscaban el quedarse ya relajados hasta el día siguiente.

—Rubia, le hemos pedido al DJ una canción en tu honor porque tú seguro que quieres...

«*Fiesta, qué fantástica, fantástica esta fiesta...*»

—No me lo puedo creer —les comenté escuchando a Raffaella Carrá...

—Ha sido idea de la Jenny, que, de aquí a nada, nos pone *Mi gran noche* de Raphael también —soltó Dylan mirando a Hugo con su *gin-tonic* en la mano.

—¿Ya estás bebiendo? —le preguntó el grandullón llegando hasta él, momento en el que Carlota tropezó con su fortachón cuerpo y él dio un paso adelante, poniéndole a Dylan la camisa chorreando.

En esa ocasión íbamos todos de blanco, rollo fiesta ibicenca porque iba de ese palo la noche.

—Grandullón, que tú quieras enseñar tu anaconda no quiere decir que yo tenga interés en que se me vean los pezones. Manda huevos...

Daba igual lo que sonara. Allí las risas estaban aseguradas y el cachondeo servido.

Igual que en las anteriores fiestas, por supuesto, no faltaban las exquisiteces niponas ni bebidas para parar un tren y para alegría de Dylan, que ese absorbía como una esponja.

—Jenny, eso es *sake*. Tú cuidadito que solo te falta que se te fundan más los plomos —le advirtió Hugo, que también era todo corazón y estaba muy pendiente de cada uno de sus compañeros.

—Que no, que la Jenny esta noche se quiere emborrachar por primera vez en su vida. Voy a lanzar un desafío a la rubia, a ver cuál de las dos bebe más chupitos.

—¿A mí tiene que ser? Pero ¿yo qué te he hecho? —le pregunté pensando que era un tormento lo que me estaba pasando, aunque también me reía a carcajadas y eso no tenía precio.

—Si queréis, yo también me uno al reto —dijo un decidido Dylan.

—Tú no, que quiebra el hotel por tu culpa, fijo —contestó Hugo a carcajadas limpias.

—Boludas, venga, que yo voy a grabar —nos animó Manu mientras el resto de las chicas también se venían arriba.

A mí es que beber me apetecía, no voy a decir lo contrario. Y vi a aquella loquilla tan animada que me pareció la ocasión ideal para echarnos unas buenas risas a su costa.

—Jenny, que esto está muy fuerte —le advertí antes de que se llevase el primer chupito a la boca.

—No te preocupes, si yo estoy acostumbrada... La ensalada me la pongo hasta arriba de vinagre —afirmó contundente consiguiendo que Manu y Hugo negaran incrédulos a lo que habían escuchado. Jenny era esa persona que debería ser protagonista de una comedia romántica por lo personaje que era.

—Pero que no es lo mismo, madre mía —le contesté a carcajadas, porque vaya con la comparación.

—Tú dale, mi rubia, que la Jenny aguanta —me aseguró de ella misma.

—Dale, dale, rubia, que igual os retáis vosotras, pero el premio de consolación esta noche me lo llevo yo —me comentó Marcos muy animado mientras me ponía morritos.

—Tú no te hagas tantas ilusiones, que yo controlo más de lo que imaginas —le respondí y acto seguido le hice una burla.

—Y yo también controlo. Y yo también —afirmaba la Jenny concentrada.

Por Dios que me daba de nuevo la risa porque la sensación era que nos batiríamos en duelo ella y yo. Solo faltaba la musiquita del Viejo Oeste, pero Aitor debió pensar lo mismo y comenzó a canturrear. Alma le miraba con ojitos de enamorada, todo lo que el chiquitín hacía le parecía ideal y le arrancaba suspiros que no podía contener.

La Jenny cogió el primer chupito y se lo echó a pecho. Menos mal que no bebía, la jodida...

—Esto es como los jarabes, sin pensar, rubia —me alentó.

—¿No lo has saboreado? Tú no sabes beber ni sabes nada —le soltó Dylan, que no podía dejar de negar—. Tenía que haber participado yo, hombre. Hugo, ¿nos retamos tú y yo?

—¿A beber contigo? ¿Tú me has visto a mí tan loco? Si tu grupo sanguíneo es JB positivo,

Dylan, ¿a quién quieres engañar?

—Boludos, mejor nos retamos a conquistar chicas —les propuso Manu.

—Yo no puedo, mi corazón ya está ocupado —le contestó Aitor metiéndole a Alma tal besazo que un poco más y hacen ventosa.

—Y el mío, la rubia es la okupa de mi corazón. —Marcos no podía ser menos.

Nada más escucharlo, me bebí también el chupito de un tirón y sin pensarlo.

—Hugo, ¿cómo se le dice en Cádiz a los tíos pesados? Esa palabra con la que me rio tanto —le pregunté.

—*Jartible*, rubia, *jartible*.

—Eso eres tú, Marcos, un *jartible* de los grandes. —Solté el aire de nuevo. Mis pulmones estaban ejercitándose constantemente.

—Pero un *jartible* enamorado. Y en el fondo, tú estás deseando besarme. —De nuevo sacaba sus morritos que parecía que se le iban a salir de la cara.

—Jenny, tienes razón, me va a convenir emborracharme. Vamos a por el siguiente...

—Y a mí, y a mí, que yo tengo que saber qué se siente.

—Pues ya te lo digo yo: esta noche vas a alucinar, vas a flipar en colores... Y mañana te creerás que lo que tienes partida es la cabeza, de lo que te dolerá —le decía Dylan.

—No seas sieso y no le digas eso, ahora que está animada —intervino Hugo.

—No, si yo animada nací... Lo que quiero es estar borracha —le corrigió ella mientras íbamos a por otro chupito.

Y así estuvimos hasta que las dos parecíamos un poco perjudicadas, cogidas por el brazo.

—Esta noche hay más camareros que nunca, Jenny —le dije viendo aquel desfile de tantos asiáticos a nuestro servicio.

—No, rubia de mi corazón, eso es que tú los ves dobles...

—Marcos, ¿tú te quieres callar un poquito? Aparta un poco, anda —le pedí porque de pronto estaba sintiendo unas tentaciones muy malitas.

—Yo te conozco muy bien. Tú quieres que me aparte porque te estoy pareciendo el doble de atractivo, ¿a que sí?

—Pero ¿tú me conoces a mí de algo para decir eso?

Noté una risita general contenida y la Jenny que fue a decir algo, borracha como un piojo que estaba. Hugo le puso la mano en la boca en ese momento y ella se volvió hacia él.

—Ten cuidado, a ver si tú también te llevas un premio, que está la noche muy calentita —le advirtió, pero a mí me pareció más que la quiso silenciar de algo que iba a decir. A saber, qué se traían todos estos entre manos.

Las risas no se hicieron esperar. Cualquier cosa podía ocurrir en una noche en la que a mí me empezaba a sobrar el vestido... Qué calor más malo estaba sintiendo.

—¿Y si nos tiramos todos a la piscina? —propuso Aitor.

—Eso es lo que llevo esperando yo desde el principio del viaje, que mi rubia se tire conmigo a la piscina —le aclaró Marcos.

—Qué pesadito eres, hijo, pero qué pesadito —le dije volviéndome hacia él—. Y quita ya esos morritos, que al final se te quedan para afuera —suspíré—. Joder, qué estrés me está entrando y solo es el principio del viaje.

No nos dio tiempo a nada cuando entre el travieso de Aitor y Dylan, que se apuntaba a un bombardeo, comenzaron a tirarnos a todos a la piscina y yo caí la primera. Eso sí, Marcos se tiró de inmediato y yo... Yo reconozco que me estaba entrando un calentón de mil pares y la humedad ya se sentía en mi cuerpo, y no lo digo por el agua, que hasta tragué, circunstancia que Marcos, como no podía ser de otra manera, aprovechó para hacerme el boca a boca.

—Esa rubia, esa rubia, ¡eh! —Comenzaron todos a cantar y yo le besaba, tosía y todo a la vez.

—No me vayas a decir que no es bonito todo esto que nos está pasando —me decía él mientras aprovechaba para darme un beso tras otro.

—Oye, tú has visto mucho la serie de *Los vigilantes de la playa* me parece a mí, ¿no?

—Yo, en todas las series que veo, te imagino de protagonista, rubia mía...

—Qué bonito eso que te ha dicho —murmuró la Jenny con la lagrimita en el ojo. Estaba borracha como una cuba—. Yo también quiero un poquito de amor...

—Ni que me conociera de toda la vida para decir eso. —Volteé los ojos. Y todos se miraron de lo más emocionados, ya cualquier cosa los ponía así.

Capítulo 14



Beso a beso, no sé cómo lo hicimos, pero Marcos me llevaba ya en brazos camino de la habitación y yo, aunque me hiciera la dura, reconozco que sentía que estaba viviendo un universo infinito de amor, en muy poco tiempo, con el hombre que me robaba mis sueños, pero con la diferencia que ahora todo era real y lo podía palpar.

Lo miraba y me estaban entrando ganas de todo con él, pero cuando digo de todo, es de todo aquello que me pusiera en esos momentos por el camino. Lo deseaba con todo mi corazón y fuerzas.

Qué curioso era aquello que nos ocurría... Si él supiese que yo le veía en sueños, aunque en realidad en esos momentos como me parecía verlo era doble, dándome la impresión de que se tratase de él y de un hermano gemelo. Por supuesto que solo era efecto del mucho alcohol que llevaba encima, aunque de haber sido así, fijo que me hubiera montado un trío con los dos.

En resumidas cuentas, que ya estábamos entrando por la puerta de la habitación y él iba igualmente como una moto. De sobra sabía yo la que se iba a liar tal como cerrásemos la puerta.

—No me mires así que me pones muy nerviosa, tanto que estoy por salir corriendo.

—No, tú no vas a ir a ningún sitio dado que no te me vas a escapar.

—¿Nunca? Eso habría que verlo, que muchos tíos «después de metido, nada de lo prometido».

—Bueno, es que yo no te he prometido nada, aunque si tú quieres te prometo matrimonio ahora mismo, ¿buscamos un sitio para casarnos? —me dijo con esa sonrisilla que tantas noches había acariciado mis sueños.

—¿Tú te crees que estamos en Las Vegas? —Me salió una carcajada.

—No, pero Japón es más glamuroso, lo otro está más pasado de moda y, además, a mí el rollo Elvis como que no me va. —Me pegó contra él, agarrando mis caderas, y solté el aire que había estado conteniendo en ese instante.

Me decía entre risas mientras, travieso, me iba quitando el vestido, dejándome en ropa interior.

Cuando vio mis pechos, se lanzó a saco, metiendo la cara entre ellos, loco de deseo.

—¿Esas qué formas son de conquistarme? —le pregunté riendo muy nerviosa, pero a la vez deseosa de más— Recuerda, que yo soy virgen...

Noté que las lágrimas de risa salían de sus ojos. Es que no podía evitarlo, hasta tuvo que parar.

—Oye, me parece a mí que tú te lo tomas a broma, ¿eh? ¿Acaso no crees lo que yo te digo? Estoy sin estrenar, como la ropa, así que la euforia te la aguantas que yo tengo que coger experiencia, que de eso ahora mismo cero. —Apreté los dientes echándome sobre su hombro a la vez que me reía.

—¿Sin estrenar tú, rubia? Si yo te contara... —murmuró.

—¿Y tú qué me tienes que contar a mí? Si no me conoces de nada, anda que no eres fantasma. Verás que todavía te dejo con las ganas. —Me reí de pensarlo. Este no me conocía.

—Eso nunca, por favor —me contestó y entonces, desde mis pechos, comenzó a bajar quitándome las braguitas con la boca—. Que tú estás más buena que los cruasanes de Manolo Bakes, esos son una perdición para todos los que lo prueban.

No hubo preparación, pero es que yo me notaba de lo más húmeda... y él entró de una estocada.

—Menos mal que te dije con cuidadito, ¿tú te crees que soy un pinchito? —le solté mientras reía y gemía a la vez...

A todo esto y como cuento, ya le tenía dentro. Si os digo la verdad, la forma de mirarme de Marcos, por mucho que yo la eludiera, también tenía algo de intimidatoria para mí.

Ese hombre no solo había hecho magia colándose en mis sueños, sino que su mirada se metía en la mía y yo quería decirle que...

—¡¡Más rápido!! —exigí ante el placer que estaba sintiendo.

—Pero si tú me has dicho que vaya con cuidadito, rubia...

—¿Yo te he dicho eso? Tú estás empanado. —Reía y gemía a partes iguales.

Tuve que agarrarme a las sábanas porque para mí que salíamos volando. Qué manera de darle al asunto y cómo me estaba poniendo el tío. Me gustaba, Marcos me lo hacía de un modo que antes que después chillé un primer orgasmo que debieron escuchar en el hotel al completo.

A él, no solo no le molestó que ocurriera así, sino que me alentó más y más. Tenía algo que me llenaba por completo. Ese ladrón estaba deseando quedarse con mi corazón y estaba dando en la tecla.

Grito a grito, las horas fueron pasando, hasta que cayó laxo a mi lado.

—Necesito tomar un poco de agua —murmuró.

—Claro que sí, un poquito de agua fresquita para el macho y a seguir. —Le guiñé el ojo. Había despertado a la fiera rubia.

Capítulo 15



Marcos

Tenía su cabeza apoyada en mi pecho y yo la abrazaba cuando me desperté. Verla así de nuevo me llenó de nostalgia, y no pude reprimir las lágrimas, solo tenía claro que por vivir esos momentos la estaría reconquistando todos los días de mi vida.

La amaba por encima de todo y todos, con todas mis fuerzas y no me quería imaginar por nada del mundo una vida sin ella.

Se movió y me miró sonriendo.

—Buenos días, princesa —murmuré apoyando mis labios en su frente.

—Buenos días, guapísimo —me dijo antes de ruborizarse.

—Y que esos colores te los provoque yo, me hace sentir muy afortunado. —Le acaricié la mejilla y me acerqué a besar sus labios.

—Esto es una locura, nos conocemos de hace cuatro días —reía negando.

—Pues yo siento como si te conociera de toda la vida. Eso se llama conexión. —La volví a besar.

—Reconozco que me quedaría aquí todo el día contigo —confesó—, pero tenemos que bajar a la recepción las maletas y desayunar antes de despedirnos de este lugar. —Carraspeó.

—Mientras tú y yo no nos despidamos, me voy contigo al fin del mundo —dije repitiendo beso.

Recogimos todo, en realidad ya lo teníamos casi listo desde el día anterior, ya que no habíamos sacado todo de la maleta porque al estar en circuito era un jaleo, así que en pocos minutos estábamos en la recepción dejando el equipaje para que nos lo llevaran al minibús cuando llegara.

Nos dirigimos hacia el jardín para desayunar por última vez con todos en ese rincón tan especial, en el que tantos momentos divertidos habíamos vivido.

—¡Rubia! —gritó Jenny desde la mesa levantando la mano feliz.

—Buenos días, chicos —dijo Ariadna cuando nos acercamos a ellos y todos comenzaron a saludar.

—Qué bonito que el amor haya triunfado en el grupo por partida doble —sonrió Sarah refiriéndose a nosotros y a la pareja formada por Aitor y Alma.

—A ver cuánto duramos —murmuré volteando los ojos y medio bromeando, cosa que a todos se le escapó una carcajada por la realidad que había en mis palabras.

—Lo que tú me cuides.

—Si es por eso, estamos condenados a estar juntos de por vida —dije mirándola y apartándole la silla para que se sentase.

—A ver si te crees que en cinco días ya tienes todos los méritos.

—Pues a mí se me han hecho años —le contesté y los demás, conscientes de mis palabras, se reían a más no poder y ella se lo tomaba por otro lado.

—Poco aguante tienes. —Volteó los ojos.

—Me tienes, loco, rubia. —Le apreté el cachete que me encantaba pellizcarle.

—¿Cuál es nuestro siguiente destino, rubia? —le preguntó Janis sacándonos una risita con ese tonito de voz y llamándola también así.

—Nagoya.

—¿Y qué se nos ha perdido allí si yo lo que venía buscando ya lo tengo? —dijo Aitor mirando a Alma.

—Y los demás nos comemos los mocos —le respondió Dylan.

—No, los demás os buscáis la vida como hicimos Marcos y yo.

—Aitor, no me busques la lengua, que este al menos en cinco días la conquistó, pero tú llevas mucho tiempo detrás de ella, desde antes de este viaje.

—Os aprovecháis de que no puedo hablar —se refirió a que, peor era yo que llevaba siete años conquistándola constantemente. Nos echamos todos a reír, incluso Ari, que no tenía ni idea de que yo también tenía una gran historia con ella, más allá de sus sueños.

El bus nos dejó en la estación, ya que íbamos en un tren bala que duraba una hora y media de

recorrido, mucho más rápido que en coche que eran cerca de cinco, por lo que allí tomaríamos otro minibús de la misma empresa.

La hora y media de trayecto fue lo más grande del mundo, con una Jenny que hizo de azafata dando las instrucciones de seguridad y todas las recomendaciones, lo que nos reímos no tenía precio.

Durante estos días, había tenido la oportunidad de hablar con Janis, quien me había dado muchas pautas y consejos para probar con lo de Ariadna. Según ella, pasar tiempo con Ariadna era fundamental, y aunque eso no pudiese evitar las crisis, sí podía disminuirlas. Además, me recomendó otras cosas para poner en práctica. Mi objetivo era hacer todo lo posible para lograr que llegase ese día en el que por fin dejara de no reconocirme.

El minibús nos esperaba a pie de la estación con otro chófer y nos llevó directamente al hotel.

De nuevo nos encontramos con un lugar maravilloso, aunque para mí lo más importante era la compañía, eso lo tenía más claro que el agua.

Ariadna parecía de lo más contenta. No puedo explicaros con palabras lo que para mí suponían esos momentos en los que volvía a ser ella misma y, a pesar de no reconocirme, me permitía vivir esa intimidad a su lado; una intimidad que me hacía vibrar, que yo apreciaba más que cualquier otra cosa en el mundo, una intimidad que daría cualquier cosa por seguir disfrutando de su mano.

Yo percibía que, cuando estábamos juntos, ella se volvía una cría, y eso para mí no tenía precio, por supuesto que no lo tenía. Todo era espectacular cuando yo lo veía a través de la luz de su mirada, pues sus ojos siempre eran vivos, pero nada como el brillo que le daba nuestra cercanía. Entonces y solo entonces, yo la veía vibrar y convertirse de nuevo en esa diosa de dorada cabellera que volvía a ser niña entre mis brazos, recibiendo de mi parte los más ardientes de los besos.

Y prometo que hasta disfrutaba en ocasiones de volver a conquistarla una y otra vez, porque, aunque pareciese increíble, con muchas similitudes, pero siempre era diferente.

Capítulo 16



Marcos

El hotel, de nuevo, no defraudó. Eso no me resultaba en absoluto extraño, pues todo lo que Ariadna tocaba salía bien. Ella era única en su trabajo y yo no podía disfrutar más de esas estancias junto a la mujer de mi vida, que me daban fuerzas para afrontar esas otras etapas en las que la luz de la relación se nos apagaba y esta se envolvía en las tinieblas de su falta de memoria.

Con el corazón en la mano, Janis estaba siendo de gran ayuda para mí, y yo seguía sus consejos a rajatabla. Si no dejarla a solas era parte de la solución, yo sería capaz de fundir su piel con la mía, pues a Ariadna la amaba con fuerzas renovadas cada día de mi vida.

El hotel, situado estratégicamente en el corazón de la ciudad, era cien por cien confortable y volvía a contar con todas las comodidades del anterior, incluida la piscina en la que, a buen seguro, exprimiríamos las horas como locos en esas fiestas nocturnas que nos montábamos.

Ya poca duda cabía de que nos alojaríamos juntos y de que lo haríamos en una gran habitación de enorme y mullida cama en la que estaba deseando volver a disfrutar con ella.

—Buen intento —me dijo en cuanto abrimos su puerta y, envolviendo sus labios con los míos, a punto estuve de lograrlo.

—Es que no me puedo resistir, no puedo...

—Si te hablo de corazón también estoy sorprendida. Siento esa fuerte conexión y en muy pocos días —suspiró

—Pues entonces, vamos a dejarnos llevar. No nos queda otra...

—Sí, pero eso será por la noche. Ahora tenemos muchas cosas que hacer, no quieras que me den un tirón de orejas.

—No ha nacido quien te tire a ti de nada, belleza andante.

—¿No? Pues tú bien que me tiras los tejos. Venga, una duchita, ¡¡y a la calle!!

—¿Juntos?

—Juntos va a ser demasiado larga, que te lo leo en los ojos. Ve entrando mientras preparo lo que vamos a hacer...

—Yo lo preparo contigo luego, pero no me dejes solito en la ducha, que me da miedo —le pedí poniendo cara de terror a pesar de que sabía que no iba a colar, pero sacarle una sonrisa siempre era mi cometido.

—Tú lo que tienes es mucho miedo y muy poca vergüenza, ¿no comprendes que los demás me están esperando?

—Pues que esperen... Ellos no te necesitan tanto como yo.

—No te creas que por decirme esas cosas me vas a conquistar antes, que no me fio. —Me señaló con el dedo.

—Pues ya es hora de que te vayas fiando. No te imaginas lo que... Déjalo, ven —me interrumpí yo solo porque había muchos momentos en los que me costaba la misma vida reprimir esas cosas tan increíbles que llevaba años provocándome, circunstancia que ella no recordaba.

—¿Qué ibas a decir?

—Que no te imaginas las reacciones que provocas en mí.

—¿Y dices que no? Si ahora mismo te estoy viendo una erección, digo una reacción. —Con mucha gracia corrigió enseguida.

Me moría con ella... Tenía muchísimo arte, todo el que se pueda esperar de una mujer con tanta chispa como mi adorada rubia.

—Y la culpa será mía de que me pongas así, te veo venir.

—Pues claro, no va a ser mía...

—No, qué va... Venga, me voy duchando. Eres mala conmigo.

—Soy consecuente, si nos liamos nos darán las tantas. Tenemos que salir y buscar un sitio para almorzar, todos hemos llegado con hambre.

—Yo solo tengo hambre de ti, cariño mío —le dije cogiéndola por el brazo y llevándola hacia la ducha.

No podía remediarlo. Cuando la maquinaria del sexo comenzaba entre ambos, era de tal intensidad que no podía despegarme de ella. Y lo mejor era que sentía que le ocurría lo mismo.

Íbamos hacia la ducha cuando llamaron a la puerta de la habitación.

—No, por favor...

—Anda, si es la Jenny —dijo ella en alto.

—No le abras, que esa ya ha cargado las pilas y no dejará de charlar.

—¿Cómo no le voy a abrir a la pobrecita?

—Pobrecito yo. —Le puse un puchero.

—Venga ya... ¡A robar vas a venir a la cárcel!

Pizpireta, fue a abrirle la puerta y me sacó la lengua por el camino.

—Las planchas, rubia, las necesito —le pidió del tirón.

—¿Qué dices de las planchas?

—Que he visto lo chulo que te queda el pelo y que yo me lo quiero poner igual. Venga, ¿me las prestas?

—Préstaselas y que se vaya —dije volteando los ojos.

—Anda, ¿no me vayas a decir que he interrumpido algo? Lo siento...

—Nada, nada. Diles a los demás que en media hora nos vemos, que tenemos mucha ciudad por explorar.

—Hay algunos que yo creo que están deseando explorar otras cosas. Las planchas y me largo. —Estiró el brazo.

Ariadna se las dejó. Ella no tenía un pan suyo, como se suele decir. Y favor que le podía hacer a alguien, favor que le hacía.

De ella, en su momento, me enamoraron muchas cosas. Y mi cruz era que, por día que pasaba, sus cualidades no hacían más que intensificarse y encima, siempre descubría algunas nuevas en su personita, esa que deseaba comerme a bocaditos pequeños.

Me costó no poder hacer nada en ese momento, porque ciertamente nos esperaban, aunque no me resistí a cubrirla de besos antes de bajar, incluso en el ascensor, el cual hubiese parado para hacerle el amor allí mismo.

—¿Estoy guapa o no estoy guapa? —le preguntó Jenny en cuanto se abrió la puerta del aludido ascensor y se echó en sus brazos.

—Estás muy bonita —le aseguró ella, quien siempre tenía palabras de halago para todos.

—Y vosotros estáis un poquito lentos. —Se aclaró la voz Aitor.

—Seguro que tú me entiendes más que ningún otro, chiquitín. —Le revolví el flequillo a aquel descarado que también mostraba gran interés por Alma.

—Qué bonito es el amor —suspiraron a coro Janis, Carlota y Sarah.

—Pues que sepáis que yo tengo mucho amor para repartir y el boludo seguro que también —nos comentó Hugo.

—Y Dylan, ¿no? —le preguntó Aitor.

—Dylan es que ya lo está repartiendo, mirad —nos indicó porque allí estaba ese rompecorazones, paliqueando con las chicas de la recepción, las cuales parecían reírse mucho con él.

Capítulo 17



Marcos

Ariadna les iba explicando a todos cada cosa que querían saber del lugar. Parecían pollitos alrededor de ella, que se mostraba encantada de poder satisfacer cada una de sus dudas. Pero para encantado yo, porque de vez en cuando me dedicaba una mirada en exclusiva, ruborizándose.

Que sus mejillas se tiñeran por mí, era el mejor regalo que podía recibir y ella me lo hacía apenas sin darse cuenta. En ocasiones, me planteaba que, si pudiera ponerse en mi piel, siempre expectante y deseoso de que llegasen esos momentos que poder compartir con ella...

Buscó un lugar para almorzar que no estuviese demasiado concurrido. Por suerte, no era hora punta y enseguida lo encontró. Me volvía loco el modo en el que se desenvolvía, como pez en el agua, era un personaje.

Ya estábamos sentados en una agradable terraza. Y yo a su lado, por supuesto.

Pedimos todo lo que ella nos aconsejó. Hacerlo así era garantía de éxito seguro. Yo lo sabía por los muchos viajes que hice a su lado, por mucho que mi rubia debilidad no los recordase. Cada uno de ellos suponía para mí un tesoro.

—Tengo tal hambre que me comería una vaca rellena de pajaritos —comentó Hugo.

—No me extraña, grandullón, hay que comer tela para mantener esos músculos —intervino Sarah.

—Yo también tengo los míos, solo que más escondidos —añadió Aitor mirando a Alma, porque él era más chiquitín y no solo en edad.

—Yo ya sé que tú tienes tus muchos encantos, a la vista y ocultos. —Rio ella, quien parecía loquita por sus huesos.

—Yo lo único que digo es que necesito una cerveza o algo, combustible del bueno, porque aquí corre uno el riesgo de sufrir una sobredosis de azúcar —apuntó Dylan.

—Me parece bien... Yo también necesito algo fresco, que estar tan cerquita de Alma me pone ardiendo.

—¿Vosotros podéis dejar de nombrar la sogá en casa del ahorcado? —les pidió el grandullón—. Vaya, que al menos Manu estuvo a punto de comerse algo, pero yo todavía ni un colín.

—Boludo, ni me recuerdes ese episodio, no se te ocurra romperme las pelotas...

—¿Yo a ti? Pues anda que no tendré mejores cosas que hacer...

—Como pesas, ¿no? ¿Tú cuántas horas entrenas al día? —le preguntó Sarah, que era muy dulce, lo mismo que Carlota. Ambas estaban muy pendientes de todos los demás.

—Unas cuantas, aunque no será aquí. Si queréis os puedo coger a cada una en un brazo, eso sí, y me servís para entrenar.

—Deja, deja, que yo tengo vértigo. Coge a la Jenny, que esa se apunta a un bombardeo —le indicó ella.

—Yo, si se trata de un cachondeo, ya estoy ahí la primera —apuntó la loquilla.

La rubia me miraba mientras todos hablaban y Janis me hizo un guiño cómplice, ¿y si algún día lograba que se quedase conmigo definitivamente? Yo no podría desear que me tocara otro premio mayor que ese. Para mí sería como la más impresionante de las loterías.

Mi niña no es que fuera bonita, sino preciosa. Y ya estaba organizando la tarde para que pudiésemos disfrutar de Nagoya en toda su extensión.

Miso Katsu fue en aquella ocasión nuestro plato favorito a degustar, más que nada porque no solo entraban por el estómago, sino también por los ojos. La boca se nos hizo agua a la vista de aquellas enormes chuletas, las cuales le dieron sabor a nuestra mesa, aunque la verdadera salsa la ponían nuestras charlas y las miradas ardientes que nos dedicábamos mi rubia y yo.

—Después de esto, a ver quién es el boludo que tiene pelotas de moverse, Ariadna. Tendremos que buscar un banco en el que tirarnos antes —opinó Manu.

—A mí me parece una idea sensacional —apuntó Aitor del tirón.

—Tú no corras tanto, chiquitín, que lo que estás pensando hacer no es algo que puedas en plena vía. No sea que nos enchironen por tu culpa y te veas al otro lado de los barrotes por una vez —le indicó Hugo.

—A mí siempre me ha parecido morboso hacerlo en una celda, ¿a vosotros no? —nos preguntó Jenny y a más de uno se le salieron las bolas de los ojos.

—Jenny, la pastillita —le recordó Hugo.

—Que no, que no, que lo he dicho en pleno uso de mis facultades. Bueno, de las que tengo, que no son muchas. —Rio y todos con ella.

—Pues a mí también me gusta hacerlo en sitios raros, la verdad. —Le dio la razón Dylan.

—A ti es que te vale cualquier sitio, *bro*, tú debes tener un currículum más largo que la Gran Muralla China —le comentó Hugo.

—Anda, ahora que lo mencionáis, en otra ocasión podemos ir a visitarla. Yo estoy loca por eso.
—Nos ofreció Jenny.

—No, tú estás loca, y que quieras ver la Gran Muralla China es aparte. —Le clarificó Hugo—. Janis, ¿tú no puedes hacerle un poco de terapia?

—No, no, yo no malgasto mi tiempo con casos perdidos...

—Y haces bien —le respondió Jenny feliz, como una foquita esperando su postre.

Capítulo 18



Marcos

Las horas se me pasaban volando a su lado. Mi problema solía ser que, cuando por fin lograba conectar con ella, cuando lograba que mi rubia me abriese su corazón, al reloj le daba por salir corriendo y llegaba a volar.

No por esto que estoy contando dejaba de disfrutar con mi rubia amada. Por el contrario, cada minuto a su lado era un precioso tesoro de esos que metía en la cajita donde se guardan los mejores instantes de la vida. La misma que yo iba abriendo cuando Ariadna se me iba y necesitaba sentirla cerca, reviviendo los momentos únicos vividos a su lado.

Por mucho que ella se quejara y resoplara en determinados instantes, yo sabía que ese grupo que se formó en aquel viaje permanecería para siempre en su corazón, pues era de lo más especial.

Después de almorzar comenzaron las visitas, y eso que nos habíamos puesto hasta las cejas y hasta nos costaba movernos.

—Yo no puedo ni menear el culo ahora. Entre la comida y las cervezas que han caído —comentó Dylan.

—Pues lo mejor para eso es perrear —añadió Jenny, segura de lo que decía.

—No, cariño, aquí no. —Trató Ariadna de disuadirla, cogiéndola por el brazo mientras ella se aferraba a una farola en la que pretendía mover el culo.

—Si es mano de santo. Cinco minutos y lo hemos bajado todo, de verdad. Yo lo hago en las bodas que me encargan —nos contó.

—¿Qué es lo que haces? —Se interesó Dylan.

—Pues que siempre me preparan un menú y, claro, después tengo que seguir trabajando. Y cuando siento que la ropa me va a estallar, me pongo a perrear.

—Yo es que no puedo con ella, no puedo. —Janis se limpiaba las lágrimas del rostro.

—¿Y qué hacen los invitados? —le preguntó Ariadna.

—Pues, ¿qué van a hacer? Todo el que no es un sieso, se pone a perrear conmigo. Y los novios también. Yo siempre les digo que no contraten músicos ni nada si no quieren, que la animación corre de mi cuenta.

—Eso será lo que pase en nuestra boda, cuando Jenny nos la organice —le susurré en el oído.

—No corres tú nada. Si te conozco de cuatro días, guapísimo. —Me dio un beso.

—¿Y qué? Yo me casaré contigo, ¿apostamos algo?

Se hizo un clamor general. Todos estaban conmigo, la verdad. Desde que les conté cuál era mi historia con ella los sentía de lo más entregados. Qué increíble poder contar con personas como ellos, que me entendían a la perfección y me apoyaban a cada minuto.

Mientras, alentábamos a Jenny a seguir caminando, cosa a la que Hugo tuvo casi que obligarla tirando de ella.

La tarde, entre otros lugares, la dedicamos a contemplar el impresionante Castillo de Nagoya, que en su día fue uno de los más importantes de Japón y que tuvieron que reconstruir en mil novecientos cincuenta y nueve, según Ariadna nos explicó, tras ser destruido durante un bombardeo en la Segunda Guerra Mundial.

—Qué miedo —murmuró Janis.

—Dylan, en una guerra no, ¿pero en un bombardeo has estado? —le preguntaron.

—No, pero vamos, que he visto bares por la noche que son más peligrosos —les contestó él—. Verdaderas junglas, con unas fieras...

—A saber, en qué antros de perdición te habrás perdido tú, *bro*. —Se metió Hugo en la conversación.

—Pues tú no te hagas el santo, que a alguno me has acompañado. Lo que pasa es que Dylan, como es el juerguista mayor del reino, al final carga con las culpas de todo.

—Nada de culpas, yo quiero que me llevéis a un antro de esos, porfita —les pidió Jenny uniendo sus manos en señal de ruego.

—Señor, perdónala, porque no sabe lo que dice. —Miró Hugo al cielo.

Dimos un agradable paseo por sus alrededores y desde allí nos fuimos a visitar el templo de *Atsuta Jingu* en el cual se cree que se guarda una espada sagrada que estaría considerada como uno de los Tres Tesoros Imperiales de Japón. Ahí es nada.

—Mi verdadero tesoro es rubio y lo tengo aquí al lado —les decía yo mientras cada uno opinaba sobre la posibilidad de que tamaño reliquia pudiera permanecer en aquel lugar.

—Yo vaticino boda a la vista, fijo —añadía Jenny mirando por todos lados, no perdiéndose ni un rincón del lugar.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Ariadna.

—La espada, ¿tú te imaginas la revolución que formaría en las redes si diera con ella? Entonces sí que me subirían los seguidores a montones.

—Venga, ponte, que voy a grabar la búsqueda. Tú ve hablando, que yo te sigo con la cámara. — Le ofreció Hugo.

—Anda, como no soy chupa cámaras ni nada, qué alegría...

—Y otras cositas también chuparás tú, no solo la cámara. —Arqueó Dylan una ceja, porque él no hablaba demasiado, pero cuando lo hacía nos hacía reír a lo grande.

Ariadna se volvió hacia mí y le robé un montón de besos seguidos. No fue la única batería durante la tarde, que aprovechamos al máximo.

—Yo no puedo con mi alma —murmuró Carlota al llegar al hotel, tras varias horas caminando sin parar.

Hubo consenso general de que esa noche querían descansar para coger la fiesta con más ganas en las siguientes. Lo cierto era que nos sentíamos cansados, aunque yo no quise renunciar al placer de cenar a solas con mi adorada rubia.

Mientras ella entraba en la ducha, sin saber cuál sería nuestro plan, bajé al restaurante y pedí que nos reservasen un rincón con unas vistas admirables de la ciudad. Un lugar de ensueño que disfrutar a solas con ella, pues echaba de menos esos momentos en los que me sentía rodeado, por muy bien que todos me cayeran.

Cuando salió de la ducha, a punto estuve de cancelar la cena, que todo hay que decirlo, porque la tentación venía envuelta en una toalla y exhibía su dorada cabellera al viento.

—Voy a hacer como que no he visto nada, preciosa, porque de otra forma no disfrutaremos de la cena.

—¿De qué cena? Si no hemos encargado nada, ¿tú qué quieres que nos suban?

—Nada, nada, que a mí ya se me acaba de subir una cosita y con eso es suficiente...

—Anda, si es verdad, se te ha montado la tienda de campaña en los pantalones. —Rio risueña.

—Mira que eres bruta y bonita a la vez. Mi amor, vístete o no respondo. Y quiero disfrutar de ti

luego toda la noche.

—¿Me has dicho «mi amor»? Qué profundo, si apenas me conoces.

—Pues ya ves, es que me sale solo. —Le sonreí mientras acariciaba su rostro, ese que tanto adoraba.

Me hizo caso porque era mucha la tentación de quedarme allí, pero quería obsequiarla con otros momentos que no solo fuesen sexuales, obviamente. Lo que yo sentía por ella era muy profundo. No podía imaginarse cuánto.

Cuando salí yo de la ducha, ya estaba preparada. Sublime, con un vestidito amarillo que dejaba sus bonitas piernas al aire. Siempre me volvieron loco esas piernas que la llevaban a todos los lugares del mundo donde era feliz, porque una de sus principales virtudes se centraba en que sabía serlo estuviese donde estuviese.

—¿Me harías el honor de cenar conmigo? —le pregunté cogiéndola por la cintura.

—Qué romántico. Pues ahora va a ser que no —se burló sacándome la lengua mientras su boca decía una cosa y ella hacía otra, caminando conmigo hacia la puerta.

Cuando llegó al restaurante y vio el precioso rincón que nos habían preparado, con mucha vida gracias a sus plantas y flores, la sonrisa se dibujó en su rostro mientras yo la invitaba a sentarse retirando su silla.

—Qué galante, tampoco me tienes que hacer tanto la pelota. Querías acostarte conmigo y ya lo lograste. Al final te saliste con la tuya —me comentó sin perder la sonrisa.

—Si crees que me voy a conformar solo con eso, es que no me conoces. Yo quiero mucho más, Ariadna. Lo quiero todo contigo, de hecho.

—Ha sonado a amenaza, y no está bonito, hombre, que todavía no me he podido tomar una copita ni nada.

—A mí esa amenaza me suena a música. —Carraspeé.

—Hablando de música. Esta noche tengo ganas de bailar...

—¿No me digas? Pues pondremos música en la habitación y luego nos iremos acercando «*Pasito a pasito, suave suavecito*». —Le canté.

No me equivoqué mucho, porque así fue. Una vez que subimos escogí sus canciones favoritas, algo que le llamaba la atención, preguntándose cómo podría ser.

Qué poquito se podía imaginar que me sabía su vida, sus gustos, sus deseos y todo lo que tuviese que ver con ella al milímetro, que había memorizado su hoja de ruta para hacerla coincidir con la mía.

Nunca me apartaría de mi amor rubio, de esa mujer que con solo dedicarme una mirada hacía que cayera rendido a sus pies. La amaba, en toda la extensión de la palabra, la amaba tanto que no podría definirlo con palabras.

Ariadna lo era todo para mí, como le volví a demostrar esa noche entre las sábanas, pues mientras la poseía me cuidaba muy bien de no solo acariciarle la piel, sino también de acariciarle el alma.

Capítulo 19



Todos en pie para abandonar la ciudad ya que aquí estábamos de paso, solo para conocerla. Nuestro siguiente destino nos esperaba.

Desayunamos entre risas porque estos tenían mucha cuerda y daba igual la hora del día que fuese. Apenas llevaba sentada con ellos en el desayuno ni diez minutos, y la palabra «rubia» la había escuchado tropecientas veces.

El minibús nos esperaba con nuestras maletas ya cargadas, listo para emprender los trescientos kilómetros que nos separaban de nuestro próximo destino, Takayama.

Por el camino les fui contando que esa ciudad estaba en un enclave que era una locura de bonito, además, que ofrecía una arquitectura tradicional ante las montañas de los Alpes Japoneses.

—O te callas o te meto algo en la boca —le advirtió Dylan a Jenny, quien continuaba cantando sin parar y cada vez con mayor entusiasmo y volumen, lo cual lo estaba desesperando.

—A mí no me amenazas tú, tapón de alberca.

—Habló Miss Alta.

—Pero al menos no voy callando a la gente, además para eso tenemos una moderadora y a la rubia le encanta escucharme cantar.

—¿A mí? —pregunté mirándola por encima de las gafas que me ponía para ver de cerca y en esos momentos estaba revisando los documentos del itinerario para refrescar mi mente.

—Ya la has puesto en mi contra —le dijo a este, en tono un tanto enfadado, aunque era raro verla así.

—¿Yo? Te la has puesto tú solita con lo pesada que eres cantando. ¡Que no te enteras!

—A mí no me chilles tú porque te meto una hostia que me lo vas a tener que repetir en japonés.

—¡Ya está! —gritó Manu viendo que estaban en un tono un poco más tirante de lo normal.

—Pues que se calle, que no tenemos que estar todas las mañanas en un vehículo escuchando a la cantante frustrada.

—Dylan... —le dijo Marcos en un tono de que se callara.

—Ahora todos en mi contra, de verdad que esto es increíble. —Reía ofendido.

—Tú solito te lo buscas.

—¡Jenny! —la riñó Aitor.

—Otro que quiere fiesta —dijo ella refiriéndose al chiquitín.

—Mira que tú... —Intentó decir, pero Alma le tapó la boca.

—No me tiro del coche porque va a mucha velocidad y me voy a hacer daño. Pero que sepáis todos —nos señaló con el dedo haciendo un circuito— que en el próximo destino me perdéis de vista.

—Dios te escuche —murmuró Dylan y Hugo le metió una colleja—. ¿Qué haces? Si tanta anaconda tienes, dale la colleja a ella.

—A mí no ha nacido el hombre que tenga los huevos de ponerme la mano encima, ¿te enteras?

—Aquí si se reparte es para todos, no voy a cobrar yo solo, que tú eres la que has iniciado todo.

—Dylan, por favor —le murmuró Sarah para que todo se calmase.

—Todos Dylan, pero nadie tiene las narices de enfrentarse a ella.

—¡Que no me nombres!

—Ni se le roza, ni se le nombra. ¿Qué es, otra turista o la reina del grupo?

—Callaros todos, por favor —dijo Carlota—. Lo estamos pasando genial, todos nos caemos muy bien, es verdad que algunos necesitan más tiempo para despertar y los cantos de Jenny pueden ser un poco estresantes, pero no por eso vamos a matarnos, el resto del día, gracias a ella, pasamos momentos inolvidables.

—Sí, todo gracias a ella, los demás somos floreros —contestó Dylan.

—No estoy diciendo eso, Dylan —le dijo preocupada y con cariño Carlota—. Lo que digo es que no podemos hacer como si ella fuera el mal mayor del grupo por ser tan activa por las mañanas, cuando no es así.

—Da igual, yo ya pienso callarme y os buscáis otro payaso, pero os aviso que, como Jenny, no

hay dos.

—A Dios gracias. —Volvió a poner la puntillita Dylan.

Hugo lo miró de forma que tuvo que quitar la mirada y dirigirla a la ventanilla. Observé cómo Janis se cambiaba de sitio y se ponía junto a Jenny y le acariciaba la espalda. Todos nos dimos cuenta de que estaba llorando. Y a mí se me hizo un nudo en la garganta.

Jenny era una chica divertida, con mucha dulzura e inocencia, a pesar de su apariencia, y se había sentido supermal por todo lo que Dylan le había dicho. Normalmente, lo habría tomado a broma, pero hoy estaba más sensible.

Se hizo un silencio, que todos respetamos hasta que llegamos al hotel. Nos quedamos impresionados por la belleza de este alojamiento, que tenía una piscina elevada mirando hacia las montañas y entorno rural que era auténtica una maravilla. Todo estaba construido en madera y decorado de manera tradicional, muy diferente a lo que habíamos visto en las dos ciudades anteriores. Este lugar transmitía una paz inmensa y era perfecto para disfrutar de una experiencia diferente.

Nos entregaron las llaves de las habitaciones después de que hubiésemos bicheado las instalaciones, en ese momento Dylan preguntó preocupado por Jenny y nos dimos cuenta de que nadie la había visto desde que nos bajamos del minibús, aunque sí la vimos bajar.

Los pelos se me pusieron de punta y comenzamos a buscarla por todo el hotel, ya que nos habían asegurado que bajo ese nombre no se había entregado ninguna llave de habitación. Incluso revisaron si se había hecho alguna reserva nueva para dormir sola, pero no encontramos nada.

Fuimos a dejar nuestras cosas en las habitaciones y acordamos encontrarnos en la recepción en diez minutos. Marcos intentaba tranquilizarme, pero no iba a estar tranquila hasta que viera a Jenny. Lo que más me preocupaba era que su teléfono móvil estaba apagado todo el tiempo.

Cuando bajamos, la recepcionista me llamó a mí como responsable del grupo y me mostró la grabación captada por las cámaras de seguridad cuando llegamos a la entrada en el bus, donde se veía claramente cómo, cuando nos bajamos, Jenny cogía su maleta y cuando vio que no la observábamos y nos dirigíamos al hotel, salió corriendo hacia la derecha de la calle.

Se me saltaron las lágrimas porque comprendí que ella conscientemente había tomado la decisión de alejarse del grupo y que estaba incomunicada.

—¿Qué pasa? —me preguntó Marcos acercándose preocupado al verme tan afectada.

Le conté a todos lo sucedido y Dylan se dejó caer en el sofá del vestíbulo, cubriéndose la cara con las manos y sintiéndose culpable.

—No es por ti, Dylan —dijo Sarah—. Otros días se le dijeron cosas más fuertes y se reía. Hoy le habrá cogido sensible y explotó con lo tuyo, pero podría haber sido por cualquiera.

—Me voy a buscarla —dijo Dylan levantándose y Hugo lo frenó.

—Todos juntos vamos a buscarla, y no dejaremos de mover cielo y tierra hasta encontrarla.

—Hugo, *bro*, que como le pase algo por mi culpa, me da.

—No le pasará nada.

—Hay ochenta mil habitantes —dijo Carlota que ya estaba buscando en Google.

—Menos que en nuestra ciudad, *bro* —le animó Hugo.

—Yo tengo que activar el protocolo de emergencia grupal —dije llamando a la central para que me dieran los pasos a seguir.

En la llamada me dijeron que, si hoy no aparecía o cuando tuviéramos que cambiar de destino, debía quedarme, ya que si al día siguiente aún no había aparecido tenía que poner en conocimiento de la embajada y la policía que estaba desaparecida y el grupo seguir, no se podía abandonar el lugar.

—Más vale que aparezca, porque yo no me muevo de aquí sin Jenny —dijo Dylan cuando les conté la conversación.

—Ni nosotras —dijo Sarah segura por ella y Carlota.

—Nadie se va a ir sin ella, al circuito le pueden dar por culo, aquí nos quedamos hasta que aparezca —soltó Aitor y todos asentían.

Ni comimos, estuvimos todo el día buscándola, repartidos por la ciudad y hablamos con un montón de hoteles que no tenían constancia o nos decían que no podían dar datos por la protección del cliente. Esto era una verdadera locura.

A las doce de la noche, abatidos y con un sándwich en la mano que nos dieron los del hotel, nos fuimos a dormir decididos que al día siguiente moveríamos a la embajada y la policía para que dieran con ella.

Me quedé dormida abrazada a Marcos, llorando de tristeza. La echaba de menos y me moría de la pena al saber que estaría sola, llorando. Era tan frágil y sensible, que seguramente debía de estar pasándolo francamente mal.

Capítulo 20



Durante la noche, me había despertado varias veces y noté que Marcos estaba en la misma tesitura. Estábamos muy preocupados porque esa joven se había metido bien en el corazón de todos y nos tenía en vilo.

A las siete de la mañana, ya estábamos todos sentados en el jardín tomando un café después de que nos confirmaran en la recepción que no había hecho acto de presencia por el hotel.

Estábamos todos muy afectados, pero las chicas no podían reprimir las lágrimas y la impotencia se veía reflejada en la cara de cada uno de nosotros.

Hasta el mediodía no se podía denunciar nada ni poner en conocimiento de nadie los hechos. Lo que sí hice, fue avisar a la compañía de que el grupo se negaba a moverse y que el hotel tenía disponibilidad, por ahora, para varias noches, por si podían inicialmente cambiar tres días en caso de que apareciera en cualquier momento, o luego ampliarlos si seguíamos sin tener noticias. Una hora después, me confirmaron que ya teníamos cambiadas las tres noches para quedarnos alojados aquí.

El caso es que este grupo era VIP y la compañía iba a ceder en todo, algo que no hubiera ocurrido si se tratase de un grupo normal, el recorrido seguía con ellos o sin ellos y la empresa no se hacía responsable de nada si no seguían el itinerario completo, pero en este caso era diferente y tenían muchos privilegios, algo que agradecía.

La mañana fue de lo más desgarradora, silencios que se hacían de lo más dolorosos y sobre todo Dylan, que se moría de la pena sintiéndose totalmente culpable.

Nos llevamos una gran decepción cuando fuimos a la policía y nos dijeron que, al haber imágenes que mostraban que ella se había ido por su propia voluntad, no podían hacer nada hasta el día de retorno. Nos explicaron que, si ella no abordaba ese vuelo, entonces sí se consideraría desaparecida. No nos lo podíamos creer. Lo mismo que la embajada nos respondió, en cierto modo, si no había denuncia, no podían intervenir, ya que Jenny era mayor de edad y tenía libertad de decidir si quería o no estar con el grupo.

La angustia que se experimentaba con algo así, no se la deseaba a nadie y Marcos, el pobre, en

todo momento estaba ahí secando mis lágrimas e intentando calmarme con sus palabras.

Hugo, Carlota y Aitor hablaban en todo momento, imagino que desde su experiencia como policías. Pero claro, aquí no había nada más cierto que Jenny se sintió mal y se marchó de nuestro lado porque no le apetecía seguir escuchando cómo le reprochaban su actitud, esa que no era mala, solo que ella vivía la vida intensamente.

Salimos a perdernos por la ciudad con la esperanza de cruzárnosla en algún rincón de ese lugar fuera de los neones, rascacielos y aglomeración de las grandes ciudades.

Llena de santuarios y templos que hacían las delicias de la vista y que complementaban el casco antiguo que era donde estábamos alojados, destacando la arquitectura del periodo Edo.

Pero nada era igual sin Jenny, ese lorito adorable al que ahora todos echamos en falta y estábamos deseando abrazar.

Estábamos andando por una de las calles cuando una voz nos hizo girarnos hacia un callejón.

—*Y la verdad es que no soy tan fuerte como yo pensaba.* —Cantaba Jenny sentada con un tipo que tenía una guitarra y pinta de ser por lo menos de Australia.

—¡¡¡Jenny!!! —grité corriendo hacia ella y todos venían detrás.

—*Mi voz se quiebra, estoy temblando de miedo.* —Seguía cantando mientras nos miraba llorando.

—*Pues sin ti no soy nada.* —Todos cantamos al unísono junto a ella, emocionando incluso al guitarrista que, aunque no lo lograba del todo, intentaba seguir su ritmo.

—*Si tú te vas, me quedaré muerto en vida.* —Cantaba Dylan acercándose a ella y agachándose, poniendo su mano en el hombro de Jenny—. *Mi mundo se acabará.*

—Qué bonito, por favor —murmuró Janis secándose las lágrimas—. En el fondo se quieren, son como dos hermanos que se matan, pero no pueden vivir el uno sin el otro —hablaba desde el cariño, no que hubiera entre los dos una historia de amor.

Se abrazaron y todos aplaudimos emocionados, hasta el guitarrista que no se enteraba de nada.

—Pensé que no me queráis y que ibais a proseguir sin la Jenny —dijo refiriéndose a ella misma.

—Pues precisamente por ti, se cambió el itinerario —dijo Carlota, emocionada y llorando, mientras Sarah afirmaba de igual modo.

El chico de la guitarra nos dio la mano a todos y se despidió sin decir ni una palabra. Solo sonriente.

—Me senté aquí con él porque estaba cantando solo por Bob Marley y le dije como pude que me

siguiera para yo cantar esa canción.

—Pues acabas de convertirla en el himno del grupo, boluda —le dijo Manu mientras la abrazaba con todo el cariño del mundo.

—Entonces, ¿queréis a la Jenny, aunque sea un poquito? —preguntó en tercera persona.

—Muchísimo, te queremos muchísimo, mi niña bella —contestó Saritah agachándose a abrazarla.

—Y ahora dinos dónde tienes tus cosas, que vamos a ir a por ellas —dijo Hugo.

—Por cierto, eres muy mal poli, que ayer pasaste por delante de mí dos veces y no me viste —le soltó causando que todos lo miráramos.

—Desde luego, macho, que estamos apañados en España con un cuerpo como el vuestro —le recriminó Dylan a Hugo negando, y, obviamente, bromeando mientras cogía por el hombro a Jenny para que fuésemos a donde se había alojado a por sus cosas.

—¿En serio pasé por tu lado?

—Yo estaba en una terracita y pasaste dos veces, pero por la acera de enfrente, yo me escondí un poco entre los otros turistas que había en las otras mesas.

—Por eso no te vi. —Levantó los hombros.

—Lo dicho, España va mal —dijo Dylan mirándolo desafiante, pero siempre con la broma, no creo que a nadie más se le ocurriera poner en riesgo el bienestar del grupo.

—Y para celebrarlo, vamos a hacer una fiesta en la piscina del hotel —anunció Jenny entrando en la recepción mientras Manu llevaba su maleta.

—¡La hemos encontrado! —gritó Aitor a las de recepción que sonreían mirándola— Estaba cantando en la calle feliz de la vida —les decía en inglés y ellas aplaudieron flojito emocionadas e inclinaron su cabeza. Le hicieron el registro y fuimos todos a cambiarnos para disfrutar y celebrar que, de nuevo, estábamos todos juntos.

Entramos en la habitación y nos fundimos en un abrazo, sonriendo de la emoción al haber finalizado esa pesadilla en la que se había convertido el asunto. Lo mejor de todo es que nadie le recriminó nada en absoluto, haciéndole ver lo importante que era para el grupo y el cariño tan grande que le teníamos.

Capítulo 21



Me había entretenido en la habitación más de lo normal y es que un abrazo nos llevó a besarnos apasionadamente, lo cual nos llevó a darnos el revolcón del siglo para liberar estrés, como bien decía mi amigo Marcos.

Llegamos a la terraza que tenía las vistas más espectaculares de toda la ciudad, y es que estar rodeados por los Alpes era una experiencia increíble.

—¡Rubia! —gritó Jenny desde la piscina donde se estaba tomando algo junto a las demás chicas. Los chicos estaban jugando al otro lado de la piscina al voleibol.

—Ya voy —les dije dejando las cosas sobre una hamaca y adentrándome hasta donde estaban ellas, en la barra de la piscina.

—¿A que tú estás muy feliz de que la Jenny esté aquí? —dijo cogiéndome el brazo y pegando su carita a él.

—Muy feliz, cariño, más de lo que imaginas. —Sonreí.

—La Jenny lloró mucho y estuvo muy triste. —Nos echamos a reír porque era de lo más gracioso escucharla hablar así en tercera persona.

—Vamos, que nosotras estuvimos de fiesta —le dijo bromeando Janis.

—No, que me habéis buscado, que lo sé —decía ella juntando sus manitas y jugando con sus dedos mientras sonreía mirándonos emocionada.

—Hasta yo, y eso que te quería perder de vista —le contestó Dylan echándole la mano por el hombro y besándole la mejilla.

—No, que tú me has demostrado que me quieres.

—Pues claro, y a partir de ahora más, otro susto así no me lo das.

—¿Nos tomamos un chupito? —le preguntó ella a él con su vocecita aniñada.

—Por ti me tomo yo todo lo que hay en el expositor.

—Acuérdate de los demás —le dijo Hugo.

—¿Me estás metiendo la mano por el culo? —le pregunté a Marcos dándole un empujón y echándole agua.

—Se me fue la mente, estás muy buena, rubia. —Sonreí y sacaba los morros.

Nos prepararon la comida y hasta nos hicieron un baile típico de allí por los jardines. Los trabajadores se habían implicado mucho con nosotros y se les veía a todos felices de saber que la huésped desaparecida, estaba sana y salva en el hotel.

—Ellos también están contentos de que a la Jenny no le haya pasado nada, ¿a que sí? —nos decía emocionada.

—Claro que sí, pero nosotros más —decía Manu aguantando la sonrisilla y mirándola mientras negaba.

—Para celebrar que he dejado de ser una desaparecida en Japón, hoy me voy a emborrachar más y quiero que todos me acompañéis en esta celebración.

—A esta la encierro yo en el cuarto y no le abro hasta que cambiemos de destino —murmuró Marcos en mi oído y se me escapó una carcajada, pero también una colleja que se llevó por bruto.

—¡Auch! Que era broma. —Se rascó la cabeza alejándose hacia los chicos.

—Por los días de viaje que nos quedan, que no son pocos —dijo Hugo levantando el chupito que nos habían puesto a todos.

—Y porque la Jenny no desaparezca más entre las penumbras de la tristeza —se dijo a ella misma, causándonos una carcajada, que era mejor tomárselo así.

—Eso mismo, eso es lo primordial, pero vamos, que a ti no te quito la vista de encima ni para ir al baño —le decía Dylan—. No he tenido más cargo de conciencia en mi vida. —Soltó el aire—. Menos mal que cuento con mi amiga la psicóloga —le echó el brazo por encima a Janis—, para esas sesiones de mejorar mi vida.

—Dicho así suena a otra cosa —dijo el chiquitín.

—A mí que me registren. —Levantó las manos Janis.

—Ni que te hubiera dejado marcas —bromeó Dylan.

—Yo solo digo que Japón es muy chulo, aunque vine por mi Almita, pero que el resto de las vacaciones me quedaría relajadito en un hotel con piscina en una playa —dijo Aitor que ya llevaba unas copitas.

—Qué guay, la Jenny en un resort con sus bikinis todo el día y la copita en mano que, aunque no lo creáis, esto me está gustando —decía ella toda feliz.

—Mira, hija de la gran vida, que el *bro* y yo estamos aquí por tu culpa, que nosotros votamos por *playeo* —le recriminó Dylan, pero riendo.

—Yo me iba a una isla sin pensarlo —murmuró Sarah y todas las niñas afirmaron emocionadas, incluso Alma que era la que más pasión sentía por este país.

—Ay, Dios, a mí no me miréis —dije resoplando.

—Creo que tienes faena —murmuró Marcos viendo las claras intenciones de todos.

—Mira, en el móvil pone que la isla Miyako es la más hermosa de Japón —dijo Jenny que ya lo había mirado en el móvil—. Qué bonito estar todos ahí...

—Votos a favor de que la rubia busque la forma de cambiar el resto del circuito por irnos a Isla Miyako —propuso Aitor levantando la mano.

—Yo, aunque tengamos que pagar un suplemento, lo tengo claro —contestó Manu.

—Siendo egoísta, yo prefiero también estar tirada en una playa que llevaros de ciudad en ciudad cargando con equipajes. —Me reí—. Lo que no sé es si será posible, voy a hacer una llamada —dije cuando todos comenzaron a aplaudir.

Cogí un *sushi* de los que nos habían puesto en la barra de la piscina y también el teléfono para llamar al equipo responsable. Les expliqué que, después del susto de la desaparición de Jenny, todos querían relajarse en una playa y querían ver la forma de ir a esa isla. Teníamos la suerte de que íbamos todo el tiempo con la misma cadena de hoteles, que también tenían en esas playas, así que me dijeron que me llamarían más tarde y que lo iban a gestionar para ver las posibilidades, así como los vuelos, ya que solo se podía ir en avión y luego tenían que conexionar con la vuelta a España.

Todos estaban de lo más nerviosos esperando la respuesta y fantaseando con pasar la última semana en una playa paradisíaca. Como decían, por muy bonito que fuese el resto del país, ya se sentían satisfechos con lo que habían visto.

Dos horas después recibí la llamada de la empresa para decirme que aceptaban el cambio, siempre y cuando nos quedáramos en una villa con piscina privada en la playa que contaba con siete habitaciones con sus baños, cocina, salón y todas las comodidades, incluyendo un cocinero, un camarero y una persona de la limpieza. El problema era que no había suficientes habitaciones disponibles en el resort para el día siguiente, por lo que nos ofrecieron una de las villas que

tenían disponibles. A todos le pareció perfecto, además, mejor así, no teníamos que aguantar a otros huéspedes.

—Será como estar en el Gran Hermano —dijo Alma a carcajadas y nerviosa de felicidad como todas las chicas que ya se veían en esa casa.

—Yo prefiero que se parezca más como la isla esa que van tentando a la gente —respondió Manu.

—A mí no me miréis —advirtió Janis.

—Bueno, eso no lo sabes porque la tentación siempre estará ahí —le contestó Dylan.

—Yo no juego —decía Carlota riendo y toda colorada.

—Rubia, te has traído a las hermanitas de la caridad en el circuito —dijo Aitor, que no se callaba ni una.

—Pues a mí como que no me importaría darle una alegría al cuerpo —soltó Jenny y todos nos quedamos flipando.

—¿Y con quién? —le preguntó el curioso de Aitor.

—Con cualquiera, no me digáis que no tienen un repaso, como si hay que hacer una orgía —contestó ante la mirada de un Dylan que levantaba la ceja aguantando la sonrisilla.

—Siempre puedes hacer un trío con el grandullón y Manu, todo es probar en la vida —le contestó Dylan.

—¿Probar? —Se echó a reír—. Pobres ilusos, luego es la Jenny la tonta —se dijo a ella misma sin dejar de carcajearse, contagiándonos a nosotros—. Yo cojo a esos dos y es cuando iban a saber lo que es un polvo de verdad.

—Deja de beber. —Le fue a quitar Dylan el vaso, pero ella fue rápida.

—Que no estoy borracha, pero que tampoco soy tonta, que lo mismo les puedo dar una masterclass elitista.

—¡Me apunto! —gritó Manu.

—Mi ojito moreno ni mirarlo —le dijo Hugo.

Lo que nos reímos en un momento fue lo más grande. Me dolía el lado y juro que no podía parar de reír con esa Jenny que era todo un personaje, de los que terminas adorando sí o sí.

¿Cómo podías sentir como una familia de amigos de toda la vida a personas que apenas conocías de hacía seis días?

Capítulo 22



El despertador sonó, ya que teníamos que salir bien temprano hacia el aeropuerto. Me levanté con la mano en el pecho y de lo más angustiada.

—¿Qué te pasa mi vida?

—No lo sé. —Lloré—. Tengo mucha ansiedad.

—Respira, coge el aire y suéltalo. —Me acariciaba la espalda.

—Tenemos que irnos, el chófer debe estar al llegar. —Me levanté y fui al baño a asearme.

Me miré en el espejo y vi algo en mí que no reconocía, me venían demasiados flases, incluso despierta. Me estaba volviendo loca con esos sueños que parecían tan reales, como el de esta noche que me había roto en mil pedazos.

Nos dirigimos al vestíbulo donde ya estaban todos y cogimos el minibús que nos trasladaba al aeropuerto después de despedirnos en la recepción y entregar las llaves. A pesar de que aún no eran las cinco de la mañana, ya estábamos todos en el vehículo.

Marcos sostenía mi mano durante el trayecto y yo no hacía más que evitar cruzar nuestras miradas, tenía una sensación de lo más extraña que era como si me alejara, como si me costase estar como antes.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando bajamos del minibús y cogimos las maletas.

—No, no lo estoy, no sé qué me pasa, pero no me apetece hablar.

—Lo respeto.

—¡Rubia que nos vamos a una isla! —dijo Jenny acercándose y acariciándome la espalda.

—Sí, Jenny —murmuré con una tristeza que, por su cara, ella me entendió.

—¿Quieres que te invite a algo de chocolate para que se nos endulce la vida? —preguntó señalando a una pastelería de la terminal.

—Venga vamos a tomar algo —contesté, y todos se apuntaron a desayunar ya que aún teníamos tiempo.

Me senté con las chicas en una mesa y los chicos en otra. Reía cuando ellas lo hacían, pero por inercia, no estaba atenta a lo que hablaban ya que mi cabeza estaba en otra parte.

—¿Qué te pasa, rubia? —me preguntó en voz baja Janis, que estaba a mi lado.

—Hoy no tengo un buen día —murmuré sonriéndole con tristeza e impotencia, porque sentía de todo.

—Es normal, todos tenemos días que se nos hacen más cuesta arriba. —Me acarició la mano.

—Hoy me he levantado odiando a Marcos, así tal cuál —murmuré bajito para que no nos escucharan.

—Los hombres a veces se lo buscan —me contestó como en un intento de relajarme y bromeando un poco.

—¿Me acompañas a fumarme un cigarrillo?

—Claro. —Cogió el trozo de bollo que le quedaba para terminárselo fuera. Le dijimos a las niñas que ahora veníamos.

Me desahugué con Janis contándole lo de mis sueños y todo, además de lo que pasó esta mañana, cuando recordé que debí haber tenido un sueño intenso porque estaba reacia a que Marcos me tocara, incluso me molestaba que me hablara, era como si me hubiera hecho algo.

Lo más sorprendente fue que no se sorprendiera en absoluto, todo lo contrario, me dijo que era algo que ocurría con frecuencia y que todo tenía una razón y un significado. Me pidió que me tomara un tiempo para superar esa sensación y que recordara las cosas bonitas que había vivido con Marcos y todo el amor que él ponía para que yo estuviera bien. A pesar de lo poco que lo conocía, parecía un buen tipo.

Hablar con ella me hizo sentir algo mejor, pero yo estaba de lo más cerrada viviendo una realidad dolorosa que no entendía, pero que me hacía mucho daño y no sabía por qué razón.

Abordamos el avión y Marcos, como era previsible, se sentó junto a mí. Yo miraba por la ventanilla y se me saltaban las lágrimas.

—Mi vida, me duele verte así —dijo pasando sus dedos por mis mejillas para secarme las lágrimas.

—Se me pasará, no tengo un buen día —contesté porque en el fondo él no tenía culpa de nada y

es cierto lo que me dijo Janis, que se desvivía por mí.

Casi todos se durmieron un rato y es que lo de madrugar los había dejado hechos polvo. Yo, en cambio, no podía, ni Marcos, que estuvo todo el tiempo atento a mí.

Aterrizamos y nada más bajar del avión nos dimos cuenta de que estábamos en el paraíso. Nos llevaron hasta la villa donde nos recibió uno de los trabajadores y nos mostró las habitaciones para que nos fuésemos acomodando.

El grupo estaba que no cabía en sí de gozo con las instalaciones y es que había una piscina en el interior de la casa al aire libre, ya que no estaba techada, y otra en la arena de la playa. El lugar era de ensueño y no faltaba detalle.

Marcos intentaba no hablar para no molestarme, pero no dejaba de darme abrazos y besarme por la cara, hombro y todo lo que le pillaba a mano. Yo solo sabía que tenía un nudo en la garganta porque no comprendía esos flases que me aparecían en la mente.

Nos cambiamos de ropa y salimos hacia donde estaban los chicos en la parte delantera, sentados en el porche. Había cómodos sofás rodeando una amplia mesa de madera donde cabían por lo menos el doble de personas de los que éramos.

—¡Rubia! Aquí estamos mejor que las Koplowitz —gritaba la Jenny ya con un cóctel en sus manos.

—Dime que tiene alcohol y te lo robo —dije cogiendo la copa de sus manos.

—Todo el del mundo, ya te digo que la Jenny se va de Japón aficionada a lo etílico.

—Joder qué bueno.

—Me lo hizo mi amigo ese. —Señaló al camarero que vino hacia nosotros a preguntarnos qué queríamos.

Nos pedimos unos cócteles y un rato después comenzaron a servirnos la comida. No me había dado ni un baño, pero es que no me apetecía ni moverme, ni hablar, yo solo sonreía como si los escuchara a todos cuando la realidad es que estaba en mi mundo.

A Marcos se le notaba cabizbajo de verme así y Janis, de vez en cuando, me hacía un guiño de advertencia para que me viniese arriba, pero no veía ese momento, no tenía la menor ganas de nada.

Después de comer, les dije a los chicos que me retiraba a echarme una siesta. A pesar de que Marcos insistió en acompañarme, le dije que no, que se quedara disfrutando, que me apetecía estar sola.

Me tumbé en la cama después de poner todo a oscuras y me abracé a la almohada llorando, y es que tenía una sensación tan fea que me sentía muy mal por ello. Era como si Marcos me hubiera

hecho algo, cosa que no era cierta, pero había algo en mí que hoy me producía ese rechazo.

Capítulo 23



Desperté de la siesta progresivamente, poniendo en orden mi vida y comprendiendo muchas cosas que antes no entendía. Lloraba de desolación, tristeza, rabia...

Me sequé las lágrimas, aunque no sirvió de nada, pero me daba todo igual, ahora todo cobraba sentido y no necesitaba que ningún especialista viniera a explicármelo.

Los escuché a todos en el porche y fue a donde me dirigí directamente a buscar a Marcos.

—¡Rubia, que te hemos echado de menos! —gritó Jenny, cuando la miré y vio mi cara, se le quitaron las ganas de broma.

—Vida... —murmuró Marcos levantándose cuando me vio aparecer así.

—¿¡Vida!? ¿¡En serio!? —le grité extendiendo una mano y sacando el dedo advirtiéndole de que no se acercase.

—Ari, por favor —dijo Janis levantándose.

—Quédate quieta —le advertí, dejándole claro que no quería que se acercara a mí en ese momento, no estaba de humor para escuchar a nadie, mucho menos a un profesional—. Eres un maldito cerdo, lo recuerdo todo. ¿¡Por qué no le dijiste a mi familia que el accidente lo tuve después de verte en la puerta del hospital besándote con una compañera!? —grité con mucha rabia.

—Ari, puedes estar alterando tu realidad —dijo de nuevo Janis.

—No, no la está alterando —murmuró llorando Marcos y dejando a todo el mundo helado—, fue así como pasó —reconoció—. Pero he luchado a tu lado cada día de mi vida, no te he dejado sola en esto.

—¡¡¡Vete a la mierda!!! Me rio yo de los profesionales, mi mente lo que hizo es olvidarte por el daño causado, mi mente no te quería ni ver y tú has estado ahí obligándome a hacerlo después de lo que me hiciste. ¡¡¡Eres un cerdo!!!

—Ariadna...

—Ni Ariadna, ni mierdas, yo te di todo mi amor y tú me lo pagaste engañándome con otra.

—Ari, fue hace siete años y me equivoqué, lo he estado pagando cada día de mi vida...

—¡Hace siete años no pude defenderme! Y lo vas a pagar toda tu vida, te lo garantizo. No vuelvas a acercarte a mí de nuevo y por respeto a todos, no te echaré, pero este es el último viaje que haces a mi lado, demasiados hiciste ya —le dije para que entendiera que ahora sí lo recordaba todo.

—Rubia —dijo Aitor mientras me echaba el brazo por los hombros—. Yo también perdí a Alma por una tontería —confesó dejándonos a todos a cuadros y vi que ella comenzaba a llorar—. No es la primera vez que estamos juntos, nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero como queremos borrar el pasado, os lo contaremos más adelante, cuando por primera vez después de lo sucedido volvimos a comenzar a hablar.

»He luchado mucho tiempo por recuperarla y me dijo que comenzaría a planteárselo cuando la invitara a Japón y aquí la tienes, en un viaje de lujo por toda la cara —dijo causándonos unas risitas, incluso a mí que no podía dejar de llorar—. ¿No crees que hay una posibilidad de que este hombre te haya demostrado que te ama reconquistándote mil veces como si fuera la primera? Yo me hubiera aburrido al cuarto intento. —Nos hizo reír de nuevo.

—El problema es que nos mintió a todos, porque si hubiera sido sincero, los especialistas habrían comprendido por qué mi mente quería borrarlo, pero él actuó de manera egoísta. No es más héroe por callar la verdad y hacer que solo vive para mí, lo habría sido si hubiera facilitado que entendieran lo que realmente me pasaba. Mañana no sé qué pasará, pero hoy no quiero ni siquiera verlo —murmuré viendo cómo Marcos escuchaba pálido y en silencio mientras lloraba. Se sentó abatido, agarró su copa y la vació por completo de un trago.

—Rubia, que la Jenny está llorando mucho. ¿Me das un abracito? —Vino abriendo los brazos.

—Claro, preciosa —dije echándome a sus brazos que también lo necesitaba y la apreté bien fuerte.

—Mira que no eres la única cornuda, que Alma corrió tu misma suerte y ahí está, tan feliz —dijo Manu, cuando vi que Dylan le echaba su copa por todo lo alto.

—Por boludo —le dijo este antes de salir corriendo.

—El enano se lo ha buscado. —Comenzó a correr detrás de él.

—Yo seré una cornuda, pero al menos no soy como él, que por poco se come un pepino por sorpresa —dijo Alma causándonos una carcajada.

—Di que sí, que son los cuernos más caros de la historia —dijo el chiquitín, al que la broma le había costado dos viajes—. Aunque pesándolo bien, yo al menos pagué dos, pero este —señaló a Marcos— lleva pagados por los menos veinte —recordó, ya que él había ido a casi todos los que

yo había hecho.

—Y los seguiría pagando todos los días de mi vida —murmuró Marcos y lo miré con desprecio.

—Antes me auto despido, ni uno más. —Lo miré decidida—. Y si tantos cojones tienes, enamórame consciente de la realidad —lo desafié porque eso le iba a ser imposible.

Me acerqué al camarero y le pedí un *gin-tonic* bien cargado y me dirigí a la piscina a tomármelo relajadamente. Las chicas se vinieron todas conmigo mientras veíamos cómo Dylan corría por la arena sorteando las hamacas para que Manu no lo cogiera.

—¿Estás bien, rubia preciosa? —me preguntó Sarah acariciando mi brazo.

—Estoy aturdida, he tenido un despertar muy violento recordando todo y he sentido que mi cabeza iba a estallar.

—No me quisiera poner en tu lugar, pero estoy segura de que poco a poco irás viéndolo todo con más lucidez. Ahora tienes el arrebato de encontrarte con la realidad.

—Lo sé, pero me dio mucha rabia ver cómo todos le han apoyado siempre y él no fue capaz de contar lo que me llevó a tener el accidente. Recuerdo que cuando lo pillé y él me miró, pisé el acelerador tan rápido que no vi la curva y terminé empotrándome contra una fachada. Iba llorando y destrozada. Yo amaba a ese hombre con todo mi corazón.

—¿Y crees que ahora no lo amas?

—Sí, sí lo amo, no puedo negarlo, al igual que soy consciente de que él ha luchado por mí de mil maneras, que hemos vivido juntos viajes increíbles. —Las lágrimas seguían cayendo mientras ella acariciaba mi brazo—. Pero ¿qué hubiera pasado si al primer viaje hubiera aparecido siendo yo consciente de lo que me había hecho? Pues seguramente jamás hubiera pasado nada entre nosotros porque a mí me decepcionó y traicionó cuando no me lo merecía.

—Te entiendo, sé lo que me quieres decir.

—Rubia, que la Jenny está muy triste —intervino rodeándome por la cintura justo por donde me llegaba el agua de la piscina.

—Pues deberías estar alegre, aunque duela. Vuelvo a controlar toda mi realidad y no pensar que soñaba con él y lo vi por obra y gracia del Espíritu Santo. —Reía y lloraba a partes iguales.

—Sí, pero es que yo soy muy fan de la pareja que hacéis. Lo vi luchar tanto por ti y más desde que nos contó su historia.

—¿Os la contó? —pregunté y ella se puso las manos en la boca mientras miraba a las demás.

—Sí —confirmó Janis—. No es nada malo, Jenny, además ya no debería haber más secretos entre ellos.

—Pero no explicó la razón del accidente. ¿Me entendéis?

—Totalmente. No actuó bien, pero a mí no me cabe la menor duda de que ya pagó por lo que hizo. Obviamente él no quería que tuvieras ese accidente y no se le puede culpar por ello, pero sí por la deslealtad y lo que ocasionó en ti. Debería haberlo contado, pero eso no quita que también pudo desaparecer de vuestras vidas y rehacer la suya —decía Carlota y Sarah afirmaba.

Un rato después hice una videollamada a mi familia, apartándome de todos. Se conectaron mis padres y mi hermano. Les conté lo que había pasado y, para mi sorpresa, mi padre dijo algo que no me esperaba.

—Yo sí lo sabía —confesó—. Marcos me lo reveló al mes, fui yo quien le pidió que no dijera nada para no confrontarlo con tu hermano ni con mamá, y porque sabía cuánto lo amabas, tanto que él podía sanar tus heridas. Lo vi mal, afectado y dispuesto a dejarse la vida por ti. Yo sí les conté a los especialistas sobre eso, estaban al tanto y probaron diferentes métodos partiendo de esa base —relataba mientras mi madre y yo llorábamos incrédulas. Mi hermano negaba y resoplaba—. Él sí me lo confesó y me pidió permiso para estar a tu lado el máximo tiempo posible. Y cada vez que estabas con él, eras la más feliz del mundo.

—Lo mataría —dijo mi hermano—. Pero lo he visto sufrir estos años como no te puedes imaginar. No estuvo bien lo que hizo, pero nos demostró a todos cuánto te ama. Hizo cosas que ni tú sabes, pagó estudios de especialistas en el extranjero para que trabajaran en conjunto con los de aquí. Se gastó la herencia de sus padres en tus tratamientos —confesó y de eso no estaban al tanto mis padres, estaban todos llenos de secretos.

Si una conclusión saqué de esta llamada, es que mi padre lo hiciera o no bien, siempre lo iba a hacer desde el corazón y que los tres a pesar de todo, me pedían que no lo tratase mal ni le causara más dolor del que ya había soportado este tiempo. Que me apoyarían en todo, pero que me pusiera también en su lugar.

Colgué la llamada con la sensación de que los últimos siete años nos habían llevado a todos a vivir la historia de manera diferente. Y aunque sabía que Marcos no era malo, para mí parecía que me había sido infiel ayer, y en estos momentos esa imagen de cuando los pillé martirizaba mi mente.

Capítulo 24



Me había quedado sola en una hamaca de la playa como una hora después de la llamada. Jenny se me había acercado para que fuera junto a ellas, pero le transmití mis deseos de estar un rato a solas ya que lo necesitaba.

Fui hacia la orilla para darme un baño, el agua estaba turquesa y transparente, era preciosa esta playa de la isla donde parecía sacada de una imagen perfecta para vender el lugar.

Tragué saliva, eso de que Marcos sí le hubiera confesado a mi padre lo que sucedió realmente lo hacía más valiente y hombre, rompía mi teoría de que no fue capaz de hacerlo y encima había que añadir que cuando se lo eché en cara, guardó silencio para no perjudicar a mi padre que fue el que decidió no contárselo ni a mi madre ni a mi hermano.

El problema era que la infidelidad la estaba viviendo ahora como si acabara de suceder, porque antes mi mente no quería aceptarlo, pero desde mi perspectiva era doloroso vivirlo en este momento después de todas las relaciones que habíamos vivido diferentes en los últimos siete años. Era como si todo ese mundo se hubiera derrumbado con esta infidelidad del pasado. Todo era un caos. Lo amaba, pero esto me echaba hacia atrás y sentía mucha rabia por tenerlo todo tan presente. ¿Por qué me hizo eso? Si en aquel entonces éramos inseparables y nos desvivíamos el uno por el otro.

—Ari. —Escuché a Marcos a mi espalda mientras yo estaba parada en el mar mirando hacia el horizonte.

—Dime —murmuré después de tragar saliva y secar un poco mi cara.

—No quiero convencerte de nada, pero si te voy a hacer daño con mi presencia, yo me busco la vida para salir hoy mismo de aquí —decía poniéndose frente a mí y llorando a mares—. Sí, te hice daño, mucho y lo asumo, me culpo y jamás me lo perdonaré, pero desde hace siete años hasta este momento, lo único que deseo es verte bien, aunque no lo creas eres lo que más amo en el mundo. Si mi presencia te hace sufrir, yo me voy ahora mismo, aunque tenga el corazón roto, porque prefiero ver el mío en mil pedazos, que el tuyo sufriendo por mi culpa.

—No quiero que te vayas —murmuré tragando saliva y llorando—. Porque, aunque me fallaste

sin merecerlo, sé cuánto has hecho por mí. Mi padre ha revelado que a él sí que le contaste la verdad y mi hermano ha admitido que gastaste todo el dinero de tu herencia para buscar la forma de que me recuperara, lo cual echa por tierra algunas de las cosas que te he reprochado. Es verdad que ahora mismo no siento que sea capaz de estar contigo porque tengo muy vivo lo que vi, pero no quiero que te vayas. —Me atreví a abrazarlo y ambos terminamos llorando desconsoladamente.

—Menos mal, que este viaje me costó un riñón —bromeó apretándome muy fuerte contra él.

—Y digo yo, ¿con todo lo que viajas te queda para comer?

—No sabes lo ricos que están los táperes de tu madre. —Nos reímos a lágrima viva—. Sabes que tengo mi casa pagada, ya que mis padres me la regalaron antes de fallecer con una parte de sus ahorros. Así que sí, lo único que aprieto las guardias para tener una semana al mes libre. Pero voy bien, tranquila. En la clínica tenemos buenos salarios y pluses. —Me acarició la mejilla y noté que se quedó con las ganas de besarme, pero yo miré hacia el agua agachando mi cabeza.

—Gracias por ponerme los cuernos y luego cuidarme —murmuré antes de que a los dos se nos escapase una carcajada y volviésemos a abrazarnos con todas nuestras fuerzas.

—Te voy a cuidar todos los días de mi vida, aunque no me dejes estar contigo.

—A mí no me amenes —le advertí medio en broma, pero me encantaba que siguiera eligiéndome su mayor prioridad.

Regresamos a donde estaban los chicos y no nos dio tiempo a llegar cuando...

—¡Rubia! ¿Habéis hecho las paces? —preguntó Jenny, causando una risa en todos.

—Sí —contestó Marcos—. Pero ahora me toca conquistarla desde la realidad y en eso ya perdí experiencia. —Arqueó la ceja.

—Yo te doy un curso —le dijo Aitor—. Además, que en eso tengo un máster —añadió mirando a Alma, que volteó los ojos y negó.

—A este más que un máster le va a hacer falta un milagro como el de Lourdes —soltó Dylan llevándose una colleja de Manu.

—Aquí lo que hace falta es que Ari sane sus heridas, así que dejad de presionarla —advirtió Janis.

—¿Y por qué no hacemos una fiesta de celebración esta noche por la recuperación de nuestra rubia? —propuso Jenny.

—¡Sí! —gritaron Sarah y Carlota al unísono y todos las miramos.

—Es que estamos muy emocionadas —dijo Carlota que era de lo más sensible.

—Por mí está bien —murmuré y vi cómo esbozaba una sonrisa Marcos.

—Yo lo que diga mi mujer —contestó este señalándome y todos rieron.

—¿Tu mujer? Te recuerdo que fui tu novia, pero no, no llegamos a casarnos ni estamos comprometidos —le dije sin poder dejar de reír y es que me sacaba los rubores, aunque no quisiera.

—Por poco tiempo —murmuró Dylan.

—Tiene que ser una fiesta temática —propuso Sarah, y Jenny se puso a saltar dando palmitas.

—De putas finas —dijo captando la mirada de todos, que nos quedamos a cuadros ante lo que acaba de decir Jenny—. De pitufina, de pitufina —rectificó sonriendo de oreja a oreja.

—Y yo que ya me había hecho ilusiones —murmuró Dylan mirando a Hugo que negaba volteando los ojos.

Al final decidimos que la fiesta sería tipo hawaiana que para eso teníamos más arte y los niños con una camisa encima abierta con el bañador, ya iban medio listos.

Sarah cogió servilletas de papel y comenzó a hacer flores para nosotras.

—Yo no es por nada, pero esto en el pelo parece más de flamenca que de hawaiana —dijo Jenny haciendo un taconeo—. Podemos ser unas hawaianas muy flamencas ya que el glamur no nos lo quita nadie.

Hugo le explicó al servicio nuestras intenciones y le dijeron que estarían en la barra del porche para atendernos en todo momento. Nos iban a preparar un cubo de mojitos como le había pedido para todos. En Japón tomando mojitos, ver para creer, pero es que el lugar invitaba a ello.

Marcos estaba muy suavecito y cuando fuimos a la habitación me cogió por detrás y me abrazó dándome un beso en la mejilla.

—Pase lo que pase, siempre serás mi niña —murmuró y a mí se me hizo un nudo en la garganta.

—Hasta que aparezca otra y me des en adopción —contesté bromeando.

—Te voy a esperar todos los días de mi vida. No lo dudes. —Me dio un toque en la nariz y se metió en la ducha.

Yo lo amaba con todo mi corazón, a pesar de la herida que me provocaba ese momento que viví viéndolo en brazos de otra y besándola como hacía conmigo.

Quería volver a ser feliz con él, pero no quería verme en sus brazos en este estado porque me haría mucho daño. Todo me sobrepasaba, pero también todo me llevaba a él, porque, aunque me costara digerirlo, no me imaginaba una vida que no fuese a su lado.

Capítulo 25



Fuimos apareciendo por el porche con nuestros atuendos para la fiesta. El arte lo tuvo Jenny, que iba con un bikini blanco y una faldita corta de hilo en color naranja, al igual que las sombras que se había puesto en los ojos, eso sí, llamativa pero no le quedaba nada mal.

—Te falta el butanero. —La buscó Dylan.

—Y a ti que te hagan chillar como loco, que la Jenny sabe mucho de eso —dijo antes de coger un mojito e irse hacia donde estábamos las chicas.

—¿Que nadie me hizo chillar como loco? Pues anda que no chillé tu nombre cuando desapareciste, guapa, que eso sí que se te olvida.

—¿Has visto con qué habilidad hago chillar a los hombres? —Le hizo un guiño Jenny—. Pues no me pongas a prueba, y que nos encierren en un cuarto que te ibas a quedar sin cuerdas vocales.

—Me lo creo, eres la única que me ha puesto a cantar en la calle —recordó el momento en que ella cantaba mientras la buscábamos y él se unió también al canto igual que todos.

—Venga vamos a cantarla todos a la vez que ese es nuestro lema. Recordad que me lo dijisteis —dijo ella feliz levantando la copa.

—*Y la verdad es que no soy tan fuerte como yo pensaba.* —Comenzó cantando Marcos y el corazón me dio un vuelco.

—*Mi voz se quiebra, estoy temblando de miedo.* —Continué, llorando de la emoción, ya que me recordó a ese momento de Jenny y ahora cantando Marcos al momento que yo estaba atravesando—. *Pues sin ti no soy nada.* —Continué mirándolo y viendo que se emocionaba de la misma manera.

—*Si tú te vas me quedará muerto en vida...* —Continuamos todos cantando a todo pulmón.

Y cuando nos dimos cuenta, el camarero estaba con un brazo estirado y una bengala moviéndola

hacia los lados a ritmo de la canción.

—Mirad, la Jenny se ha emocionado —dijo secándose unas lagrimitas, pero es que yo estaba llorando a mares.

—Hasta yo me emocioné —dijo el boludo, echando el brazo por encima de Janis y dándole un beso en la mejilla, que la pobre lloraba a mares.

—Yo brindo —levantó la copa Aitor— porque a todos los que una vez cometimos el error de engañar a la persona que amábamos, se nos dé una segunda oportunidad, porque luego hemos demostrado que nos arrepentimos de nuestros errores y hemos luchado por recuperar lo que por imbéciles perdimos.

—Pues dicen que, quien cae en la piedra una vez, repite.

—¡Dylan! —protestó Janis— Hay hombres y hombres, y mujeres y mujeres.

—O sea, personas y personas —cortó la Jenny, secándose más lágrimas ya que era de lo más sensible.

—Todo en la vida es un proceso y ella debe de superarlo —contestó Marcos—. Fue hace mucho tiempo, pero para ella lo vivió como algo reciente. Si me he dejado la vida en conquistarla en todos estos años, lo seguiré haciendo para demostrarle que mi amor es infinito y que no volvería a mirar a nadie en la vida.

»Me equivoqué, fui un gilipollas que me dejé arrastrar sin darme cuenta de que lo que más quería ya lo tenía. Hemos pagado un precio muy alto, pero aquí estaré, para cogerla de la mano y ayudarla a pasar por ese proceso si me deja.

—Ay, qué mono —dijo Jenny al verlo llorar—. Dale un besito, rubita que me da pena, o se lo das tú o se lo doy yo —soltó causándonos una carcajada a todos.

—No, no, ni lo intentes —le advirtió este, echándose hacia atrás mientras todos nos reíamos sin poder evitarlo. Jenny era mucha Jenny.

Manu se encargó de enlazar su móvil a un altavoz que había en el jardín y puso música.

—Todos a bailar con la Shaki —sonaba *Te felicito*.

—Este no es más capullo porque no se entrena —dijo Sarah, volteando los ojos—. Vaya temita menos acertado para el momento.

—Es el boludo... —Se encogió de hombros Hugo.

—Hugo, ¿me enseñas tu anaconda para dar fe de que debe considerarse como tal? —le preguntó Jenny, mirándonos a todos con esa cara de bichillo.

—Jenny, no la quieras conocer que serás la siguiente traumada.

—Si no lo veo, no lo creo —decía ella picándolo.

—Hacer el favor y tranquilizar a esta niña —advirtió este, echándose hacia atrás y la loquilla de Jenny más se pegaba a él.

—¡Que te hago guarrerías, Hugo! —gritaba ya nuestra Jenny corriendo detrás de él.

—Lo que me faltaba por ver —negaba Dylan viéndolos.

—¿Otro mojito? —me preguntó Marcos poniéndome uno en la mano de los dos que había cogido.

—Claro que sí, a los cuernos hay que hidratarlos —le dije para bromear un poco, y porque realmente estaba aún nerviosa y no sabía ni lo que decía.

—No digas eso. —Frunció el entrecejo.

—Pues te lo tiro por encima —recordé un viaje en el que pasó algo similar mientras me estaba conquistando, así que se lo tiré por encima—. ¡Socorro! —grité mientras corría y perseguía a Jenny que aún corría detrás de Hugo, y Marcos rápidamente me alcanzó y me tiró sobre la arena.

—Tienes dos opciones —dijo sentándose encima de mí e inmovilizándome mientras reía a carcajadas.

—¿Las mismas que la vez anterior?

—Obvio, aquí se repiten los episodios bonitos —murmuró acercando su cara a la mía.

—Si te piensas que me vas a recuperar así de fácil, es que no conoces mi nueva versión.

—¿Y si te digo que te hago cosquillas hasta que no puedas más?

—Entonces no te perdonaré nunca.

—Bueno, eso es una amenaza. —Su cara estaba a unos centímetros de la mía.

—¿Entonces?

—¡No vas a poder conmigo! —Lo empujé, pero me atrapó todo rápido.

—No te voy a dar un beso.

—Pues no me despego de ti, tienes que pagar las consecuencias de lo que has hecho —se refería al mojito que le había tirado por lo alto.

—¡Asesino! —dijo Jenny dándole un empujón y ayudándome a huir antes de ella volver a correr tras Hugo, que iba de un lado a otro para quitársela de encima.

Me dio tiempo de llegar a la piscina donde estaban las niñas, que hicieron un muro para que Marcos no me pillase.

—A nuestra rubia no la tocas —le advirtió Saritah.

—Quitad o voy a por todas.

—Uy, mira el Marquitos cómo se vino arriba —murmuré escondiéndome detrás de Carlota, siguiendo mi instinto de que ella era policía y lo podía reducir más fácil.

—A la rubia ni te acerques —le indicó ella, que cuando se ponía seria daba un poco de respeto.

—Esa rubia se atrevió a tirarme el mojito que le di con tanto amor por lo alto.

—No hablemos de lo que has hecho tú —le dijo Jenny, que venía asfixiada de intentar coger a Hugo, pero no había manera.

—Eso ya lo pagué muchos años, así que quitad —exigía, pero todas se ponían haciendo el muro, y lo empujaban y todo.

—A ver, vamos a negociar —propuso Janis—. Si te la entregamos, ¿qué pretendes?

—Un besito, yo solo quiero un besito.

—No, no, que me has robado muchos estos años aprovechándote de mi convalecencia.

—El pasado no existe, la vida comienza ahora, Ari —me decía con guiño de ojo incluido.

—Abrirme paso, que este se lleva una hostia a mano abierta si me da un beso.

—Dejarle paso, que eso no me lo quiero perder —pidió Aitor, y Alma le dio una colleja.

Y todos se apartaron y me puse ante él, que sonreía y me abrazó con una mano y con la otra agarró mi cara y me besó. No hubo hostia, hubo un beso que deseaba en el fondo a pesar de lo mal que llevaba el haber vuelto a la realidad, pero ¿quién puede enfrentarse al amor cuando este está más candente que nunca? Yo no podía.

—¡Vivan los novios! —gritó Dylan.

—Tampoco te pases que esto es un rollito, que anda que no me he besado yo con tíos y al día siguiente los eché de mi cama —le soltó Jenny causándonos una carcajada a todos.

—¿Novios? Nada fue el camino que recorrió estos años para todos los méritos que tendrá que hacer a partir de ahora. No confundamos un calentón con una relación —murmuré mirando a Marcos que aún me tenía abrazada y arqueaba la ceja.

—Haré todo lo que me pidas, porque no se te olvide que, buscándome, te encontré yo. —Me volvió a besar y terminé de derretirme por completo.

—¡Que empiece la fiesta! —gritó Jenny— Que yo hoy le veo a este la anaconda. —Volvió a correr tras Hugo y este salió por patas de la piscina, y es que era normal. ¿Quién se podía fiar de las ocurrencias de esta adorable loquita?

Me encantaba este grupo y todo lo que había pasado, parecía que nos estaba uniendo como si de una familia se tratase. Adoraba a todos, porque eran unas personas increíbles que demostraban estar ahí en los buenos y malos momentos. A estas alturas, ya no se notaba la diferencia entre los grupos que venían de diferentes círculos, todos éramos uno solo.

Capítulo 26



—¿Dónde estoy? —pregunté abriendo los ojos y comprobando que estaba con medio cuerpo encima de Marcos.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado por si tenía alguna laguna o algo, así lo entendí.

—Sí, sí, solo... —Me puse la mano en la frente.

—Tienes una resaca monumental, rubia —me dijo pegándome de nuevo a él y abrazándome.

—¿Qué hora es?

—Las diez de la mañana.

—Joder qué tarde. —Me levanté precipitadamente aquejada con un dolor persistente de cabeza.

—¿Tarde? Ni que tuvieras que trabajar. —Me siguió—. Ahí tengo una pastilla que disminuirá el dolor de cabeza.

—Pues dame una tableta. —Me reí y sentí cómo me retumbaba todo—. ¿A qué hora nos acostamos?

—A las cuatro de la mañana, y Jenny llorando porque quería más fiesta. —Volteó los ojos.

—No lo recuerdo. —Arqueé la ceja.

—Normal, te tuvimos que quitar el último mojito que rellenaste con el agua de la piscina.

—¿En serio?

—Ya te digo, menos mal que nos dimos cuenta u hoy estarías con un problema gástrico bastante importante.

—Ay, Dios, me estáis llevando todos por el mal camino. Por cierto, ¿hicimos algo? —Apreté los dientes.

—No, no, me quedé con las ganas, pero viendo tu estado no me quise jugar que hoy me odiaras por eso.

—¿Me dejaste con las ganas? —Me puse la mano en la boca.

—Si quieres ahora recreamos la noche... —Se pegó a mí.

—No, no, me muero del hambre, necesito por lo menos cuatro cafés, dos zumos y un montón de pan, bollos y de lo que haya.

—¿Me quieres?

—Dios, te has levantado tontito. —Me reí doblándome hacia su hombro.

—No sabes cuánto te amo, Ari. —Me acarició la mejilla.

—Lo sé, de verdad que sí, pero te queda por demostrármelo un poquito más.

—¿Cuánto de poquito? —Carraspeaba.

—Toda una vida...

—¡Acepto! Siempre que me dejes estar a tu lado. —Me plantó un beso en los labios.

—Quiero que te quedes a mi lado, pero me vas a tener que aguantar todos los arrebatos que me den cuando me acuerde de eso...

—Eso es pasado, pero yo te ayudaré a cuidar tu presente. —Nos abrazamos.

Aparecimos por el porche donde estaban todos menos Jenny, que nos dijeron que estaba durmiendo. Debía tener una resaca desorbitada dado que esa chiquilla jamás había bebido antes del viaje y anoche fue el día que más se pasó con el alcohol.

En el rostro de todos se podía observar el cansancio y la resaca. Marcos comenzó a repartir pastillas a todos para que fueran aliviando un poco el dolor de cabeza.

—Hoy no bebo ni agua —dijo Dylan provocando que todos nos riéramos, porque eso no iba a ser así.

La verdad es que nos habían puesto un desayuno digno de película, no faltaba absolutamente nada, ni una bandeja de frutas que tenía un aspecto de lo más llamativo.

Marcos era todo un caballero de lo más atento, como venía siendo desde siempre, porque ahora que podía recordar cada viaje, podía recuperar momentos que vivimos de lo más bonitos.

—Qué fuerte todo tu Instagram de viajes que hiciste conmigo —le dije mientras desayunábamos.

—Sí, no podía ponerlas contigo para no causarte un *shock*, pero ahora todas serán junto a ti, de este viaje ya que tengo seleccionado un carrusel para subir, pero como aún faltan días.

—Jo, de verdad que te admiro —confesé y le besé la mejilla.

—No sabes lo importante que es para mí escuchar eso de tu boca. —Tragó saliva emocionado y me dio un beso.

—Triunfó el amor también —dijo Aitor sacándonos unas risas.

Jenny apareció un rato después y la vimos venir con una cara de no poder con su alma. Dylan dijo que nos preparásemos para la fiesta. Nos tuvimos que reír.

—¿Habéis abandonado a la Jenny solita en la cama? —preguntó triste, tomando asiento al lado de Hugo y mirándolo fijamente.

—A mí no me mires que yo he dormido solo.

—¿No jugué con tu anaconda?

—Joder, con la que no bebía y se bebió hasta el agua de los floreros. No se le olvida nada a la *joia*. —Volteó los ojos Hugo.

—Toma, esto te hará sentirte mejor. Tómala con un zumo —le indicó Marcos.

—La voy a coger porque va bajo prescripción médica —le dijo ella sonriendo con esa carita de pícara.

Uno de los trabajadores se nos acercó y nos propuso una excursión en barco por la isla a un buen precio a través de una compañía local autorizada. No dudamos en aceptar para disfrutar del día en ese barco que nos habían pintado de lo más atractivo, ya que sería exclusivamente para nosotros y también incluía comida y bebida, lo cual resultó ser una sorpresa agradable, ya que, aunque pareciese de broma, más de uno no tardaría en disfrutar de unas cervezas e incluso copas.

Dos horas después estábamos todos con esa pastilla que nos dio Marcos y dirigiéndonos al muelle que había en una parte de la orilla y que atravesamos para montarnos en la embarcación.

—¡Un yate! —gritaba Jenny de lo más emocionada.

—No me extrañaría que fuese de un rey, porque con lo que nos ha costado —dijo Aitor.

—No seas exagerado, que ciento cincuenta euros por persona con comida y bebida incluidas hasta la noche, no es nada —le recriminó Alma.

—Eso más todo lo que tengo que sumar, es mi ruina, que soy asalariado —le recordó—. Menos mal que soy precavido y ahorro mucho.

Abordamos el yate que tenía un solárium y zona de entretenimiento de lo más chula y además con una zona para bajar, de lo más cómoda, para poderte dar un baño en alta mar.

Disfrutamos de un día de fiesta olvidándonos del anterior, era como si estuviésemos nuevos y listos para bebernos de nuevo la vida. Me pasé el día en los brazos de Marcos y feliz por ello, porque lo amaba con toda mi alma y todo mi corazón, a pesar de que cuando me venían ciertos recuerdos yo me entristecía y él al darse cuenta, intentaba curarme esas heridas con todos los mimos posibles.

Los días se nos pasaron volando, pero los disfrutamos al máximo. Comencé a comprender que a menudo el ser humano era el que más errores cometía, pero no por eso había que sacrificarlos cuando se dejaban la vida en enmendar eso que un día hicieron mal, como era el caso de Marcos, que demostraba que me amaba por encima de todas las cosas.

El regreso en avión fue el momento más triste para todos, cuando ya no podíamos hacer nada por retener un viaje que, aunque nos había dado algún que otro disgusto, nos había unido como ese grupo que permanecería ahí para el resto de la vida.

Regresaba junto a mi amor, ese que amaba con intensidad y de todas las formas posibles, ya que, a pesar de todo, quería una vida a su lado, una vida en la que cada día pudiera absorber la felicidad de sentir que un fallo no era suficiente para cargarse una historia tan bonita en la que llevábamos sumergidos diez años.

Capítulo 27



Estaba terminando de prepararme para salir. Mi hermano y mis padres querían hacer una pequeña cena en casa de ellos a la que invitaron a Marcos, pues la idea era celebrar que estábamos juntos de nuevo.

Hacia un par de días que habíamos vuelto del viaje, conocieron al grupo que había llevado hasta Japón, y la invitación para esa cena la extendieron a ellos nueve también.

Les advertí que no tenían idea de lo que estaban haciendo, ya que cada uno de esos nueve estaba más que loco, y dijeron que en esta vida no había nadie completamente cuerdo.

Me decanté por vestido en azul pastel con un cinturón blanco y las cuñas del mismo color, dejé la melena bien lisita por las planchas, y cuando estaba cogiendo el bolso fue cuando Marcos llamó para que supiera que estaba esperando en la calle.

En cuando salí y le vi allí, con sus pantalones y la camisa, se me dibujó una sonrisa.

—Qué guapo te has puesto, ¿no? —dije poniéndome de puntillas para darle un beso.

—Mujer, tendré que causarles buena impresión a mis suegros.

—Vamos, ni que no te conocieran ya más que de sobra —resoplé.

—Aun así, yo me los tengo que ganar como me gané tu corazón. —Me dio un beso rápido y abrió la puerta para que subiera al coche.

Cuando lo hizo él y lo puso en marcha, me cogió de la mano y no la soltó hasta que llegamos a casa de mis padres, donde encontré a los nueve esperando apoyados en los coches.

—¿No hay nadie en casa? —Fruncí el ceño.

—Imaginamos que sí, pero preferimos esperar a la pareja del año aquí fuera —contestó Carlota con una sonrisa.

—Di la verdad, poli. —Miré a Dylan—. No hemos entrado porque si ven lo locos que estamos, nos echan de la casa sin cenar.

—Ah, bueno, eso ya me cuadra más. —Reí.

—Dale las gracias a la Jenny, que mira por tu paz mental —me dijo ella con un guiño incluido, y yo es que me moría al escucharla hablar de ella en tercera persona.

Llamé al timbre y fue mi sobrina la que abrió, guapísima con su conjuntito de falda vaquera azul y una camiseta rosa pastel, pues a ella le encantaba ese color, igual que a mí.

Fuimos hacia la cocina donde estaba mi madre terminando de preparar los platos con los entrantes, y entre todos la ayudamos a llevarlos al jardín, donde mi padre y mi hermano terminaban de poner la mesa.

La verdad que desde que se los presenté cuando regresamos del viaje, mis padres quedaron encantados con todos al saber que habían sido un apoyo durante esos días para mí, al igual que para Marcos, y que a pesar de hacer tan poco tiempo que nos conocíamos, entre todos se había forjado una de esas amistades que duraría toda la vida.

Mi madre apareció por la puerta con una fuente de ensaladilla y nos sentamos a disfrutar de la comida, momento en el que Marcos no dejó de cogerme la mano si una sola vez, como tampoco dejaba de darme besos en la mejilla y mirarme con esa sonrisa de medio lado que le caracterizaba.

Mi sobrina se los había llevado a todos de calle, y es que a *salá*, como decía mi madre, no la ganaba nadie.

Después de aquellos primeros platos, mi padre acompañó a mi madre a la cocina a por el resto de la cena, una carne asada que tenía una pinta buenísima, acompañada de patatas.

Tampoco faltaba el vino, ese que entraba de maravilla maridando con todos los platos que habíamos tomado, como tampoco faltó un postre que mi madre había preparado y que a todos les gustó tanto, que acabaron tomando una segunda racioncita.

—Este hojaldre de crema y trufa está buenísimo —dijo Dylan.

—A ti es que todo lo que sea dulce te gusta, *bro* —comentó Hugo.

—Y no se le nota, con todo el azúcar que come. —Sonrió Janis.

—Eso digo yo, mírale, ni un michelín ni nada tiene. —Alma le dio un pellizco en el costado.

—Será cosa de genética. —Se encogió él de hombros.

—Claro, claro, las horas de gimnasio no cuentan, ¿verdad, boludo? —Rio Manu.

—Hay que ver, lo bien que se os ve a todos. —Escuché que decía mi madre con una sonrisa.

—Tenemos nuestras cosas, no te creas, Sofía. —Carlota volteó los ojos.

—No te fíes de la cara de buenos, mamá, que estos tarados son de los que las matan callando —le advertí muerta de risa.

—Uy, lo que ha dicho —protestó Aitor.

—Con los buenos que somos —añadió Hugo.

—Sí, sí, unos angelitos todos, que lo sé yo. —Volví a reír.

—¿Quién quiere una copita? —preguntó mi padre.

—Yo las preparo, ¿tienes ginebra? —respondió Dylan poniéndose en pie.

—Tú detrás de una barra te lo habrías pasado en grande agitando la coctelera, macho. —Rio Aitor.

—¿Y lo que os gustan mis copas? Vamos, tendréis queja, panda de tarados.

—Cuánto cariño y amor nos tiene. —Manu volteó los ojos.

—Así soy, repartiendo cariño y amor al prójimo, pero en su justa medida.

—Sí, vamos, que tú eres el próximo Cupido. No, *bro*, no te veo con el pelo rubio rizado, en pañal y lanzando flechas.

—Calla, que aquí tengo muchos a los que apuntar y dar en la diana.

—No, no, no. —Comenzaron a decir todos, salvo Alma y Aitor, haciendo que mis padres y mi hermano se rieran a carcajadas.

Mi padre y Dylan fueron hacia el salón a por las botellas de ginebra mientras mi hermano sacaba las tónicas, el resto fuimos recogiendo la mesa para tomarnos una copa de lo más tranquilos y relajados.

Oliver puso música y entre copa y copa, fuimos disfrutando de aquellos bailes, pasando de la salsa a la bachata y viceversa todo el tiempo, mientras mi sobrina Julia iba de mano en mano riendo, cantando y saltando con todo el que le daba un poquito de pie para lanzarse a la fiesta.

—¿Qué tal, mi rubia preciosa? —me preguntó Marcos rodeándome desde atrás por la cintura.

—Bien, bien, ¿y tú? —Apoyé la cabeza en su pecho.

—Mejor que nunca. —Me besó el cuello—. Hacía años que quería que llegara este día, estar así,

aquí.

—¿Con los tarados esos también? —Arqueé la ceja, y cuando miramos hacia nuestros amigos, los vimos a todos doblados de la risa por algo que había dicho Jenny.

—No, que a ellos no los conocía, pero son un buen añadido.

—Y que lo digas. Locos y todo, les he cogido mucho cariño.

—Y ellos a ti, preciosa. —Me dio un beso en la mejilla.

—Me va a costar despedirme de todos mañana, fíjate lo que te digo —resoplé.

—Quién te lo iba a decir, ¿eh? —Rio.

—Desde luego, debo estar tan loca como ellos, porque otra explicación, no le encuentro.

—Bueno, por suerte hay una cosa llamada avión, que en un periquete te lleva o te los trae para que podáis veros.

—Eso es cierto. —Sonreí.

—¡Rubia, ven! —gritó Aitor, llamándola— Que tenemos un dilema.

—Uf, de esta acabo loca. —Volteé los ojos.

—Anda, ve —me dio un azote en la nalga—, yo voy a hablar de unos temas con tu hermano.

—Vale. —Sonreí al tiempo que me ponía de puntillas y le daba un beso rápido en los labios. Caminé hacia donde estaban todos y, por sus caras, me daba a mí que algo tramaban—. ¿Qué pasa?

—Pues verás —contestó Manu—, es que tenemos una duda.

—¿Ajá? —Arqueé la ceja— Y ¿de qué se trata?

—¿Tú cómo de enamorada estás de Marcos? —preguntó Dylan.

—Teniendo en cuenta que me pasé siete años pensando que ese hombre solo existía en mis sueños y ya estaba coladita por él, ¿tú qué crees, alma de cántaro? —suspiré.

—O sea, que si el cirujano, hipotéticamente, te pidiese que te fueras a vivir con él...

—Me iría, Hugo —reí—, me iría con los ojos cerrados.

—Entonces, si te pido que te cases conmigo, ¿cuál sería tu respuesta, rubia? —Escuché a Marcos a mi espalda, giré con una sonrisa en los labios, y el gesto me cambió por completo.

Se me abrieron los ojos y la boca, en *shock* como quedé, al verle allí hincando rodilla ante mí, con una cajita abierta en las manos donde vi un precioso anillo con un diamante. Se me hizo un nudo en la garganta y lo de articular palabras era una empresa difícil en ese momento.

—Le ha dado un parraque —dijo Dylan acercándose, y empezó a darme aire con las manos.

—Rubia, por tu madre, reacciona que me estás acojonando —me pidió Marcos.

—Hija. —Miré a mi madre, que parecía preocupada.

—Estoy bien, mamá. —Sonreí, y volví a mirar a Marcos—. Esto no era una cena planeada por mis padres, ¿verdad?

—No, mi vida. —Sonrió—. Me ayudaron a planearlo.

—Madre mía, qué familia tengo. —Reí.

—La mejor, hermana, la mejor —comentó Oliver.

—¿Qué me dices, rubia? —Reí mirando a Marcos, que seguía allí con el anillo ante mí.

—Si le dices que no al chaval, le das un disgusto —dijo Aitor.

—Vamos, Ari, dile que sí, que lo estás deseando —comentó Sarah con una sonrisa.

—No sé si lo mereces. —Arqué la ceja.

—No me digas eso, que me pesa todo todavía como una losa.

—Pero es que te quiero más que a nada, puñetero. —Le cogí ambas mejillas y me incliné un poquito sobre él—. Claro que me caso, amor —dije mirándole a los ojos, y noté mis lágrimas cayendo sin control, sellando mi respuesta con un beso.

Marcos me puso el anillo, me cogió en brazos y empezó a besarme mientras los demás gritaban, silbaban y aplaudían felices.

—Ya sabéis quién va a organizar la boda, ¿a que sí?

—¡La Jenny! —le respondimos todos al unísono.

—Y esa soy yo. —Sonrió mientras se señalaba a sí misma.

Me casaba, después de tanto tiempo, después de todo lo vivido desde que nos conocíamos, al fin me iba a casar con ese hombre que tantos viajes alrededor del mundo había hecho, solo para conquistarme en todos y cada uno de ellos.

Capítulo 28



Un año después...

Si alguien me hubiera dicho que estaría a punto de convertirme en la esposa del hombre que durante años se apoderó de mis sueños, habría dicho que la que menos loca estaba por esa mezcla de realidad y sueños, era yo.

No, jamás pensé que eso llegara a ocurrir, sinceramente, porque nosotros solo nos veíamos en mis sueños, donde los besos y momentos de felicidad eran exclusivamente para mí.

Hasta que el hombre que se adentraba cada noche en mi vida se hizo real, de carne y hueso, ese al que pude ver, tocar, besar y abrazar durante un viaje en el que, sin saberlo, marcaría un antes y un después en mi vida.

Cuando todo vino a mi mente fue tal el *shock* que creí que me volvería loca, porque me dolía, me dolía todo tanto que no sabía qué hacer para aliviar esa sensación.

Cada una de las piezas del puzzle encajó a la perfección, y tras enfrentarme a la verdad, mi vida dio ese cambio que todos en mi familia esperaban como agua de mayo.

Me costó superar ciertas cosas, creer otras y asimilar lo que viví años atrás, pero al final y poco a poco lo fui logrando, mientras él, el hombre que tantas veces creí que no existía más allá de mis sueños, volvió a conquistarme como había ido haciendo en aquellos años.

Dicen que todos merecemos una segunda oportunidad, y es verdad.

Marcos y yo la teníamos, y en su mirada vi sinceridad cuando dijo que me querría durante el resto de su vida como el primer día.

—Hermana, por aquí hay alguien que quiere verte —dijo Oliver asomado la cabeza por la puerta, y sonreí al ver a mi sobrina.

—Pero por favor, ¿dónde va mi niña tan bonita? —La abracé y me la comí a besos.

Julia parecía una muñequita, con su vestidito blanco, las florecitas rosas en la diadema que llevaba, la cestita colgada en el brazo y esa sonrisa.

—Tía, que yo llevo los pétalos para lanzarlos delante de ti, ¿es que no te acuerdas? —contestó con su vocecita.

—Claro que me acuerdo, cariño, pero es que vas tan guapa que no puedo dejar de mirarte.

—Tú sí que estás guapa, pareces una princesa.

Sonreí volviendo a abrazarla, y al mirar a mi hermano, le vi sonriendo al tiempo que asentía.

—Estás preciosa, hermana.

—Gracias. Tú también vas muy guapo con ese traje.

—Me llevo a esta señorita a su puesto, nos vemos en un poquito —dijo acercándose para darme un beso en la mejilla.

Cuando me quedé sola de nuevo, eché un vistazo al reflejo que me devolvía el espejo.

Sonreí al verme vestida de novia, algo que recordé en su día que hablamos Marcos y yo tantos años atrás, muchas veces.

El vestido era una virguería, de tirante ancho y escote en V, con la espalda al aire, entallado todo él hasta las rodillas, de donde la falda comenzaba a caer con delicadeza y de la que salía una cola discreta.

La maquilladora me había dejado preciosa, con esos tonos naturales, los ojos ahumados, para destacar más el color de mis iris, y los labios rojos. Y la peluquera se había currado un recogido con una trenza a un lado que era todo un acierto, colocándome una diadema de cristales de Swarovski donde llevaba enganchado un velo que caía hasta el suelo. Menos mal que la gasa no pesaba o acabaría con una tortícolis de aúpa.

Y necesitaba un cigarro, en ese momento y a las puertas de dar el paso más importante de mi vida, necesitaba un cigarro.

—¿Dónde está la novia del año? —Sonreí al escuchar la voz de Alma, quien entraba en ese momento con el resto de las chicas.

—Estás preciosa, Ari —dijo Sarah, dándome un abrazo.

—Te has quedado corta, abogada, que mi rubia está espectacular, explosiva —soltó Jenny haciéndonos reír—. Y la boda, ya veréis, lo bien organizadita que la tiene la Jenny. —Sonrió.

—Desde aquí oigo el jaleo. —Reí.

—Jaleo dice. —Janis volteó los ojos—. Verás cuando bajas.

—El novio está esperando con los chicos, no te decimos más. —Rio Carlota.

—Miedo me da, que yo pensaba que esos cuatro locos se lo llevaban de juerga en su despedida y me lo perdían en un tren —contesté, y las cinco se miraron entre ellas—. Decidme que no lo hicieron.

—A puntito estuvo Dylan de meterle en un autobús con destino a La Coruña —dijo Sarah.

—Menos mal que Hugo se lo impidió. —Sonrió Jenny.

—Madre mía, es que no se le ocurre nada bueno al militar, en serio —resoplé.

—Ese ya está copa en mano por los jardines —miré a Carlota—, por suerte, Aitor no ha dejado que le dé una sola copa a Marcos.

—Yo tengo una pregunta que haceros. —Cogí aire—. ¿De verdad tuvo que tocarme un grupo de tarados como vosotros aquel día para ir a Tokio?

—Uy, lo que ha dicho, que nos ha llamado tarados —protestó Sarah.

—Te aseguro que no he tenido el placer de tratar a ninguno —me dijo Janis.

—Te habrías forrado, cariño. —Rio Alma.

—¿Alguna tiene un cigarro? —pregunté.

—La duda ofende, futura esposa del cirujano —contestó Sarah, y acabamos todas fumando para calmar mis nervios, incluso Alma y Jenny, que le dieron un par de caladas al de Janis y al mío.

Un par de golpecitos en la puerta hizo que nos giráramos para encontrar allí a mi padre, guapo como el que más, entrando a buscarme.

Las chicas volvieron a abrazarme y salieron para ir a reunirse con la otra parte de tarados del grupo, y mi padre me sostuvo ambas mejillas para mirarme.

—Estás igual que tu madre el día que me casé con ella —dijo emocionado—. No sabes cuánto hemos esperado por ver este día.

Sonreí, puesto que, aunque a mis padres les conté lo que descubrí que ocurrió el día que tuve el accidente, y él era consciente de lo sucedido. Ellos y mi hermano querían a Marcos como a un hijo y un hermano más y, a pesar de haberse enfadado y sentirse un poco engañados, no podían odiarle dado que siempre supieron que ese hombre hizo lo imposible para estar a mi lado durante aquellos años.

—No me hagas llorar —le pedí.

—No me hagas tú a mí, que no se puede estar más orgulloso de una hija. —Me dio un beso en la mejilla—. ¿Estás lista?

—Sí, pero no. —Reí.

—No le diremos eso a tu futuro marido.

Cogí el ramo, me agarré al brazo de mi padre y fuimos hacia los jardines del hotel en el que nos casaríamos Marcos y yo.

Al llegar a las puertas, vimos a mi hermano, mi madre y mi sobrina esperándonos.

—Mamá, no llores, que como empiece yo, esta va a ser la boda más larga del mundo, que hasta que pare y me case...

—Es de felicidad, mi vida —contestó, entre lágrimas, y se acercó para darme un beso en la mejilla—. Estás preciosa.

—Tú también estás muy guapa. —Sonreí—. Todos lo estáis.

—Tía, ¿voy saliendo ya a lanzar los pétalos?

—Sí, cariño, que el abuelo y yo te seguimos.

Julia asintió, mi madre y mi hermano abrieron la puerta y ella comenzó a salir lanzando pétalos por aquella alfombra rosa por la que la seguíamos mi padre y yo.

Los jardines estaban preciosos, sin duda alguna Jenny se había encargado de que no faltara detalle, y todo en tonos blanco, rosa y azul pastel, precioso.

Cuando mis ojos se encontraron con los de Marcos, vi que los tenía vidriosos, sonreía y me observaba fijamente. Nuestros amigos, pues, aunque fuera un grupo de tarados no dejaban, ni dejarían nunca, de ser nuestros amigos y parte de la familia, estaban sentados en las sillas que había en primera fila, justo donde vi a mi madre y a mi hermano, pues habían ido casi corriendo para verme llegar.

En el momento en el que mi sobrina lanzó los últimos pétalos, se giró para mirarme con su preciosa sonrisa, le tiré un beso y fue corriendo hacia el banco para sentarse en la falda de mi madre.

—Aquí la tienes por fin, Marcos, ha costado mucho, pero como se dice, quien es para ti, vuelve a tu vida una y otra vez —dijo mi padre—. Cuídala, hijo, cuídala como has hecho estos años.

—No lo dudes, Antonio —contestó, sonriendo mientras entrelazaba nuestras manos.

Cuando mi padre fue a sentarse con los demás, Marcos me acarició la mejilla y el cura comenzó la ceremonia.

Nosotros no teníamos ojos para nadie más que para el otro, sonreíamos y él me hacía guiños y me apretaba la mano a modo de consuelo.

Hasta que acabamos dándonos el tan ansiado «sí, quiero» y él ni esperó a que le dieran permiso para que me besara.

—¡Iros a un hotel! —gritó Dylan, y acabamos dejando de besarnos muertos de risa.

—Desde luego, qué manera de romper el momento romántico —le dijo Janis dándole una leve colleja.

—¿Y por qué me llevo un *cate*? —protestó.

—Por esto, y por lo de anoche —contestó.

—Me impedisteis mandar al cirujano a La Coruña, pero al poli —señaló a Aitor—, ya os digo yo, que lo monto en un avión y lo mando a Japón.

—¿A mí por qué? —preguntó el aludido.

—Para que no te cases, que sé yo que eres el próximo en caer.

—Ay, qué mono, Dylan, ¿nos vas a regalar la luna de miel en Japón? —Curioseó Alma, sonriendo.

Nos echamos a reír, y hasta mis padres y hermano estaban riendo al ver las locuras de aquel variopinto grupo.

—Venga, venga, pasemos a la zona de cóctel —dijo Jenny dando palmadas—. Tenemos toda clase de exquisítes de la gastronomía nipona.

—¿Qué has dicho? —pregunté, sorprendida.

—Pues eso, rubia, que como todo empezó en el país del Sol naciente, ¿qué mejor que celebrar el banquete con comida de aquel lugar donde comenzó a forjarse vuestro amor?

—Ay, Jenny, que no me lo esperaba. —Le di un abrazo y un beso en la mejilla.

—Ya te dije, rubia, que las bodas que organiza la Jenny son de las que nunca se olvidan. —Sonrió—. Y los próximos son el chiquitín y Alma, el resto —miró hacia los demás—, el resto ya irá cayendo poco a poco.

—Pues como no sea por un puente —soltó Hugo volteando los ojos.

—Boludo, no le quites la ilusión a la pobre —le dijo Manu—. ¿Tú no sabes eso de que, de una boda sale otra boda?

—Ariadna, tú luego le lanzas el ramo a Alma, ¿vale? —me dijo Aitor.

—Eso, lánzasele a ella, que las demás estaremos tomando una copa en la barra —comentó Sarah.

—¿Que no le vais a querer dar trabajo a la Jenny? Hay que ver, con lo bien que organizo las bodas —dijo ella.

—Jenny, mi niña, hazme caso a mí, que no he tratado a ninguno en mi diván —Janis le pasó el brazo por los hombros—, que igual acababas un poquito loca.

—Lo del diván tiene su aquel —dijo Manu.

—Mira el boludo, qué espabilado. —Rio Hugo.

—Vamos a por una copa, que hoy me emborracho. —Reí al escuchar a Marcos, y fuimos todos hacia la zona de cóctel.

Allí había un montón de entrantes para picar de comida japonesa, así como un montón de bebida y botellas de *sake*.

Los invitados que habían venido por parte de ambos, compañeros de trabajo, pasaron por donde estábamos nosotros para darnos la enhorabuena, mientras el grupo charlaba con mis padres y mi hermano en un ladito.

Vi a mi sobrina por allí revoloteando con ellos, y se lo estaba pasando en grande, bailando con las chicas y siendo alzada en brazos por los chicos, que también bailaban con ellas.

Miedo me daba eso, que lo mismo alguno decía algo fuera de tono y ella a sus cinco años era una esponjita.

Acabé viendo a Manu y Janis cogerla cada uno de una mano y llevarla a la zona infantil que Jenny había mandado montar para los hijos de los compañeros de Marcos, pero lo que más me sorprendió fue ver a mi hermano muy cerquita de una de sus compañeras.

Dejé a Marcos con un médico compañero suyo hablando, y me acerqué al grupo, ya sin mis padres, que estaban mezclados por allí con otros médicos.

—¿Puedo preguntar por qué Manu y Janis se han llevado a mi sobrina? —Arqueé la ceja.

—La van a adoptar, eso sí, no estarán juntos, cada uno en su casa y Dios en la de todos —contestó Dylan la mar de tranquilo, y Hugo le dio una colleja.

—No hagas caso al tarado este —me dijo Hugo—. ¿Ves a tu hermano?

—Ajá.

—Pues parece que tiene algo con la enfermera, y tanto la miraba que la psicóloga se dio cuenta y

se llevó a la niña.

—¿Y Manu? —insistí.

—Ese dice que no quiere beber demasiado y acabar besando a alguien que lleve sorpresa. — Aitor se encogió de hombros.

—Para matarlo. —Reí.

Después del cóctel pasamos a la carpa que habían acondicionado para el banquete, una virguería a la que no le faltaba detalle, con sus rosas blancas y rosas en las mesas, las fundas de las sillas rosas con lazos blancos a juego con los manteles y una música de fondo de lo más agradable.

Nos sentamos y disfrutamos de algunos platos típicos japoneses y otros más castizos, como decía mi madre, entre vítores de «¡Vivan los novios!» y solicitudes para que nos besáramos.

Hasta que tocó el momento tarta, y allí cuando me dieron una espada vi a Jenny sonreír.

—No es la de Japón, que esa no la encontró la Jenny —me dijo—, pero mira qué bonita es. De recuerdo para el salón.

—Madre mía, que me da. —Me reí lo más grande.

Y tras disfrutar de la tarta, que estaba buenísima, llegó la hora del brindis.

—Un poquito de atención, por favor —pidió Marcos poniéndose en pie, copa en mano— Gracias a todos por acompañarnos en este día.

—Comida y bebida y bebida gratis, como para decir que no —soltó Aitor haciendo que todos rieran.

—Chiquitín, prepara el bolsillo que la próxima es la tuya —le dijo Marcos señalándole—. A lo que iba. Gracias por estar aquí hoy, familia, amigos y compañeros, compartiendo el día más feliz de nuestras vidas. Quería pedir un brindis, por la mejor mujer del mundo, la compañera de vida que todo hombre querría a su lado, esa que me tuvo santa paciencia durante días, y quien me hizo el más feliz al aceptar mi propuesta.

—Por *jartible*, no te olvides. —Escuché que decía Hugo.

—Por lo que fuera. —Rio Marcos—. Pero hoy la tengo aquí, a mi lado, cogiendo mi mano, esa que ante vosotros le prometo no soltar nunca. Porque te amo, rubia, como nunca dejé de hacerlo.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! —Canturrearon los nueve tarados de nuestros amigos dando palmadas— ¡Que se besen! ¡Que se besen! —Comenzaron a pedir, y el resto de los invitados, incluidos los niños, entre los que se encontraba mi sobrina, la mar de feliz, se unieron a la petición.

—Por clamor popular, me tienes que besar, rubia —dijo encogiéndose de hombros y poniendo morritos.

—Madre mía, ¿en qué lío me he metido? —Reí, le cogí ambas mejillas y le di un beso.

—¡¡Vivan los novios!! —gritó Jenny.

—¡¡Vivan!! —Escuché a los demás.

Y desde ese momento fue un no parar. Tal como me había pedido Aitor, le lancé al ramo a su chica, a quien el resto aplaudió desde la barra. No faltaron risas, bailes ni perreo con nuestra querida Jenny como alma de la fiesta, y de copa en copa estuvimos bebiéndonos la noche hasta que el cuerpo aguantó ya bien entrada la madrugada, en la que cada mochuelo se fue a su olivo.

Esa noche nos alojábamos en el hotel, y al día siguiente Marcos y yo emprenderíamos viaje a nuestra luna de miel, algo que era un secreto, puesto que no me había dicho nada de cuál era nuestro destino.

Capítulo 29



Nos despedimos de nuestros amigos en el hotel después del desayuno, quedando en vernos a la vuelta de nuestra luna de miel para pasar unos días juntos, y es que les iba a echar de menos, como siempre que venían o íbamos nosotros a verlos. Y tras la despedida, mi recién estrenado marido y yo, fuimos al aeropuerto para coger el avión y empezar nuestro viaje.

La sorpresa me la llevé al ver que Marcos y yo nos íbamos de luna de miel a Mykonos.

Estaba un poquito agotada y dormí un rato en el vuelo, necesitaba descansar y recargar las pilas para estar al cien por cien en nuestro viaje convertidos en marido y mujer.

Por suerte viajábamos en primera clase y la comodidad del asiento me permitió un feliz y merecido descanso.

Cogimos el equipaje de mano, bajamos del avión y fuimos a por el resto de lo que habíamos facturado, y fue allí, justo en ese momento, cuando la vista me jugó una mala pasada.

—Marcos, me parece haber visto a Jenny —dije entrecerrando los ojos, mirando hacia donde creía haberla visto.

—¿Qué dices, amor? —Rio— Eso va a ser porque el año pasado casi te mueres cuando la perdimos.

—Calla, no me lo recuerdes, que, entre ella y Alma, qué fatiguita me dio.

—Anda, vamos, que nos espera una villa donde estaremos los próximos días. —Me dio un beso en la mejilla, cogió nuestras maletas y salimos del aeropuerto para ir hacia la zona de taxis.

Durante el camino fui haciendo algunas fotos a todo lo que veía, mientras Marcos me acariciaba la rodilla y dejaba algún que otro apretón en ella.

Cuando al fin el taxi paró en la villa donde íbamos a alojarnos, bajamos y tras coger el equipaje Marcos abrió la puerta con la llave que encontró en el cajetín, tal como le había dicho la de la agencia donde había hecho la reserva.

Fue entrar, y me tropecé con una maleta, por suerte al caer amortiguó el golpe, pero menudo golpe.

—Amor, ¿estás bien? —preguntó Marcos, preocupado.

—Sí, tranquilo. —Me levanté—. ¿Es que no han sido os anteriores huéspedes?

—Se suponía que dejaron la villa ayer. —Frunció el ceño.

—Madre mía, para un viaje que organizas tú, y mira —resoplé—. Deja que me encargue yo a partir de ahora en los próximos, que no nos fue tan mal. —Y entonces escuché un ruido que venía del pasillo—. Pues no se han ido, no.

—Vamos, no te preocupes que ahora lo arreglo.

—Ya, ¿y si no se quieren ir? —Me crucé de brazos.

—¿No vas a dejar que disfrutemos de nuestro viaje a Mykonos, rubia? —Una voz familiar hizo que me girara, y ahí me los encontré a los nueve.

—Ay, la madre que os parió. ¿Qué hacéis aquí? —Los abracé.

—Pues darte una sorpresa, pero Aitor olvidó aquí su maleta. —Alma volteó los ojos.

—¿Qué has metido ahí, chiquitín? Me he desgraciado el dedo del pie con ella.

—Las esposas, para amarrar bien a mi futura mujer —me dijo haciéndome un guiño, y nos echamos a reír.

—Mira, el benjamín del grupo, y parecía tonto cuando lo compramos —comentó Manu.

—A ver, que me imago al poli y la enfermera en plan Grey, y eso son palabras mayores —dijo Dylan levantando ambas manos.

—No imagines, *bro*, no imagines, que me contagias la imaginación, y...

—Venga, dejar a la pareja que se instale. —Janis dio un par de palmadas—. La *suite* nupcial está al fondo del pasillo.

—Eso, eso, para vosotros la grande, que los demás vamos a estar como sardinas en lata —protestó Dylan.

—A más de uno me da que, lo de estar *apretujadito*, no les importa. —Rio Sarah.

—Desde luego, los chiquitines están acostumbrados. —Reí.

Marcos y yo cogimos las maletas y fuimos al final del pasillo para dejarlas. Al entrar, me

encontré con un montón de pétalos de rosa rojos formando un corazón sobre la cama, y una botellita de champán con dos copas en la mesita de noche.

—¿Esto es cosa tuya? —pregunté abrazándole.

—No, pero ahora sé por qué las chicas me dijeron que le pidiera a la chica de la agencia dejar estas cosas en la cocina. —Sonrió.

—Vaya cinco locas. —Reí.

—Y lo que nos quieren, ¿qué, rubia? —Me dio un beso en la mejilla y fue a la mesita para llenar las dos copas de champán, ofreciéndome una—. Por la mujer de mi vida.

—Por el hombre de mis sueños. —Sonreí antes de dar un sorbo—. ¿Así que sí vi a Jenny en el aeropuerto?

—Pues parece que sí, sí.

—¿Qué hacen aquí?

—Les dije que, si querían pasar las vacaciones con nosotros, como en Japón, y todos se apuntaron sin pensarlo. Les ha salido por una pasta, porque no me han dejado pagar absolutamente nada.

—¿Qué has dicho? —Abrí los ojos ante esas palabras.

—Lo que oyes, mi vida. Esos nueve de ahí fuera nos han regalado la luna de miel.

—Vaya panda de tarados —resoplé—. Al menos les habrán hecho buen precio en mi agencia.

—Sí, sí, y guardando el secreto. —Sonrió—. ¿Vamos fuera?

—Vamos. —Le di un beso y salimos de la habitación, esa que debía admitir era una pasada.

Bueno, toda la villa en general lo era, pues tenía un enorme salón con tres sofás formando una «U», una cocina superamplia y de lo más equipada, y la joya de la corona, una piscina en el jardín desde donde había unas vistas de lo más privilegiadas al mar.

Y allí fue donde los encontramos a todos precisamente, en el jardín, en traje de baño y con Dylan como barman del grupo, para no perder la costumbre.

—Vamos, pareja, a ponerse el traje de baño —dijo Carlota, y Marcos y yo regresamos a la habitación para volver poco después.

—Tengo que reñiros —les dije poniéndome seria—. ¿Qué es eso de pagarnos el viaje?

—Coño, algo tendríamos que regalaros por la boda, ¿no? ¿O pensaste que con un sobrecito con dinerito ya tenías regalo? —contestó Hugo.

—Pues sí, y ya os dije que hasta eso había sido innecesario.

—No lo gastes, guárdalo en una hucha para cuando tengamos un par de sobrinos, que les compres las cunas y un montón de ropita —dijo Aitor.

—¿Me acabo de casar y ya me estás dejando preñada? Chiquitín, no corras. —Reí.

—De aquí te vas con algo más que fotos, ya verás —comentó Alma.

—Llevarás sorpresa, como la amiga japonesa de Manu —soltó Dylan.

—Boludo, no me tientes —le contestó.

—Venga, que haya paz —pidió Janis.

—En serio, plantéate lo de tratarnos a todos, que te sale a cuenta —le dijo Sarah.

—Que no, que más loca de lo que estoy, no quiero acabar. —Rio ella.

—Nada, que me quedo con las ganas de probar el diván —suspiró Manu.

—Boludo, que si te hace ilusión te regalamos un diván entre todos por tu cumpleaños —le propuso Aitor.

—Me da que el boludo no quiere un diván cualquiera —soltó Dylan, que seguía preparando los *gin-tonics* como si fuera un profesional.

—Venga, que empiece la fiesta. Hugo, la Jenny te nombra DJ oficial del grupo —le dijo ella la mar de salada mientras daba palmadas.

—No sé si sentirme alagado, o tomarlo como amenaza. —Hugo arqueó la ceja.

Aun así, puso la música y comenzamos con la fiesta. Increíble, que desde tan temprano fuéramos a empezar a tomar copas, pero así estaba la cosa.

Las chicas entraron en la cocina para preparar algo de picoteo y salieron con varias bandejas de sándwiches que colocaron en la mesa del porche, y menos mal, porque ya me veía yo a todos allí bebiendo y sin meter nada sólido para el cuerpo, y a ver quién era el guapo que se levantaba de las tumbonas que había por allí repartidas.

Para cuando llegó la noche habíamos bebido suficiente como para que se les ocurriera a los chicos una de sus locuras.

—Buscad en Internet dónde podemos alquilar un barco, y mañana salimos a alta mar —dijo Dylan.

—La Jenny os lleva —anunció ella mientras sonreía dando palmadas.

—Lo que nos faltaba, y en vez volver a Mykonos, acabamos en Groenlandia —contestó Hugo.

—Pues tiene que ser muy bonito aquello. Rubia, ¿organizas el próximo viaje grupal allí? —me preguntó Jenny, y estallamos todos en carcajadas.

—¿Y no será mejor ir a una playa del Caribe, Jenny? —preguntó Dylan— Que en Groenlandia morimos de hipotermia, que nosotros somos de sangre caliente.

—Aquí pone que hay una empresa de alquiler de embarcaciones en el puerto —dijo Sarah.

—Ah, pero que lo del barco iba en serio —dije, mirando a Marcos.

—*Aro, aro*, rubia —contestó Hugo—. Y nos damos un chapuzón en el mar.

—¿Cuántos días nos quedábamos aquí, amor? —le pregunté a Marcos.

—Quince. —Sonrió.

—Loca, veo que acabo volviéndome loca, pero de verdad.

—Tranquila, rubia, que a ti te atiendo en mi consulta. O hago visita a domicilio y hacemos terapia a base de vino —ofreció Janis.

—¿Y a los demás no quieres tratarnos? Ten amigas psicólogas para esto. —Aitor volteó los ojos.

—Chiquitín, de todos, ella es la más cuerda —le dijo encogiéndose de hombros.

Las risas y las locuras, a cuál peor que la anterior, no faltaron el resto de la noche, pero como solía decirse, ¿qué era la vida sin un poco de locura?

Capítulo 30



Después de varios cafés y pastillas para la resaca, ahí estábamos los once, en la empresa del puerto que alquilaba las embarcaciones, con piloto y tripulación, eso sí, a punto de subir al que habíamos reservado la noche anterior.

Nos recibieron con sonrisas y unos zumos de frutas que estaban buenísimos, y tras darnos algunas indicaciones para que no corriéramos ningún riesgo, el capitán fue a hacerse cargo del timón.

Fuimos hacia la zona de solárium del barco y allí nos quedamos todas en bikini, nos pusimos un poco de protector solar y recargamos nuestros cuerpecitos de vitamina D, como había dicho Jenny, mientras los chicos hablaban en la zona de comedor tomando una copa.

—¿Qué mira tanto el ingeniero? —pregunté refiriéndome a Manu.

—Qué, no es la pregunta correcta —me respondió Carlota apoyando ambos codos en su toalla.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño.

—Rubia, que la pregunta correcta es a quién mira tanto el ingeniero —dijo Alma sonriendo.

—¿A quién? —No me enteraba de nada, pero para mi sorpresa, la única que no había abierto la boca, era la psicóloga— Pero ¿qué me estáis contando? Janis de mi vida y de mi corazón —me acerqué a ella—, ¿tú tienes algo que decirnos, niña?

—Nada de nada. Y menos si no es delante de un abogado —contestó, aún recostada en la toalla con las gafas de sol puestas.

—Sarah, ven aquí —llamé a la abogada del grupo, y todas estábamos muertas de risa, incluida la psicóloga—. Ya puedes hablar.

—Que no, rubia, que no hay nada que contar. —Se quitó las gafas para mirarme—. ¿Ves mis ojitos? Pues te digo la verdad.

—¿Segura? Puedes hablar, que tienes a la abogada delante —dijo Alma.

—Y a la poli, que yo también soy una autoridad —comentó Carlota sonriendo.

—Nada, nada. Palabrita de comecocos, como me llama Dylan cuando le viene en gana, en modo cariñoso, eso sí. —Rio.

—Pues menos mal que en modo cariñoso. —Reí con ella—. ¿Ha pasado algo entre vosotros? —Le acaricié el brazo— Que estamos entre amigas, como me decíais a mí en Japón.

—Que el ingeniero quiere probar el diván, rubia —dijo Jenny.

—El diván no lo probó, no.

—¿Entonces, vosotros...? —insistí, y ella negó.

—¿No tiene la Jenny otra boda que organizar, entonces? —soltó ella, y acabamos todas estallando en carcajadas.

—Tú tranquila, cariño, que cuando llegue nuestro príncipe —Carlota se señaló a sí misma, a Sarah y también a Janis—, como a la rubia y a Alma, nos organizas la boda.

—Señoritas, señora, futura señora —dijo Aitor acercándose, y nos reímos todas—. Nos han servido unos aperitivos.

—Venga, pues vamos para allá. —Me puse en pie y le ofrecí la mano a Janis.

—Ahora me uno. —Sonrió, y asentí.

Si estaba bajita de ánimo, todas nos encargáramos de levantárselo, tal como hicieron conmigo en Japón, y como hicimos con Jenny después de aquel momento en el que la perdimos durante un día entero del grupo.

Cuando llegamos a la mesa, Dylan frunció el ceño al ver que no estábamos todas, preguntó por su amiga la psicóloga, y al decirle dónde estaba fue a levantarse para ir a verla, pero Manu se adelantó.

—¿Seguro que no pasó nada entre ellos? —les pregunté a las chicas, y Alma sonrió.

—A mí, Manu algo me contó, pero no entró en detalles —me dijo.

—¿Qué nos estamos perdiendo? —Curioseó Aitor.

—Chiquitín, parece mentira que tengas novia, hijo mío. —Hugo volteó los ojos.

—Está en el mundo porque tiene que haber de todo —resopló Dylan—. Si el boludo la caga...

—Yo lo mando a Uruguay sin billete de vuelta —dijo Jenny, toda seria, y me dio un poco de

miedo verla así.

—No hay nada. —Miramos a Marcos cuando habló.

—¿Qué sabes tú de eso, amor? —pregunté.

—Pues, que no hay nada. Podría, porque congenian muy bien, se entienden, él ha ido a visitarla a Madrid cuando ha estado allí por trabajo, salen a cenar, toman una copa, y ya.

—Pues no lo entiendo, si hacen hasta buena pareja —comentó Aitor.

—Oye, y en mi boda cuando los vi con mi sobrina, la niña les quedaba de perlas —dije.

—Tú sabes eso de que hay amores que nunca pueden olvidarse, ¿rubia? —Marcos sonrió pasándome el brazo por los hombros.

—Sí, ¿por qué? —Fruncí el ceño.

—Pues eso les pasa a ellos, y por eso se entienden.

—O sea, que tienen el corazón *partío*, como canta Alejandro Sanz, y se dan apoyo moral —dijo Aitor.

—Exacto, como un buen par de amigos. —Sonrió Marcos.

Miré hacia donde estaban nuestros amigos, al igual que los demás, y vi el modo en el que Manu le pasaba el brazo a ella por los hombros, que tenía la cabeza en el hombro de él.

Había gente que sí, que conectaba con otra persona, se llevaban bien y tenían ese *feeling* que podíamos ver todos en ellos, pero si no estaba de ser, no sería.

Se unieron a nosotros, comimos y bebimos escuchando la música que nuestro DJ particular iba poniendo, y cuando el barco paró en medio de la nada, porque todo lo que veíamos era agua, pues...

—¡¡Al agua, patos!! —gritó Hugo cogiendo a Jenny, y para qué hizo nada.

Dylan se puso detrás de nosotros y fue tirándonos sin cortarse lo más mínimo, acabamos todos allí como pececillos, en remojo y flotando.

—Yo te mato, Dylan. —Reía Sarah—. Qué impresión con el agua tan fría.

—Eso das unas brazadas así a lo largo del barco, y entras en calor, niña —le dijo.

—Menos mal que nadar sabemos todos, porque si no, a ver quién era el que hacía de buzo para ir sacándonos a flote —dijo Carlota.

—Mujer, que hay flotadores salvavidas en el barco. —Rio Hugo.

—Tú calla, que has sido el que ha empezado todo —le riñó Alma.

—Pero si soy el más bueno de todos.

—Sí, Hugo, sí. —Janis volteó los ojos.

—Tú eres San Hugo, *bro*, están pensando en canonizarte —soltó Dylan, haciendo que todos estalláramos en carcajadas.

—Qué quince días me esperan —resoplé.

—Pues igual que Japón, que no te faltó un, ay, rubia —me dijo Jenny.

—Janis, más vale que te cojas un bono para viajar en avión, que, después de este viaje, voy a necesitar mucho vino y terapia —le dije.

—Un abono transporte, como los del metro. —Rio.

No, no me aburría con ese grupo ni una mijita, y es que todos aportaban algo en mi vida, y yo los quería en ella.

Después del chapuzón volvimos al barco y nos sirvieron un buen festín de platos típicos de la gastronomía griega. Comimos, reímos, bebimos y planeamos el resto del viaje con esas visitas que los chicos habían contratado en la agencia a mis espaldas.

¿Se podía tener mejores personas vitamina en la vida? Seguro, pero las mías eran únicas, irrepetibles y exclusivas, de esas de edición limitada.

Epílogo



Diez años después...

La vida podía cambiarnos en cuestión de un segundo, la mía lo hizo en dos ocasiones.

Pero también dicen que todo eso que nos pasa es por algo.

¿Quién iba a decirme a mí que el hombre que se me apareció en sueños durante siete años era de carne y hueso y el príncipe de mi cuento?

Pues eso, que yo pensaba que solo estaba en mi mente, volviéndome loca, y resultó que cada uno de esos sueños fue tan real como la vida misma, solo que mi mente, en un intento por olvidar el dolor que él mismo me causó, lo veía como algo irreal.

No cabe duda de que todo el mundo merece una segunda oportunidad, y el amor que en lo más profundo de mi corazón sentía por él, fue la causa de que yo se la diera, en un viaje donde comenzó todo rodeados de nueve desconocidos que, con el pasar de las horas y los días, se convirtieron en familia.

Y así seguía siendo ese grupo de tarados, como les llamaba cariñosamente, sin los que Marcos y yo no estaríamos completos hoy en día, pues los once éramos una piña, y de esta gran piña habían ido llegando pequeños piñones que hacían las delicias de todos.

Pero empecemos por el principio, por ese viaje a Mykonos donde mi luna de miel fue como uno de mis antiguos viajes como guía turística...

De ahí, tal como vaticinó uno de esos tarados, nos vimos con sorpresa, y nueve meses después llegaron al mundo nuestros gemelos que ya tenían nueve años, Hugo y Dylan, en honor a sus padrinos, ese policía y el militar que, hoy en día, seguían siendo dos solteros de mucho cuidado, y con más peligro que un mono con dos pistolas como decía Marcos, pues cuando salían solos de copas...

Aitor y Alma se casaron poco después de que nacieran mis niños, y es que el chiquitín decía que conmigo como un kínder sorpresa la boda no sería lo mismo, pues me quería bien arriba y

dándolo todo copa en mano, así que planearon todo para cuando mis peques tuvieran seis meses y pudieran quedarse con mi hermano, mi sobrina Julia y, sorpresa, sorpresa, mi cuñada Alicia, la enfermera con la que le vi tan acaramelado en mi boda.

Aitor y Alma tuvieron una niña, la niña de sus ojos como él decía, y a quien pusieron de nombre Jenny, poco contenta se puso la madrina al saber que aquella pizpireta y sonriente chiquitina se llamaría como ella.

Mi hermano Oliver se casó con su enfermera un año después, y me hicieron tía de nuevo de un niño guapísimo al que bautizaron con el nombre de Daniel, mi debilidad y mi pasión, además de mis hijos y mi sobrina mayor.

Sarah y Carlota también acabaron encontrando al hombre de su vida, uno de esos que, como mi Marcos, era de lo más romántico y detallista.

Andrés, el de Sarah, era juez, uno nuevo que llegó pisando fuerte a los juzgados donde trabajaba nuestra abogada particular. Él era padre viudo de una niña de seis años llamada Ainoa que tenía enamorada a Sarah, y es que era para comérsela, una muñequita de lo más bonita.

Carlota por su parte acabó con un agente del CNI con el que estuvo trabajando en un caso que tuvo en jaque a la policía durante meses, y juntos adoptaron a un par de hermanos que habían perdido a sus padres precisamente por ese caso. Miguel y Candela, dos niños de lo más buenos y sonrientes a pesar de lo que les tocó vivir, y que ninguno de nosotros mencionaba nunca.

Jenny organizó todas las bodas, como no podía ser de otro modo, incluida la suya, pues a ella también llegó el amor de mano de un médico, amigo de mi hermano y mi marido, divorciado y padre de una adolescente que, Dios me perdonase porque todos la queríamos mucho, estaba igual de loquilla que nuestra Jenny, y congeniaron a la primera, vaya.

Y no me olvido de nuestro ingeniero uruguayo ni de la psicóloga madrileña.

Tanto Manu como Janis seguían sin abrirse al amor, ni juntos, por mucho que conectaran y se llevaran a las mil maravillas, ni tampoco por separado, y es que, como bien decía mi marido, a veces ese amor tan grande que hemos sentido por alguien hace que no queramos permitirnos volver a enamorarnos.

Pero ellos, al igual que Hugo y Dylan, eran los felices, orgullosos y malcriadores tíos de todos sus sobrinos, pues así llamaban a nuestros hijos.

Por mi parte, dejé la agencia donde trabajaba y monté mi propia agencia *online*, esa donde organizaba los mejores viajes a lo largo y ancho del mundo, y con la que me llevaba a nuestros amigos y sus respectivas parejas todos los veranos, sin los niños, eso sí, que los queríamos mucho, pero había que disfrutar de unos días sin niños, que a todos nos venía fenomenal.

—¿Dónde toca esta vez, rubia? —preguntó Hugo, pues Marcos y yo les habíamos hecho una videollamada a todos para contarles lo del viaje.

—No lo adivinarías nunca. —Rio Marcos a mi lado.

—Miedo me da, señor cirujano. —Aitor volteó los ojos.

—A ver, una cosa, importante que no haya peligro de que nadie se pierda —dijo Alma, recordando los dos momentos de mayor miedo que vivimos con ella y Jenny en Japón.

—Te veo con una bandera amarillo fluorescente, rubia. —Rio Manu.

—Con todos los que vamos en los últimos años, no sé cómo no le ha dado por atarnos con una cuerda para no perdernos —comentó Janis.

—No le des ideas. —Rio Carlota.

—Pero dónde nos vas a llevar, que me tienes en un sinvivir.

—A ti lo que te preocupa, Dylan, es saber si podrás prepararnos bebidas —le dijo Sarah.

—Eso es importante, no lo olvidéis.

—Bueno, a ver, que os revelamos el destino —dije sonriendo.

—Os ha faltado hacerlo en plan *baby shower* —me contestó Hugo—, con confeti y esas cosas.

—Mira el otro, qué ocurrencias. —Marcos reía negando.

—A donde sea que vamos, la Jenny os lleva, que seguro que llegamos antes —dijo ella la mar de sonriente.

—O no llegamos, que es lo más probable —murmuró Dylan.

—Vosotros ir preparando las maletas, criaturas, que, en unos días, estamos todos en Escocia —anunció Marcos.

—Ya era hora, ¿eh? —dijo Dylan— Cinco años llevo pidiendo el viaje, que se dicen pronto.

—A este nos lo olvidamos allí, y tan feliz, que seguro que deja lo de militar y monta una empresa de whisky. —Rio Hugo.

—Lo veo, lo veo —dije yo, muerta de risa.

Y así pasamos la siguiente hora, hablando con nuestros amigos y planeando el siguiente viaje, uno de tantos que habíamos compartido ya, y de los que estaban por llegar. Pues como decía mi hermano, aún nos quedaba mucho mundo por descubrir a los onde tarados.

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

Twitter: @ChicasTribu